

ELÉCTRICO: ⚡ VOLUMEN DOS

CHISPA

Calla y bésame.



AUTORA SUPERVENTAS DEL NEW YORK TIMES

E. L. TODD

Table of Contents

[Portadilla](#)

[Créditos](#)

[1. Volt](#)

[2. Taylor](#)

[3. Volt](#)

[4. Taylor](#)

[5. Volt](#)

[6. Taylor](#)

[7. Volt](#)

[8. Taylor](#)

[9. Volt](#)

[10. Taylor](#)

[11. Volt](#)

[12. Taylor](#)

[13. Volt](#)

[14. Taylor](#)

[Otras Obras de E. L. Todd](#)

[Querido lector,](#)

[Mensaje de Hartwick Publishing](#)

CHISPA

Eléctrico #2

E. L. TODD

Esta es una obra de ficción. Todos los personajes y eventos descritos en esta novela son ficticios, o se utilizan de manera ficticia. Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción de parte alguna de este libro de cualquier forma o por cualquier medio electrónico o mecánico, incluyendo los sistemas de recuperación y almacenamiento de información, sin el consentimiento previo por escrito de la casa editorial o del autor, excepto en el caso de críticos literarios, que podrán citar pasajes breves en sus reseñas.

Hartwick Publishing

Chispa

Copyright © 2018 por E. L. Todd Todos los derechos reservados.

1
Volt

ENTRÉ en el bar y sentí como volvía aquel dolor sordo. Mi corazón estaba en un estado de vulnerabilidad constante, siempre a punto de estallar en llamas y quedar reducido a cenizas. Taylor estaba siempre presente, tanto en mis pensamientos como en mis sueños. La deseaba, y me aterrorizaba la posibilidad de que quizás no consiguiera hacerla mía.

La vi hablando con Natalie en la esquina. Llevaba un vestido púrpura ajustado que le abrazaba aquellas preciosas caderas y realzaba lo ridículamente sexis que eran sus piernas. Tenía el cabello recogido de manera sensual, y asumí que sería porque el vestido era de espalda descubierta.

Oh, Dios.

Aunque tenía un aspecto fantástico con el nuevo estilo que había adoptado, a mí me gustaba más verla con lo que llevaba antes. Me encantaban sus amplios vestidos de colores estrafalarios. Me encantaban los colgantes de globos terráqueos y el anillo de serpiente que se ponía de vez en cuando. Me encantaba su lado raro y peculiar, porque Taylor ya era perfecta tal y como era.

Me uní a la conversación tras hacerme con una copa. Tenía los ojos ocupados con Taylor, y a duras penas miré a Natalie. Todo el mundo en la sala parecía insignificante en comparación con la mujer de la que me había enamorado. Todavía me costaba hacerme a la idea.

Era un milagro que me hubiese vuelto a enamorar.

Natalie agito la mano frente a mi cara.

—Eh, ¿hola?

«Joder, ¿tan evidente estoy siendo?».

—Eh, Nat. ¿Cómo estás?

—No estaba segura de que hubieras notado que estoy aquí... —Nat también iba vestida con sus mejores prendas, pero no presté la atención suficiente como para saber de qué color era su vestido ni cómo se había peinado. Todos los demás presentes no eran más que una serie de formas y borrones confusos.

—Claro que te he visto. Vas guapísima. —Mi mirada examinó el hombro de Taylor, percatándome de las pequeñas pecas que le cubrían la piel. Nunca me había fijado, pero ahora quería pasarme toda la eternidad besándolas una a una.

—Sigues sin haberme mirado...

Ya me estaba empezando a molestar. Me giré y la miré con la mayor frialdad posible.

—¿Feliz?

Natalie puso los ojos en blanco y se alejó.

«Gracias a Dios que se ha ido».

—Ignórala —intervino Taylor—. Ahora mismo está algo enfurruñada.

Me olvidé de Nat en cuanto desapareció de mi campo visual; lo único que me importaba era Taylor y el modo en que al recogerse el cabello había dejado el cuello expuesto, revelando su piel delicada. Tuve una erección al pensar en besarla por todas partes.

—Me gusta lo que te has hecho en el pelo... —Le señalé el cuello, como si mis palabras hubiesen podido confundirse.

—Oh, gracias. —Se lo tocó con gesto ausente.

Me aclaré la garganta y después disimulé mi incomodidad con un trago. Estaba actuando como un perdedor que no sabía lo que hacía. A este ritmo Taylor nunca se fijaría en mí.

—Me daba mucha pereza peinarme, así que me lo he recogido de cualquier manera...

—Pues te queda espectacular.

Taylor había estado a punto de beber de su copa, pero dudó ante mi entusiasmo.

—Vaya... gracias.

No dejaba de empeorarlo todo. ¿Por qué no podía activar mis encantos como hacía con todas las demás mujeres? ¿Por qué me resultaba tan difícil? Era mi mejor amiga, debería haber sabido qué decir exactamente.

Pero no tenía ni la menor idea.

—¿Tienes planes para este fin de semana? —Sospechaba que iba a hacer algo con ese pedazo de mierda.

—Sage va a visitar a sus padres el sábado, así que saldremos el domingo. —Se le iluminaron los ojos con sólo mencionarlo.

Lo detestaba.

Odiaba hasta sus entrañas.

—Entonces... ¿va en serio? —Si amaba a ese tipo no podría intervenir, pero acababan de conocerse, y Taylor no eran de las iban tan rápido en esa clase de temas. Tenía los pies bien puestos en el suelo.

—Sólo hemos salido algunas veces, pero tengo un buen presentimiento. Creo que mi búsqueda del señor Perfecto ha terminado.

«Ay».

«Joder».

«No».

—No te apresures tanto. Recuerda que a duras penas lo conoces.

—Cierto —concedió—. Pero tengo una corazonada. Hubo química nada más conocernos, y fue todo bajo unas circunstancias tan extrañas que no puedo evitar preguntarme si es el destino...

Me dieron náuseas.

—Parezco una loca, ¿verdad? —Bajó la mirada hacia el vaso.

—No, para nada.

—No es que esté obsesionada con casarme.

—Nunca he dicho que lo estés.

—Es sólo que quiero una pareja con quien pueda pasar la vida y tener hijos, y creo que podría ser él.

—No lo conoces lo bastante bien como para decir eso. —¿Cómo iba a tener siquiera una oportunidad si Taylor ya estaba pensando en todo eso a pesar de acabar de conocerlo?

—Y sigues teniendo razón. No lo conozco lo bastante, pero... Sigo teniendo esa corazonada.

Me odié todavía más. Taylor había estado justo delante de mis narices durante los últimos seis meses, y podría haberla hecho mía en cualquier momento; sólo me habría hecho falta pedir que saliera conmigo y ya estaría. Pero no, en su lugar elegí comportarme como un idiota.

Me miró fijamente, y yo ni siquiera me di cuenta.

—Volt, ¿estás bien?

—Sí. —Me aclaré la garganta—. Me parece que he pillado algo.

—Oh, no. Y eso que tuviste hace nada esa gastroenteritis.

—¿La tuve? —¿Cuándo?

—Sí, hace unas semanas...

Ya me acordaba, era la excusa que había usado para evitarla.

—Ah, sí. Tienes razón.

Taylor empezaba a sospechar, y no pude culparla.

—¿Estás seguro de que estás bien?

¿Dejando aparte que había perdido a la única mujer sin la que no podía vivir? Sí, claro, estaba de fábula.

—Sí, estoy seguro. ¿Qué te parece si salimos a cenar el sábado, ya que lo tienes libre?

—Claro, me encantaría.

—¿Dónde quieres ir?

Se le dibujó una sonrisa juguetona en los labios.

—¿Pita Paradise? —pregunté, riéndome.

—¿Qué? Es un buen sitio.

—Hay tantos restaurantes fantásticos en la ciudad, ¿y eso es lo que quieres? Tayz, tampoco es tan bueno.

—Soy un bicho raro, ya lo sé.

—No he dicho que fueras un bicho raro. Sencillamente tienes gustos particulares.

Se encogió de hombros.

—¿Qué quieres que diga? Soy especial.

—Pero me encanta que lo seas. —Y nunca había sido más sincero. En cuanto hube pronunciado esas palabras supe lo mucho que estaba enamorado de ella. Había comprendido lo que sentía en realidad en el mismo momento en que Taylor había dejado de estar a mi alcance. Una estrella fugaz se había cruzado en mi camino, y yo no me había tomado ni un segundo para mirarla y apreciarla. Para cuando comprendí lo hermosa y especial que era, ya había pasado de largo.

Y yo había perdido mi oportunidad.

TRAS CENAR en el Pita Paradise fuimos a un piano-bar. El local estaba atestado de gente, pero el volumen de las conversaciones era bastante bajo. Todo el mundo iba vestido con clase, con vestidos y tacones, y los hombres llevaban camisas de vestir. No era una prenda

que soliera ponerme a menos que estuviera trabajando, pero aquella noche hice una excepción.

Y sabía muy bien por qué.

Taylor estaba tomándose su tercera copa, y todo la hacía reír.

—En un episodio de *South Park*, Kenny muere. —Golpeó la mesa al recordar el episodio—. Oh, tío. Eso sí que era bueno.

No entendí la broma, pero me encantaba verla reír. Sus ojos tenían un brillo atrevido y sonreía de manera encantadora.

«Ojalá fuera yo quien la estuviera haciendo reír».

Casi se había acabado su tercera copa, y parecía que lo mejor sería que no se tomase una cuarta.

—Y... ¿Con cuántas mujeres te has acostado esta semana?

Mi apetito sexual había desaparecido nada más comprender lo que sentía hacia Taylor. No es que tuviera una relación con ella, y Taylor ni siquiera sabía lo que yo sentía, pero no hubiese podido soportar estar con otra persona. Y tampoco quería hacerlo.

—Con ninguna.

—¿Ninguna? —Se rió como si creyera que era una broma—. Venga, hablo en serio.

—Y yo también.

Volvió a reírse; ni siquiera sabía de qué se reía.

—Sí, claro. No puedo ni imaginármelo. Si no tuvieras sexo diariamente acabarías explotándote la cabeza.

—Qué va. —Estaba demasiado deprimido como para sentir nada.

—Entonces debes de estar viendo mucho porno. Quiero decir, muchísimo.

Tampoco estaba viendo porno.

—No.

Taylor aceptó otra copa de la camarera y tomó un trago tan grande que estuvo a punto de echárselo sobre el vestido.

—Shh... Tengo un secreto.

—¿Ah, sí? —Sería su última copa, no iba a dejar que pidiera otra.

—Acércate. —Me hizo un gesto.

Acercarme a ella me ponía nervioso. Me resultaría imposible tener sus labios cerca de los míos y no besarla.

Taylor me sujetó la mano y tiró de mí, colocándome la mano sobre su pecho sin darse cuenta. Noté la curva de sus senos.

Era de lo más agradable.

Pero aparté la mano; Taylor ni siquiera se daba cuenta de lo que hacía.

Pero volvió a tirar de ella.

—¿Quieres saber mi secreto?

Estábamos tan cerca que podríamos habernos besado.

Debería hacerlo y que les dieran a las consecuencias.

Siempre podía mentir y decir que estaba borracho.

Compartiríamos un beso espectacular y después nos iríamos juntos a casa. El sexo sería tan fantástico que Taylor no volvería a pensar en ese perdedor con el que estaba saliendo. Por fin sería mía, y podríamos empezar algo nuevo juntos.

«Pero eso me convertiría en un capullo».

—¿Cuál es tu secreto?

Río entre dientes antes de apretar los labios contra mi oído.

Un escalofrío me recorrió la espalda al sentir sus labios rozándome la piel. Su respiración resonó contra mi tímpano, y sentí como mi miembro se endurecía en tiempo récord.

—Veo porno. —Volvió a reírse y se apartó.

La miré, sonriendo de oreja a oreja

—¿En serio? —Ahí había un tema del que necesitaba saber más.

—Lo sé, soy una chica mala. —Se rió una vez más.

—¿Y qué es lo que te gusta?

Se sonrojó.

—Pues, cosas...

—Venga, dímelo.

—No sé. ¿Qué te gusta a ti?

Mis gustos habían dado un giro últimamente.

—Una preciosa morena que es profesora de instituto.

Su expresión de volvió confundida.

—¿Qué?

Estaba demasiado borracha como para comprenderlo.

—No importa. Ahora dime qué te gusta a ti.

—Toda clase de cosas, incluso los tríos.

—¿Qué? —pregunté con una risotada.

—Desde que me dijiste que hacías tríos empecé a pensar que me gustaría saber por qué tanto revuelo.

—¿Y?

—Es bastante excitante.

—¿Con dos tíos?

—No, con dos chicas.

Todavía mejor.

—¿Ah, sí?

—Me parece sexy que un hombre pueda complacer a dos mujeres.

«Entonces soy tu hombre».

—Si no estuvieras tan borracha ahora mismo, probaría mi suerte.

Se rió como si le pareciera una broma.

No lo era.

Se acabó su bebida e intentó pedir otra.

—Ah, no. Por hoy te cierro el grifo.

Hizo un mohín como si fuera una niña pequeña.

—¿Por qué?

—Nunca te había visto tan borracha. —Tomé un sorbo de su copa—. Maldición, no me sorprende que estés completamente bebida. Cargan mucho las copas.

Taylor rió entre dientes.

—Vamos a llevarte a casa.

—Pero nos estamos divirtiendo.

—Qué tal si, cuando lleguemos a tu casa, me enseñas cuál es tu película porno favorita.

—¿Qué? —preguntó incrédula—. Eso sería muy raro. —Intentó levantarse del taburete, resbalando.

La sujeté por la cintura y la enderecé.

—Ten cuidado, Bambi.

—No soy un cervatillo, sólo tengo tres piernas...

Arqueé las cejas.

—¿Tres?

—Sí. —Fue contándolas—. Una, dos... —Se detuvo con expresión confundida—. Qué raro, podría haber jurado que tenía tres.

No me reí de ella, aunque hubiese querido hacerlo.

—Definitivamente es hora de llevarte a casa.

Taylor dio un paso hacia adelante, pero el tacón le resbaló sobre los azulejos.

Estaba claro que era Bambi. La levanté en brazos y la pegué a mi pecho.

—Te llevo.

Me abrazó el cuello.

—Vaya, esto está muy algo. ¿Alguna vez te da miedo?

—Te acabas acostumbrando. —La saqué en brazos del bar y eché a andar por la acera. Nunca la había llevado en brazos, y me encantaba lo liviana que era. Nuestros cuerpos estaban hechos para encajar el uno contra el otro, ¿acaso era el único que me daba cuenta?

Taylor dejó su bolso de mano sobre su regazo y después apoyó la cabeza en mi hombro, sin importarle toda la gente que se nos quedaba mirando al pasar junto a nosotros. Cerró los ojos y pareció caer adormecida por el alcohol.

Mi apartamento estaba más cerca que el suyo.

—¿Quieres ir a mi casa? —No era una oferta carente de egoísmo. Vale, era egoísta del todo.

—Sí... Estoy cansada.

«¡Sí!».

LA DEJÉ sobre mi cama y le quité los tacones.

—Al principio pensaba que no sabías beber, pero ahora que sé que meten esas bombas de licor en tus copas, me sorprende que hayas durando tanto.

Taylor apoyó la cabeza en mi almohada.

—Me encanta el alcohol.

Reí entre dientes, retirando las sábanas para poder arroparla.

Taylor se irguió y se bajó la cremallera que tenía el vestido en la espalda.

Me quedé inmóvil, esperando a ver qué iba a hacer.

En cuanto el vestido se soltó alrededor de su cuerpo se lo quitó y lo lanzó al suelo. Debajo sólo llevaba un sujetador sin tirantes negro, y la tela le juntaba los pechos. Se le formaba la línea del escote, la cadena de plata que llevaba al cuello contrastaba contra el color de su piel.

Me quedé mirándola fijamente, prendado.

Taylor se apartó el cabello de la cara y agarró las sábanas.

No podía dejar de mirarla.

Estaba casi desnuda en mi cama. Su piel expuesta tocaba el colchón sobre el que dormía cada noche. Su aroma impregnaría mis sábanas y emanaría de la tela durante semanas.

No conseguía comprender lo que estaba pasando.

Abrí el cajón de la mesita de noche y saqué una de mis camisetas para lanzársela.

—Puede que estés más cómoda con eso.

«Y yo podré controlarme cuando me tumbe a tu lado».

No se sentó para cogerla; estaba demasiado cansada. En su lugar tanteó las sábanas hasta encontrarla y se la puso rápidamente, tirando de la tela para cubrirse. En cuanto la tuvo puesta volvió a ponerse cómoda sobre el colchón.

Lo más caballeroso sería dormir en el sofá del salón. No me importaba cederle la cama, ya que nunca había obligado a ninguna mujer a dormir en otro lugar, pero no quería irme a una habitación diferente.

«Quiero dormir junto a ella».

Me quité la camisa y los vaqueros y saqué unos pantalones de deporte de un cajón. A pesar del impulso que sentía de tumbarme justo a su lado, conseguí convencerme para irme al salón.

—¿A dónde vas? —Taylor se enderezó al oír cómo me alejaba. La máscara de pestañas había empezado a correrse, y la camiseta que llevaba le iba varias tallas grande. Quién hubiese sabido que una mujer podía tener un aspecto tan sensual vestida con algo tan holgado.

—A dormir en el sofá. —Me detuve en la puerta y esperé a que me invitara a volver a la cama. En realidad, tenía la *esperanza* de que me invitaría a volver. Mi cuerpo podría caldearla toda la noche, y su corazón haría que mis fantasmas desapareciesen.

—No. Duerme aquí. —Apartó las sábanas para que pudiera meterme en la cama.

Sabía que estaba borracha y confundida, pero no pensaba negarme ante su oferta. Ya había dormido conmigo en una ocasión, así que lo usé de excusa y me deslicé entre las sábanas, tumbándome junto a ella en la oscuridad.

Había un puñado de centímetros entre nosotros, pero bien habrían podido ser kilómetros. Su respiración llenaba la habitación, y podía oír como su pecho subía y bajaba con cada bocanada de aire. Pateó las sábanas unas cuantas veces mientras intentaba ponerse cómoda.

Me quedé inmóvil, mirando el techo.

Taylor se giró y al instante siguiente estaba en mi lado. Pasó tan rápido que no tuve tiempo de prepararme. Me abrazó la cintura y apoyó la cara sobre mi brazo. Sus piernas esbeltas se juntaron con las mías; incluso metió una entre mis muslos.

«Esto es el paraíso».

Moví el brazo que tenía bajo su cabeza y la acerqué todavía más hasta que la tuvo apoyada sobre mi hombro y su respiración cayó sobre mi cuello. Había colocado la mano sobre mi estómago, y me encantó la sensación de sus dedos ingrátidos sobre esa porción de mi cuerpo.

«Se siente tan bien que podría gruñir como un animal».

Cuando las mujeres pasaban la noche conmigo, normalmente se limitaban a su lado de la cama y yo al mío. No me apasionaban los arrumacos; el problema no eran mis parejas, sino que sencillamente me daba demasiado calor estar junto a otro cuerpo.

Pero con Taylor nunca era suficiente.

Quería tumbarla de espaldas contra el colchón y besarla con agresividad. Me clavaría las uñas en la espalda, dejando marcas que durarían días. Gemiría para mí, me pediría más. Y me besaría como si me amase.

Sabía que aquella fantasía pasaría a ser realidad si daba el paso. Si la besaba y le hacía el amor, Taylor lo desearía tanto como lo deseaba yo. A la mañana siguiente hablaríamos de ello, y sería la oportunidad perfecta para pedirle que saliera conmigo, y para pedirle que fuera mía.

«Pero eso sería muy retorcido».

Estaba borracha, lo bastante borracha como para desvestirse delante de mí sin más. No importaba lo buenos amigos que fuéramos; de haber estado sobria, jamás lo habría hecho.

No podía hacerlo.

Quería que fuera mía, y estaba dispuesto a jugar sucio para conseguirlo, pero no estaba dispuesto a aprovecharme de ella para conseguir mi objetivo, ni siquiera si lo hacía con la mejor de las intenciones.

«Porque, por encima de todo lo demás, soy su amigo».

Y los amigos no se hacían esa clase de cosas.

Taylor suspiró suavemente justo antes de caer dormida. Su agarre sobre mí se aflojó al perderse entre sus sueños.

Tuve un momento de debilidad e hice algo que no debería haber hecho. Me giré hacia ella y deposité un suave beso sobre sus labios. Se sintió igual de bien que la última vez que nos besamos. Me ardían tanto los labios que los sentía fríos, y todo mi cuerpo cobró vida, extasiado.

Podría haber jurado que Taylor me devolvió el beso, sólo un poco. Sus labios se movieron ligeramente contra los míos, y cuando me aparté vi que estaban algo entreabiertos. Puede que fuera sólo mi imaginación, pero podría haber jurado que había pasado.

Taylor volvió a suspirar, indicándome que había vuelto a caer rendida ante el sueño.

Taylor

ME DESPERTÉ con una migraña brutal.

La peor.

Era incluso peor que la había sufrido tras mi graduación en la universidad.

Así de mal estaba.

El palpar que sentía en la cabeza empeoró tan pronto como abrí los ojos. El dormitorio estaba a oscuras gracias a las cortinas cerradas, pero para mí seguía habiendo demasiada claridad. Vi la mesita de noche oscura y el bate de béisbol en el rincón.

Yo no tenía ningún bate de béisbol.

«Espera, ¿dónde estoy?».

Me senté y comprendí que estaba en la cama de Volt. Debíamos de haber acabado en ella después del bar. No recordaba demasiado, pero sí recordaba a Volt llevándome en brazos a algún sitio.

—Eh, pequeña. —Volt estaba sentado en el borde del colchón y me tendió la mano. En la palma sostenía dos pastillas para el dolor de cabeza.

Las cogí a toda prisa y las tragué en seco.

—Oh, gracias a Dios.

Después me tendió una cerveza.

—¿De verdad esperas que me beba eso?

—¿Acaso crees que es para mí?

—Me acabas de dar pastillas, se supone que no debo mezclarlas con alcohol.

—No pasa nada. —Insistió con la cerveza—. La mejor manera de superar una resaca es seguir bebiendo.

—¿Qué?

—Sé que parece una locura, pero es verdad.

Acepté el botellín y me bebí la mitad de un solo trago.

—Ésa es mi chica. —Me frotó la espalda.

Dejé la cerveza en la mesita de noche con un buen golpe. Sólo quería seguir durmiendo; hacía mucho tiempo desde la última vez que me había encontrado tan mal. Me pasé los dedos por el pelo para aliviar la tensión que sentía en el cráneo, y fue entonces cuando me percaté de que Volt iba sin camiseta.

Y estaba cuadrado.

Hasta el último de sus músculos resaltaba como si hubieran dibujado los bordes con un rotulador permanente. Su piel no tenía ni una sola imperfección y se veía tersa y firme, y su fuerza y poder resultaban evidentes cada vez que se movía. Sabía que tenía buen cuerpo, pero no me había percatado de que estuviera *tan bien*.

Volt me observó; sus pensamientos resultaban un misterio tras sus ojos.

—¿Siempre has estado tan cuadrado? —solté sin pensar.

Se le dibujó una sonrisa arrogante en los labios.

—Sí.

—Ah... —Me obligué a apartar la mirada; estaba mirándolo como una boba.

Volt agarró la almohada extra y me la puso tras la espalda.

—Ponte cómoda. Ahora te traigo el desayuno.

—¿A la cama? —pregunté, sorprendida.

—Sí. —Se marchó del dormitorio durante un instante antes de volver con una bandeja.

Me la colocó sobre el regazo. Había un plato con huevos revueltos, beicon, y dos tostadas, además de un vaso para chupitos con un poco de agua y dos rosas de color rosa dentro. En cuanto dejó la bandeja recogió el zumo de naranja y lo colocó en la mesita de noche.

Me quedé con la boca abierta, completamente anonadada.

—Guau...

—Sabe tan bien como parece.

—No, es que... estoy sorprendida.

—El Hotel de La Volt es de lo más elegante. Deberías quedarte más a menudo.

—Si recibo el desayuno en la cama todos los días, puede que lo haga.

—Trato hecho —contestó Volt a toda velocidad.

Recogí el tenedor y empecé a comer sin dejar de mirar las rosas.

—¿De dónde las has sacado?

—De fuera; hay un rosal. —Se levantó de la cama y volvió a su lado del colchón para meterse bajo las sábanas y seguir con el libro que había estado leyendo. Se colocó unas gafas de montura negra y se dispuso a empezar.

Tomé un trago de zumo mientras lo estudiaba.

—¿Llevas gafas?

Mantuvo el libro abierto, aunque se giró hacia mí.

—Sólo cuando leo. A veces me cuesta un poco si la letra es pequeña.

No tenía ni idea. Sorprendentemente, tenía buen aspecto con ellas puestas. De algún modo conseguía estar incluso más guapo; las gafas hacían que el color de sus ojos resaltase más, y le aportaban un aire de sabiduría. Sumado al cuerpo en forma y a las caderas estrechas, hacía que pareciera todavía más sexy de lo que ya era.

—Deberías ponértelas más a menudo.

—¿Por qué? —Esta vez no dejó de leer.

—Te ves mono.

—¿Mono? —preguntó con una sonrisa.

—Quiero decir que te dan un aire seductor.

—¿Ah, sí? —La sonrisa floreció por completo. Cerró el libro y me dedicó toda su atención—. ¿Te ponen?

—Yo no diría eso. Pero te quedan bien; sólo te estoy halagando.

—Bueno, gracias por el halago. Ya me has dicho que estoy bueno dos veces en los últimos cinco minutos. Debe de ser uno de esos días en que te despiertas con buen pie.

Puse los ojos en blanco.

—Tú siempre te despiertas estupendo.

—Empiezo a pensar que te gusto. —Volvió a abrir el libro y se concentró en la página.

—Sí, claro.

«Como si eso fuera a ocurrir».

—Bueno, pues a mí me pareces bastante sexy. Y mona. Y divertida. Hermosa. Inteligente y sagaz. La mujer de mis sueños. —Lo dijo con un tono de seriedad, pero sus ojos siguieron fijos en las palabras impresas en el papel.

No hubiese podido decir si hablaba en serio o no. Pero no podía ser; Volt no profesaba sentimientos de aquel tipo hacia nadie. Pero era muy raro que dijese algo así.

—No sé si estás de broma o no. —Di un mordisco a una de las tostadas.

—Eso es porque no es una broma.

Mastiqué la comida, aunque me costó tragarla por lo seca que se me había quedado la garganta.

—Bueno, pues si es una broma, no la entiendo.

Volt pasó la página.

—¿Te gusta el desayuno?

—Está delicioso. Gracias.

—Te habría preparado café, pero no es buena idea mezclarlo con alcohol.

—Y ya he tomado un par de pastillas. No quiero morir.

—Yo tampoco quería que murieses.

Ojeé el libro que estaba leyendo, pero no conseguí distinguir el título.

—¿Qué es?

—*El Conde de Monte Cristo*.

—¿Es bueno?

—Definitivamente uno de mis favoritos.

—¿Lees mucho?

—Todas las noches antes de irme a dormir.

No tenía ni idea.

—Yo no leo tanto como me gustaría. No tengo tiempo.

—Siempre se tiene tiempo. Sólo tienes que buscarlo.

Supuse que prefería gastar mi tiempo viendo la televisión lugar de leer. Seguí comiendo hasta dejar el plato completamente limpio. Las rosas eran frescas y estaban todavía llenas de vida; no quería echarlas a un lado. Eran tan bonitas, radiantes aunque ya las habían cortado. Dejé el vaso en la mesita de noche antes de colocar la bandeja en el suelo.

—¿Me juzgarías mucho si me quedara y volviera a dormirme?

—No.

—¿No te estoy arruinando el día? ¿Tienes planes?

Volt alzó la vista, completamente serio.

—Puedes quedarte todo el tiempo que quieras. Nada me gustaría más. —Volvió a su libro y pasó otra página.

Había algo distinto, pero no podía concretar de qué se trataba. Estaba demasiado agotada y mareada como para pensarlo demasiado, así que me tumbé y cerré los ojos. Fue entonces cuando fui consciente de que sólo llevaba una de las camisetas de Volt y las braguitas bajo las sábanas. No recordaba haberme puesto la camiseta, ni de dónde la había sacado.

—¿Me desnudaste anoche?

- No. Te quitaste el vestido, así que te di una camiseta.
—¿Me lo quité, así sin más? —pregunté, incrédula. ¿Cuánto había bebido?
—No te preocupes, no vi nada. Y de todos modos, no habría mirado.
—¿Ah, sí? —Aquél no era el Volt al que conocía.
—Habría mirado si hubiese sido otra persona, pero no a ti.
-

JUGAMOS a las damas en la cama, y gané dos veces seguidas.

—Esto se me da genial. —Siempre había sido competitiva en los juegos. Estaba en mi naturaleza.

—Sí. —A Volt el juego parecía aburrirle; no dejaba de hacer movimientos torpes, sin prestar atención.

—¿Es que eres mal perdedor?

—¿No se te ha ocurrido que quizás te he estado dejando ganar?

Todo mi orgullo desapareció de un solo golpe.

—No serías capaz...

—O sí. —Tenía una sonrisita en la cara.

—Pero no tienes razón alguna para dejarme ganar.

—No te encuentras bien —contestó—. Sí que tengo una razón.

Entrecerré los ojos, desconfiada.

—No quiero que me dejes ganar.

—Como quieras. —Hizo su movimiento y eliminó a tres de mis fichas de una sentada, llegando al otro extremo del tablero—. Coróname.

Se me escapó un gruñido.

—Mira quién es ahora la mala perdedora.

Pasamos el día jugando a juegos, dormitando y comiendo. Solía pasar el rato con Volt, pero nunca habíamos tenido un día como aquél. Era agradable y relajante, y no me importó pasar el día vestida con unas de sus camisetas y unos pantalones de deporte. Volt tampoco se duchó ni se vistió, y pasó todo el día con las gafas puestas, incluso cuando dejó de leer. Me pregunté si se debería a mi halago.

Volt estaba sentado a mi lado en el sofá mientras mirábamos la televisión. Seguía sin camiseta, tal y como había estado durante todo el día. Había llegado a distraerme, y eso se quedaba corto. A veces me daban ganas de pasarle los dedos por el pecho para saber lo duros que eran los músculos.

—Es el mejor domingo que he tenido en mucho tiempo.

—Sí. Y en cuanto se me ha pasado la migraña se ha vuelto todavía mejor.

Volt rió entre dientes y me pasó los dedos por el pelo.

—Quizás sería mejor que la próxima vez te lo tomaras con más calma.

—No bebí tanto.

—En ese caso el barman debió de pensar que eras mona, porque esas bebidas estaban de lo más cargadas.

—El barman era una mujer.

Volt sonrió.

—Todavía mejor.

Puse los ojos en blanco y volví a mirar la televisión. No fue hasta que vi empezar el último partido del día que me percaté de algo.

—Oh, mierda. Es domingo.

Los dedos de Volt se detuvieron sobre mi cabello.

—Sí...

—Se supone que voy a salir con Sage. —¿Cómo podía haberme olvidado?—. Maldición, ¿dónde está mi bolso?

Volt apartó la mano, desviando la mirada al mismo tiempo.

—Creo que está en la encimera de la cocina.

Me levanté del sofá de un salto y fui directo a por él. Al sacar el teléfono me encontré con la pantalla en negro.

No tenía batería.

Por eso no lo había oído sonar.

Cogí prestado el cargador de Volt y lo enchufé para poder encender el teléfono. En cuanto la pantalla volvió a cobrar vida empecé a recibir mensajes de Sage.

¿Sigue en pie lo de esta noche?

Me había enviado otro mensaje unas horas más tarde.

¿Has recibido mi mensaje?

Y había vuelto a escribirme.

¿Va todo bien?

Me sentí como una idiota por preocuparlo. Había pasado el día tirada en casa de Volt, sin hacer nada en absoluto.

Siento muchísimo contestar tan tarde. Me he quedado sin batería y no me había dado ni cuenta.

Al instante aparecieron tres puntos en la pantalla, como si Sage hubiese estado esperando junto al teléfono.

Me alegro de que estés bien. Empezaba a preocuparme.

Perdona por estresarte.

No pasa nada. Te perdono, siempre y cuando pueda verte esta noche.

Sonreí.

Yo invito a la cena, así que ni lo intentes.

Entonces yo invito a un beso.

Volví a sonreír.

Por mí perfecto.

Dejé el teléfono y volví al sofá.

—He hablado con Sage; todo va bien.

Volt siguió mirando la televisión fijamente, sin girarse.

—¿Volt?

—Es genial —dijo en voz baja.

Me pareció notar algo de hostilidad en el ambiente, pero era imposible.

—Voy a ir yendo. Tengo que ducharme y prepararme para esta noche.

—De acuerdo.

Me volví a poner el vestido y los tacones y recuperé el bolso. Me dirigí hacia la puerta, donde Volt ya me estaba esperando.

—Gracias por dejarme pasar el día.

—No pasa nada. Eres bienvenida siempre que quieras. —La felicidad que se había reflejado en sus ojos hacía sólo un momento había desaparecido. Ahora parecía hueco por dentro, como si no fuera a encontrar la felicidad en toda la vida.

—¿Ocurre algo? —Habíamos estado mirando la televisión juntos, riendo y hablando sobre el partido, y al instante siguiente Volt había pasado a estar callado y distante.

—No. —Abrió la puerta y me hizo un gesto para que saliera—. Diviértete en tu cita. Salí.

—Vale...

—Te veo más tarde. —Cerró la puerta, echando la llave en cuanto estuvo cerrada.

Era una despedida de lo más extraña, pero si realmente había un problema, Volt me lo contaría. Puede que estuviera cansado, o que tuviera resaca, como yo. Puede que estuviera viendo cosas que no estaban ahí.

Así que me fui.

NOS SENTAMOS el uno frente al otro en el restaurante, y hablamos de trabajo y música mientras nos comíamos los entrantes. Le hablé a Sage de mi clase y de cómo el año escolar se estaba volviendo más fácil con cada mes que pasaba, todo gracias a Volt.

Sage se pasaba la mayor parte del tiempo mirándome, pero era tan encantador y guapo que no resultaba intrusivo. Parecía como si fuera la única mujer presente.

—¿Y qué ha pasado hoy? Con tu teléfono, quiero decir.

—Ah, eso. —La noche anterior no era más que un borrón empapado en alcohol—. Se ha quedado sin batería o ayer por la noche o esta mañana, pero tenía tanta resaca que ni he pensado en él.

Sage rió entre dientes.

—Parece que fue una noche divertida.

—Sí, aunque no creo que vaya a volver a beber así en bastante tiempo.

—¿Te has pasado el día durmiendo?

—En su mayor parte. Me he despertado cuando Volt ha hecho el desayuno, y después me he vuelto a quedar dormida un rato. Después nos hemos puesto a ver el partido y he perdido la noción del tiempo. —Su cama había sido cómoda de una manera casi antinatural; era como dormir encima de un montón de ovejas. El colchón había sido suave, y las sábanas de satén. No tenía ni idea de cómo conseguía Volt levantarse todas las mañanas. De ser yo, me quedaría ahí tumbada para siempre.

Sage estaba a punto de pinchar un trozo de pollo con el tenedor, pero se quedó inmóvil.

—¿Volt te ha hecho el desayuno?

—Sí, yo tampoco tenía ni idea de que supiera cocinar. —Me reí ligeramente y seguí comiendo.

—¿Significa eso que estaba en tu casa? —Seguía con el tenedor en la mano, pero no continuó comiendo. Me miró fijamente, en silencio. Sus pensamientos me resultaban un enigma tras aquellos ojos avellana.

—No, estábamos en la suya.

—Y, por lo tanto... ¿Pasaste allí la noche? —Mantuvo el mismo tono de voz, pero sus ojos estaban ahora llenos de acusaciones.

Por fin comprendí en lo que estaba pensando.

—No, no en ese sentido.

Sage soltó el aire que había estado conteniendo.

—Bueno, sí que me quedé a dormir, pero sólo porque anoche estuvimos bebiendo y me subió demasiado. Así que Volt me llevó en brazos hasta su apartamento y dejó que le invadiese la cama. Y esta mañana me ha ayudado a librarme de la resaca, eso es todo.—Volt era mi mejor amigo, por eso no había visto nada raro en todo lo que había pasado. A veces me olvidaba de la impresión que debía dar nuestra relación a la gente que no nos conocía.

—Oh... ¿Y lo hacéis a menudo?

Sólo cuando intenté acostarme con él.

—No.

—De acuerdo. —Por fin volvió a su plato, pero seguía pareciendo incómodo. La cita había perdido la frescura que había tenido hacía sólo un segundo, y la tensión viciaba el aire.

Quizás no debería haber dicho nada.

«Pero entonces estaría mintiendo».

Con algo de suerte, Sage no preguntaría si habíamos dormido en la misma cama, porque no podía mentirle, pero si contestaba acabaría pareciendo una zorra.

—Volt y yo somos buenos amigos desde hace ya bastante. Hacemos muchas cosas juntos.

Sage tomó un trago de su copa de vino.

—¿Habéis tenido alguna cita?

—No.

—¿Ni una? —insistió.

—No. Volt no es mi tipo, ni yo el suyo.

Volvió a ignorar su plato.

—¿En serio?

—¿En serio el qué?

—¿Crees que no eres su tipo?

—Sé que no lo soy. —A Volt le interesaban las supermodelos con unas medidas corporales ridículas. Tenían que llevar ropa bien apretada todo el tiempo, y un pelo que pareciese que acabasen de salir de la peluquería todos los días. Y quería algo vacío y sin ataduras.

No es que me importase. Desde luego que yo misma quería tener sexo del bueno, pero quería que fuese bueno porque entre mi pareja y yo existiera amor, no porque mi pareja practicara cada noche con una distinta.

Sage me dirigió una mirada que no había visto nunca.

—¿Qué?

—No sé si estás de broma o no.

«¿Por qué iba a estar de broma?».

—¿Perdona?

—Es sólo que... —Volvió a mirar su plato—. No importa.

—¿Qué?—le insistí.

—Olvida que he dicho nada. —Se giró hacia el camarero y le hizo un gesto para pedir la cuenta.

«Ni siquiera me he acabado la cena».

«¿Es que he metido la pata?».

«¿Qué he dicho?».

«¿Se ha acabado lo nuestro?».

SAGE ME ACOMPAÑÓ hasta la puerta, con las manos en los bolsillos.

—Bueno, gracias por cenar conmigo. —Mantuvo en todo momento veinte centímetros de distancia conmigo, como si fuéramos hermanos o compañeros de trabajo—. Ya nos veremos.

«Me está dando calabazas».

—Sage, espera.

Se giró con la decepción escrita en el rostro.

—No sé qué es lo que he dicho, pero lo siento. Habla conmigo. No quiero que lo nuestro termine.

Sage se frotó la parte posterior del cuello, pasándose los dedos por el pelo.

—Al comienzo de la cena estábamos genial, pero después todo se ha echado a perder. ¿Es que he hecho algo?

—No, es que... No quiero involucrarme con alguien que ya está viéndose con otra persona.

«¿De qué está hablando?».

—No entiendo a qué te refieres.

—Sé que no tenemos exclusividad ni nada, así que no tengo ningún derecho a sentirme así, pero... Lo que tienes con Volt parece ir bastante en serio, sea lo que sea. Quizás si sólo estuvieras viéndote con alguien de manera informal no me molestaría, pero que duermas en su casa y pases todo el día con él sin darte ni cuenta de que tienes el teléfono apagado... Me hace sentir incómodo.

¿Por qué le había hablado siquiera sobre Volt? Menudo tiro por la culata.

—Sage, entiendo a lo que te refieres, pero no hay nada entre Volt y yo. De verdad, es sólo un amigo.

—Que está enamorado de ti.

Inspiré bruscamente al oírlo. Separé los labios con un jadeo y me quedé con los ojos como platos. Era tan ridículo que no podía ni procesarlo.

—Sage, eso es absurdo.

—¿Lo es? —insistió.

Me reí. Lo era, era ridículo.

—Confía en mí, Volt no me ve como nada más que una amiga que no deja de molestarlo. Se burla de mí a diario, y se va a la cama con todo lo que se mueve. Cuando nos conocimos me dijo que era un bicho raro. Creo que tienes la impresión equivocada por lo que pasó anoche, pero te prometo que es la primera vez que sucede.

—Ésa no es la única razón por la que me siento así.

No tenía ni idea de cuál podía ser esa otra razón.

—De acuerdo...

—He visto cómo te mira.

Puse los ojos en blanco.

—Es sólo su lado protector. No quiere que vuelvan a hacerme daño después de lo de mi último novio.

—¿Qué pasó con tu último novio?

No quería entrar en eso; Sage y yo apenas habíamos empezado a salir juntos, y eso acabaría de hundir el momento por completo.

—Me puso los cuernos.

—Entiendo... —Sus ojos se llenaron de tristeza.

—Volt estaba cabreado, y decidió ocuparse personalmente... —Y, aunque Drew se lo merecía, ojalá Volt no hubiese hecho lo que había hecho—. Le preocupa que vuelvan a hacerme daño, eso es todo.

Sage empezó a relajar los hombros, y la frialdad desapareció de su mirada.

—Supongo que puedo comprenderlo.

—Perdona por haberte dado la impresión equivocada, pero no hay nada entre Volt y yo. Lo quiero, y él me quiere, pero es estrictamente platónico.

—De acuerdo —cedió—. Te creo.

Había conseguido salvar aquella cita de la destrucción absoluta. Deseé no haber sido tan estúpida como para mencionar a Volt.

—Entonces... ¿Estás libre el martes? Me gustaría invitarte a salir. Repetir la cita desde cero.

Por fin me sonrió con esa clase de felicidad que se refleja en los ojos en lugar de quedarse sólo en los labios.

—Me gustaría mucho.

«Crisis superada».

—Genial, a mí también.

Volt

CLAY EMPEZÓ la parte de pensamiento crítico del examen; tenía que leer un artículo y determinar el tono y la intención que el autor intentaba transmitir. Por fortuna, habíamos trabajado duro en el vocabulario, sino no habría sido capaz de leer ni una sola frase.

Mi mente se pasó todo el tiempo muy lejos de allí mientras Clay se esforzaba. No dejaba de pensar en la manera en la que Taylor me había apuñalado en el corazón al marcharse de mi apartamento el otro día. Habíamos pasado todo el domingo tirados juntos en la cama o mirando la televisión en el sofá. Hasta se había olvidado de su cita hasta casi el final del día.

Y después se había ido.

¿Acaso era un idiota por pensar que aquella tarde de domingo había significado algo? Le había llevado el desayuno en la cama, tal y como lo haría durante todos y cada uno de los días si me despertase siempre junto a ella. Le había pasado los dedos por el pelo e incluso le había dicho lo que sentía por ella.

Pero no me había tomado en serio.

Sinceramente, había tenido la esperanza de que se olvidara de Sage.

Y había creído conseguirlo. Había estado extasiado. Pero me lo habían arrebatado en cuestión de un segundo.

Taylor no había querido quedarse conmigo.

Quiso irse.

—¿Volt?

—¿Eh? —Me giré hacia Clay, sin saber cuánto tiempo había pasado perdido en mis ensoñaciones.

—Llevo intentando llamarte la atención desde hace como un minuto.

—Bueno, pues ya la tienes. ¿Qué pasa? —Me pasé los dedos por la sien, sintiendo una migraña creada más por el dolor de mi corazón que el de la cabeza.

Clay me observó con la mano todavía sobre el borde de la página, como si estuviera a punto de pasarla. La había marcado con el bolígrafo azul que le había dado, subrayando las partes de las que no estaba seguro, al igual que los puntos clave que le harían falta para responder a las preguntas.

—¿Cuál es tu pregunta? —repetí cuando no dijo nada. A lo largo de los últimos meses Clay había dejado atrás su mala actitud y se había ido abriendo más a mí. En lugar de observar todos y cada uno de mis movimientos por pura desconfianza, por fin había bajado sus defensas y se había relajado cuando estaba conmigo. Se había convertido en un chaval completamente distinto.

—Parece como si te preocupara algo. ¿He hecho algo mal? —La vulnerabilidad en su voz, ese rasgo que nunca se me pasaba por alto, me aplastó por completo.

—No. Para nada, Clay. —Aquel chico se había convertido en una parte esencial de mi existencia. Cuando no estaba con él, me dedicaba a preocuparme por él, especialmente durante los fines de semana. Me preguntaba si su padre lo estaría tratando bien. Le daba dinero todos los viernes para que pudiera comer durante el fin de semana, con la

esperanza de que fuera suficiente. Clay me importaba más de lo que podía soportar. Era la clase de preocupación que dolía en lo profundo del pecho—. Es que tengo otros temas en mente...

—¿Quieres hablar de ello?

—No, no pasa nada. —No iba a hablar de mi vida amorosa con un crío de dieciséis años.

—Oh... Creía que éramos amigos.

—Y lo somos —me apresuré a tranquilizarlo.

—Bueno, yo te cuento cosas... pero tú no me cuentas nada. —Bajó la mirada hacia la página y volvió a coger el bolígrafo.

Tenía razón. Aquella era una vía de doble sentido, y sospechaba que yo era el único amigo que tenía.

—Se trata de una chica.

Volvió a alzar la vista, interesado.

—Siento... algo por ella, pero la chica no se da cuenta de que estoy ahí.

—He pasado por eso.

—No sé muy bien qué hacer.

—¿Cómo puede no darse cuenta? —preguntó, riéndose—. Eres guapo y rico. ¿Qué más podría querer una chica?

Sonreí.

—¿Acabas de hacerme un cumplido?

—Uh... mierda, sí, lo he hecho.

—Eh. ¿Qué te he dicho sobre maldecir?

Clay puso los ojos en blanco.

—Y el aspecto y la riqueza no importan cuando se trata de mujeres.

—Menuda tontería.

—Bueno, no importan cuando se trata de *esta* mujer. —A Taylor le importaba más la belleza interior que cualquier otra cosa, y no podía decir que fuese sobrado en ese aspecto. Sólo había visto mi lado malo, el del hombre roto al que le habían arrancado el corazón. Me había vuelto de hielo después de aquello, y aquella era la única persona a la que Taylor había llegado a conocer. Si nuestros caminos se hubieran cruzado antes de todo aquello, las cosas habrían sido distintas. Muy distintas.

—¿Y qué quiere esa mujer?

—A un buen tipo. —En resumen.

—Pero tú eres un buen tipo.

—En realidad no. —Era egoísta y superficial; yo mismo era el primero en admitir mis defectos. Taylor estaba fuera de mi alcance, y lo sabía.

—A mí me lo pareces —dijo Clay—. Nunca nadie me había prestado atención, al menos no en el buen sentido. Me ayudas todos los días después de la escuela y me das comida. No le importo a nadie más que a ti.

Sus palabras eran tan bonitas como devastadoras.

—Clay, eso no es cierto.

—Sí que lo es —susurró—. Y los dos lo sabemos. —Volvió a concentrarse en la página, manteniendo la mirada baja.

—A tus profesores les importas...

—Me odian. No soy más que otro chico pobre que no hace más que molestar y sentarse al final de la clase.

—Y tu padre...

—Sólo me usa para conseguir dinero del gobierno, y se lo gasta todo en drogas y alcohol. Ni siquiera le importa si vivo o muero.

No conseguía comprender cómo aquel chico conseguía seguir adelante. Estaba allí, en mi despacho, intentando conseguir una vida mejor; no tenía ni idea de dónde sacaba la motivación suficiente para hacerlo después de todo lo que me había dicho.

—Estoy seguro de que tienes amigos que se preocupan por ti.

Negó con la cabeza.

—Estoy solo.

Y yo quejándome de que no podía estar con la mujer con la que quería estar mientras Clay luchaba por sobrevivir día tras día. Nunca había conocido lo que era la verdadera desgracia, no como él.

—Nunca estarás solo, Clay. Siempre podrás contar conmigo.

CLAY SACÓ su bicicleta llena de óxido del aparcabici y echamos a andar juntos por la acera.

—¿Qué tal si te conseguimos una bicicleta nueva? —No parecía que fuera a durar mucho más. Estaba oxidada y vieja, y el cambio de marchas saltaba cada dos segundos.

—No, así está bien.

—No me importaría hacerlo, Clay.

—Si llego a casa con una bicicleta nueva, papá querrá saber de dónde la he sacado. Es mejor dejarlo como está.

¿Su padre ni siquiera permitiría que su hijo tuviera algo de buena calidad? Nunca comprendería a aquella clase de padres. Había oído hablar de ellos, pero sólo de pasada, nunca en primera persona como ahora.

—Avísame si cambias de idea.

—De todos modos, es más fácil tener cosas medio rotas; así nunca tengo que preocuparme de que nadie me las robe. Cuando no tienes cosas buenas, la gente te deja tranquilo.

En aquel momento había un Aston Martin aparcado en mi garaje. Era un coche precioso que no había conducido casi nunca, pero tenía la riqueza suficiente como para poder permitirme algo que ni siquiera necesitaba.

De repente, pasé a odiar ese coche.

Y a odiarme a mí mismo.

—¿Quieres comer algo? —No había tenido tiempo de ir a por algo de comida antes de nuestra clase.

Clay se encogió de hombros. Nunca pedía nada, ni siquiera después de que le hubiese dejado claro que le compraría lo que quisiera.

—¿Qué tal en Mega Shake? —Estaba justo al final de aquella calle.

—Genial —dijo—. Me encanta ese sitio. —Sus pasos cobraron una cadencia especial en cuanto supo que iba a poder cenar.

Y eso me entristeció.

—¿Volt?

Habría reconocido aquella voz en cualquier parte. Aparecía en mis sueños, y cuando estaba despierto no dejaba de crear ecos en mi mente.

Me giré y vi a Taylor allí de pie. Llevaba el bolso enorme colgado del hombro, e iba vestida con un vestido azul claro y una chaqueta rosa de punto. Su ropa era dos tallas demasiado grande y no resaltaba todas sus curvas naturales. A veces me preguntaba si intentaba esconderlas a propósito.

El cabello le caía sobre un hombro, como era habitual. Tenía una sonrisa arrebatadora en los labios que le arrugaba la comisura de los ojos. Justo delante de mí tenía a la mujer a la que deseaba pero a la que no podía tener. Hacía tanto que no me acostaba con nadie que ni siquiera recordaba la última vez en que lo había hecho. Tenía todo el derecho a salir por ahí y encontrar a una mujer dispuesta, pero no deseaba a nadie más que a Taylor.

«Sólo la quiero a ella».

Se acercó, todavía con aquella sonrisa en los labios.

Me olvidé de dónde estaba y qué había estado haciendo; simplemente me quedé allí de pie, embobado. Me había quedado completamente petrificado al mirarla, incapaz de distinguir entre realidad y ficción. Ella conseguía que me sintiera nervioso e incómodo al mismo tiempo.

Me convertía en un hombre completamente distinto.

—¿Estás bien? —me pregunto, ya a sólo un paso de distancia.

Salí de mi ensoñación y me aclaré la garganta.

—Lo siento, el sol estaba en un ángulo extraño... no podía ver nada. —El sol se estaba poniendo justo en el lado contrario, pero necesitaba una excusa.

Taylor no me puso en duda.

—¿Qué andas haciendo?

—Eh... —Pues no me acordaba.

Clay rió entre dientes, a mi lado.

Y fue entonces cuando todo volvió a encajar.

—Clay y yo estábamos a punto de ir a comer algo.

Éste volvió a reírse, completamente consciente del idiota en que me había convertido.

—Sí. Vamos a Mega Shake. ¿Quieres venir?

Clay odiaba por defecto a todos los adultos, pero el modo en que actuaba me dijo que sabía exactamente quién era Taylor.

Taylor lo miró, y cualquier afecto que pudiese sentir hacia mí se multiplicó por diez gracias a la presencia del chico.

—He oído hablar mucho de ti, Clay. Es un placer conocerte. —Le extendió la mano, y Clay se la estrechó.

—¿Has oído que soy extremadamente inteligente y un guaperas? —le preguntó con una sonrisa de oreja a oreja.

Taylor se rió.

—Sí, eso es exactamente lo que he oído.

—Le estoy enseñando a Volt todos mis trucos cada vez que tengo tiempo. —Seguía sobre su bicicleta, con la mochila colgándole del hombro.

—Es todo un detalle de tu parte. —Taylor quedó encantada con él al instante, igual que le pasaba con todos sus estudiantes.

Era agradable tener a Clay allí conmigo, así evitaba ser yo el centro de atención.

—Vamos a por algo de comer. —Clay giró la bicicleta y la empujó hacia el restaurante—. Estoy muerto de hambre.

—Buena idea. —Taylor lo siguió, caminando a mi lado.

Me guardé las manos en los bolsillos. Me sentía fuera de lugar tan cerca de ella; podía oler el aroma a vainilla y naranjas que desprendía su suave cabello, notaba la brisa que provocaba cada vez que se movía. Era consciente de hasta el más mínimo de sus movimientos, incluso cuando no hacía más que respirar.

«No puedo creer que hubiera una época en que no me sintiera así».

Entramos en el local y pedimos la comida antes de sentarnos en una de las mesas con bancos corridos. Taylor se acomodó a mi lado, y Clay eligió el lado opuesto de la mesa. No dejaba de mirarla, tan interesado en ella como lo estaba yo.

—¿Qué haces para conseguir dinero? —le preguntó mientras se comía sus patatas.

—¿Para conseguir dinero? —preguntó Taylor a su vez, confundida.

—Sí —aclaró Clay—. ¿De qué trabajas?

—Soy profesora. Doy clases en la Academia Bristol.

Clay hizo una mueca.

—Panda de pijos...

—Clay —le advertí—. No seas maleducado.

—No lo soy —se defendió—. Los chicos que van a escuelas privadas son pijos, todo el mundo lo sabe.

En lugar de enfadarse, Taylor continuó con la conversación.

—Esos chicos de la escuela privada no son tan distintos a ti.

—Lo que tú digas —respondió Clay—. Son una pandilla de niños ricos e inteligentes.

—Tú también eres inteligente.

—No lo soy —discutió.

—Eso no es lo que me cuenta Volt. —Sonrió mientras miraba a Clay.

La conversación empezó a hacerse más relajada, y apoyé el brazo sobre el respaldo del asiento sin pensarlo, rozándole la nuca a Taylor.

Me percaté al instante de mi error, pero era demasiado tarde para arreglarlo. Al menos parecía que ella no se había dado cuenta.

—¿En serio? —preguntó Clay, desviando la mirada hacia mí.

—¿Qué puedo decir? —respondí, encogiéndome de hombros—. Hablo de ti.

—¿Y dices cosas malas? —insistió Clay.

—No, sólo las buenas —intervino Taylor—. Te tiene mucho cariño. —Mojó una patata en ketchup y se la llevó a la boca.

«Daría cualquier cosa por ser una patata».

Clay le hizo algunas preguntas más sobre la escuela en la que daba clases, y después la conversación viró hacia los exámenes de aptitud. Se llevaban muy bien, mejor de lo que nos habíamos llevado Clay y yo nada más conocernos. Taylor tenía un aura natural que hacía que la gente se sintiera cómoda en su presencia, puede que un cierto aire maternal. O quizás se debía al modo en que hablaba. No lo sabía.

«Quizás nos tenga a todos hechizados».

Clay se acabó su comida y apartó la bandeja.

—Será mejor que me vaya a casa. Gracias por la cena, Volt.

Siempre daba las gracias, algo que no me había hecho falta enseñarle. Era un chico orgulloso y cabezota, pero también agradecido, y apreciaba lo que se hacía por él. Todo eso dejaba claro que debajo de la superficie endurecida en las calles había un buen chaval.

—De nada, Clay.

—Un placer conocerla, señorita. —Le guiñó el ojo a Taylor y salió del restaurante.

En cuanto desapareció de nuestra vista Taylor se giró hacia mí.

—Es mono.

—No se lo digas. —A Clay no le gustaría nada aquella descripción.

—Ahora entiendo por qué estás tan decidido a ayudarlo.

—Es un buen chico en una mala situación.

—Ya lo veo. —Se acabó su comida y pasó a atacar mis patatas fritas.

Si hubiese sido otra persona la que comiese de mi plato, me hubiera cabreado, pero aquella mujer podía hacer todo lo que desease. Y vaya si lo hacía.

—¿Ha habido más moratones?

—No he visto ninguno últimamente.

—Bien. —Soltó un suspiro de alivio—. Me alegro de que tenga a alguien que cuida de él.

Lo triste es que sólo fuera yo.

—Todo el mundo necesita a alguien. Yo soy ese alguien para él.

—¿Sabes qué? —Se giro hacia mí, atrapándome en aquellos preciosos ojos azules—. También eres mi alguien.

—¿Ah, sí? —Estábamos muy cerca el uno del otro, lo bastante cerca para besarla si hubiese tenido las agallas necesarias. La otra noche la había besado, y había notado cómo me devolvía el beso. ¿Por qué no podía hacerlo de nuevo? ¿Por qué no podíamos hacerlo todo el tiempo? ¿Por qué no podíamos pasarnos el resto de nuestras vidas haciéndolo?

«Joder, estoy metido hasta el cuello».

—Sí —continuó hablando Taylor—. Eres mi alguien. Ya sabes, la persona en la que puedo confiar que siempre esté ahí para cuidarme.

—Y tú eres mi alguien.

«Mi único alguien».

—Me alegro de que nos tengamos el uno al otro. —Volvió a centrarse en mi bandeja y comió otro puñado de patatas.

¿Por qué podíamos tener conversaciones como aquéllas pero no algo más? ¿Cómo podía sentarse tan cerca de mí y no notar lo que sentía por ella? ¿Cómo podían desvanecerse todos esos sentimientos en el aire? ¿Cómo podía estar saliendo con otro hombre?

Quise preguntarle por Sage, pero al mismo tiempo no quería oír la respuesta. Lo que realmente quería era que dijera que ya no estaban saliendo; sería la mejor noticia que había oído en bastante tiempo.

—¿Qué tal tu cita?

—Estuvo bien.

¿Bien? Eso no sonaba prometedor. ¿Sería un capullo si dejaba que esa respuesta me entusiasmase?

—¿No fue bien?

—Acabamos teniendo una discusión por una tontería...

—¿Qué tontería?

—Nada importante —dijo, esquivando mi pregunta—. Pero el martes volveremos a salir.

«Ugh, casi».

—¿Te has acostado con él?

«¿Pero qué demonios me pasa?».

«¿Por qué pregunto algo así cuando no quiero saberlo?».

«¿Por qué me torturo de esta manera?».

—No —contestó—. Quiso entrar a casa en nuestra cita anterior, pero yo no quise apresurar las cosas. Sólo nos hemos visto un puñado de veces. Con Drew fui demasiado rápido y mira cómo acabó.

Aproveché la oportunidad.

—Tienes toda la razón. Deberías ir poco a poco. Como si fueras un caracol. Y esperar hasta el matrimonio.

Taylor se rió, pensando que estaba bromeando.

—Puede que incluso me ponga un cinturón de castidad.

—Todavía mejor. Y tienes que llevarlo siempre puesto, por si acaso.

Se rió más fuerte.

—Lo esconderé bajo la ropa y lo llevaré encima incluso cuando vaya en bikini. A nadie le parecerá raro.

—Creo que es la mejor idea que he oído nunca. —Siempre y cuando me diera a mí la llave para abrirlo.

Su risa fue desvaneciéndose.

—Y tú, ¿qué has estado haciendo últimamente?

—No mucho.

«Sólo odiar mi vida».

—¿No ha habido mujeres?

—No.

—Eso tiene que ser todo un récord. ¿Cuánto ha pasado? ¿Unas semanas?

—Un mes, de hecho. —Había estado masturbándose una barbaridad pensando en la noche en que nos habíamos liado.

—¿Va todo bien? —Se cruzó de piernas y volvió a girarse hacia mí.

—Sí... Últimamente no he estado de humor, eso es todo.

—¿Pasas a menudo por fases así?

«Nunca».

—De vez en cuando.

—Bueno, al menos así disfrutarás realmente del sexo cuando vuelvas a las andadas.

La idea de tener sexo con alguien que no fuera ella no tenía el más mínimo atractivo; no sería más que otra noche carente de significado con una mujer al azar. Con Taylor, el simple hecho de besarla había sido más ardiente que cualquier relación carnal que hubiese tenido nunca. Había estado lleno de pasión y deseo, además de terriblemente sexy.

Eso era lo que quería.

—¿Cómo va tu clase?

—Bien —respondió—. Pronto les haré otro examen. Pero esta vez a mi manera.

—Ten cuidado con eso.

—El último examen fue demasiado fácil; necesitan algo más complicado.

—¿Qué tal una excursión? —Me sentí aliviado de que hubiésemos dejado el tema de mi vida sexual de lado, porque cuando pensaba en sexo, siempre pensaba en ella. Y aquello hacía que me endureciera dentro de los vaqueros, lo cual sería imposible de disimular si Taylor llegaba a mirar.

—Todavía no he hecho ninguna.

—Es casi el final del primer semestre, ¿y todavía no has hecho ninguna excursión?

—Aquello iba a cabrear a algunos padres.

—Simplemente no ha habido tiempo.

—Pues tienes que hacer que lo haya.

«Y hacerlo ya».

—No sé... Si hago una tendré que buscar acompañantes.

—Yo seré uno. Sólo tienes doce estudiantes, así que dos adultos deberían sobrar.

—¿En serio? —preguntó—. ¿No les parecerá raro que un tío cualquiera se ofrezca voluntario para una excursión escolar?

«No soy un tío cualquiera».

—No habrá ningún problema. Acuérdate de que antes era profesor.

—Ah, es verdad. —Se dio una palmada en la frente—. A veces me olvido.

—Vamos a organizarla ahora mismo. ¿Qué tal el planetario?

—Oh... eso podría estar bien.

Así podríamos sentarnos juntos en la oscuridad. Podría tocarle la mano de manera inocente e imaginar que ella me devolvía la caricia. Puede que, si pasábamos el tiempo suficiente bajo la proyección de las estrellas, acabara viéndome de un modo distinto.

«Puede que así se olvide de Sage».

—HOLA, cariño. ¿Cómo estás? —me dijo mamá al oído a través del teléfono.

Estaba sentado en mi mesa, en el trabajo.

—Bien. ¿Y tú qué tal?

—Genial. La tienda va a cerrar por vacaciones. No dejo de pedirle a tu padre que me lleve a París, pero nada, que no cede...

—Acabarás convenciéndolo, mamá. —Puse los pies sobre la mesa y cerré los ojos, deseando que acabara aquella conversación. Sospechaba que el tema de mi vida amorosa acabaría saliendo a la luz. Siempre lo hacía.

—¿Vas a ir con nosotros en el coche este fin de semana?

—¿Este fin de semana?

«¿Ir con ellos a dónde?».

—A la boda de Suzie. ¿Es que no te acordabas?

Se me había por completo de la cabeza. Las bodas no me interesaban demasiado; no podía ser yo mismo en las bodas familiares, habría sido una situación demasiado incómoda.

—Ya lo recuerdo.

—Bueno, la hija de Paul va a venir. De hecho se sienta en nuestra mesa.

Oh, no. Mis padres querían volver a emboscarme con una cita a ciegas. Eran lo peor; la mayoría de las chicas eran mujercitas recién presentadas en sociedad de lo más conservadoras. No eran para nada mi estilo.

—¿Volt?

Podría librarme de aquella cita forzada si no asistía a la boda, pero aquello me haría parecer todavía más capullo después de haber confirmado ya mi asistencia. La única otra alternativa sería llevar a alguien como mi pareja.

Taylor.

Se me encendió la bombilla y decidí hacerle caso.

—Voy a ir con alguien. —Taylor me acompañaría si se lo pedía. Le encantaba la comida, la gente y poder bailar; una boda sería ideal para ella. Y no habría preferido a ninguna otra persona.

Mi madre guardó un silencio sepulcral antes de jadear.

—¿Vas a venir con alguien? —Su voz duplicó su volumen, y su entusiasmo burbujeaba como una botella recién abierta de champán—. Volt, eso es maravilloso. Será todo un placer conocerla. Seguro que es una chica fantástica.

«Sí que lo es».

—Háblame de ella.

—Se llama Taylor.

—Oh... qué bonito. ¿Cuánto tiempo lleváis saliendo?

—Mamá, sólo somos amigos.

—Oh, vale. —Noté cómo ponía los ojos en blanco al otro lado de la línea—. No te preocupes, ni tu padre ni yo la asustaremos.

«Será mejor que no».

—Te veré el sábado.

—De acuerdo. Esperaré ansiosa el poder verte, pequeño.

Mi madre todavía me llamaba pequeño, ¿pero qué podía hacer al respecto? ¿Pedirle que parase? Era mi madre, no podía hacer eso.

—Yo también estoy impaciente por verte.

—Te quiero, pequeño.

«Y allá va de nuevo».

—Yo también te quiero.

CLAY NO ABRIÓ su libreta como solía hacer; en su lugar se dejó caer en la silla que había frente a mí y me dirigió una sonrisa traviesa. Planeaba algo, y sospeché que, fuera lo que fuera, no iba a gustarme nada.

—¿Qué? —pregunté.

—Volt y Taylor sentados juntos en un árbol, b-e-s-á-n-d-o-s-e...

—¿Es que ahora tienes cinco años?

—Cuando estás con ella actúas como un perdedor.

Si hasta Clay lo había notado, entonces también debía de haberlo hecho Taylor. Y eso hubiese sido lo más mortificante del mundo. Era el casanova más elegante cuando se trataba de mujeres, pero todos mis trucos se habían desvanecido en el aire después de que Taylor me robase el corazón. Ahora a duras penas conseguía saludarla.

—Admito que no estoy en mi mejor momento.

—¿En tu mejor momento? —se rió Clay—. Cuando te quedas mirándola así pareces un payaso.

—Lo sé. —No necesitaba que me lo dijera dos veces.

—¿Cómo puede no darse cuenta?

—No lo... —Su última frase me ofreció algo de esperanza—. ¿Crees que no se ha dado cuenta?

—Qué va. Está ciega del todo.

¿De verdad me estaban reconfortando las observaciones de un crío de dieciséis años?

—Menudo alivio.

—¿Por qué no le pides salir?

—Porque...

—¿Porque qué? —insistió.

—No me ve de ese modo. Para ella no soy más que un amigo.

—¿Y no sería pedirle salir una buena manera de demostrarle que hay algo más?

—Me dirá que no, y las cosas se volverán incómodas.

Clay me miró fijamente, como si no me comprendiera en lo más mínimo.

—No lo pilló. Creía que a los hombres de verdad no les daba miedo nada.

—Y no les da, pero... es complicado.

—¿Complicado cómo?

—Porque es mi amiga, y si hago algo estúpido, puede que deje de serlo.

—Yo no tengo muchos amigos —respondió Clay—. Pero siempre he pensado que, cuando alguien es tu amigo, lo es sin importar lo que ocurra.

—Bueno... sí.

—Entonces inténtalo. Es mona.

—Sé que lo es. —Lo veía día tras día—. Pero está viéndose con alguien.

—Ah... ¿Tiene novio?

—No es que tenga novio. No van en serio... al menos no todavía.

—Entonces puedes probar.

Era demasiado joven para poder entenderlo.

—Si lo hiciera, eso me convertiría en un capullo.

—Eh, cuida esa lengua.

Me reí entre dientes al percatarme de que había caído en mi propia trampa.

—Me has pillado.

—¿Por qué iba a convertirte eso en un capullo? Y sí, puedo decirlo porque tú lo acabas de decir, sea o no una palabrota.

Ahí tenía razón, así que lo dejé pasar.

—Parece que ese tío le gusta de verdad. Y si así es como se siente, intervenir y arruinar algo que podría convertirse en justo lo que ella desea sería una falta de respeto.

Clay me miró fijamente con gesto de incompreensión.

—No podría hacerle algo así.

—La amas, ¿verdad?

Amar era una palabra muy fuerte; no estaba listo para decirla. No estaba seguro de lo que sentía.

—No quiero ser un cualquiera para ella. No me he sentido así desde... Bueno, ha pasado bastante tiempo.

—¿Desde cuándo? —preguntó.

No sabía por qué le estaba contando a Clay nada de todo aquello. Era mi alumno, pero también era algo más. No lo consideraría un amigo. Supongo que era... más bien como un hijo.

—Estuve con una chica durante un tiempo, e iba a pedirle que se casara conmigo, pero la pillé poniéndome los cuernos.

—Menudo asco.

—Sí, menudo asco.

«Y cómo dolió».

—¿Y llevas soltero desde entonces?

—Sí. Me cuesta confiar en la gente.

—¿Y confías en ella?

Confiaba en ella más que en nadie de este planeta.

—Taylor nunca me haría daño.

—Entonces tienes que hacer algo, tanto si se está viendo con alguien como si no.
—Pero ella no siente lo mismo. Sólo conseguiría que se sintiera incómoda, destrozar nuestra amistad y arruinar su relación con ese tío.
—Pero si le dices lo que sientes, puede que ella sienta algo por ti.
O puede que no.
—Esperaré a ver qué tal va. Si rompe con ese hombre, daré un paso adelante.
—Más te vale. Deja de actuar como un marica.
—Eh, cuidado con lo que dices.
Clay no se arrepintió en lo más mínimo.
—A veces hace falta que alguien te dé una soberana patada en el...
—No lo digas.
—Pandero. —Puso los ojos en blanco—. Y está claro que a ti te hace falta una.

LE ENVIÉ un mensaje a Taylor de camino a casa.

Pequeña, ¿estás ocupada?

Gruñí para mí al darme cuenta de lo que había escrito y la facilidad con la que usaba aquel término cariñoso. Lo borré antes de enviar el mensaje.

¿Estás ocupada?

Acabo de llegar a casa. ¿Qué pasa?

¿Puedo ir?

Ya estaba frente a su apartamento.

Claro. Meteré una bolsa de palomitas en el micro.

Excelente idea, pequeña.

Ugh, ahí iba de nuevo.

Excelente idea.

Te veo en un rato.

Cogí el ascensor hasta su piso y llamé a la puerta. El corazón me palpitaba en el pecho, e intenté controlar la respiración. Taylor hacía que reaccionase de maneras extrañas, me hacía *sentir* cosas extrañas.

Abrió la puerta todavía con la ropa de la escuela. Llevaba un vestido largo con cebras y unos leggings debajo. Del cuello le colgaba una bufanda negra para mantener a raya el fresco que iba llegando.

—Hola. Las palomitas ya están listas.

—Entonces llego justo a tiempo. —Entré y me controlé justo a tiempo para no abrazarla—. ¿Qué tal el día?

—Bien. —Abrió la bolsa de palomitas y se dejó caer sobre el sofá—. Clay es un chico genial.

—Lo es, ¿verdad? —Me senté junto a ella y metí una mano en la bolsa.

Taylor lanzó algunas palomitas al aire y las atrapó con la boca.

—Se nota que es un chaval inteligente, simplemente no lo han educado bien.

—Has dado justo en el clavo. —Clay era más sabio que la mayoría de los chicos de su edad. Comprendía cómo funcionaba el mundo de verdad, y cómo sobrevivir en él. La mayoría de los chicos no eran conscientes de esa presión; su motivación nacía del deseo, no del hambre.

—Y también se nota que te tiene cariño.

—Sí... —Teníamos una buena relación. Se me hacía evidente que en muchos aspectos me consideraba un modelo a seguir, y que confiaba en mí.

—Tiene suerte de tenerte. —Enlazó el brazo con el mío y me lo apretó.

Incluso aquello me excitaba.

Me encantaba que me tocara.

Quería que siguiera haciéndolo.

—Gracias.

Taylor volvió a la bolsa de palomitas, mordisqueando cada una en esa boquita que tenía.

—Oye, me preguntaba si podrías hacerme un favor.

—Claro. Puedes contar conmigo para lo que necesites. —Centró en mí toda su atención sin dejar de meterse palomitas en la boca.

Hacía que comer palomitas pareciera terriblemente sexy.

—Este sábado tengo una boda, y me gustaría que fueras como mi acompañante.

—¿Una boda?

—La de mi prima.

—Oh... —En lugar de aceptar de inmediato, adoptó una expresión aprensiva.

—Hoy he hablado con mi madre, y tiene planeado intentar juntarme con una amiga de la familia, así que le he dicho que iba a ir con alguien. —Con suerte aquello no resultaría demasiado agresivo. Las citas a ciegas organizadas por mis padres eran de lo peor.

—¿Está intentando juntarte con alguien? —preguntó, sorprendida.

—Está bastante decidida a que me case.

Taylor rió entre dientes.

—Guau, qué bruta.

—¿Vendrás conmigo?

«Por favor, ven conmigo».

—Eh... —Se giró hacia el otro lado, con la mente muy lejos de allí.

—No tienes que hacerlo si no quieres. De verdad, sin presiones. Podría llevar a otra persona, no es para tanto.

—¿A quién llevarías?

No quería llevar a nadie más. Si se llegaba a eso, iría solo.

—No sé... A uno de mis ligues habituales.

—¿Pero no pensarán entonces que vas en serio? Ya sabes, conocerán a tu familia y todo eso.

—Uh... Espero que no.

—Iré.

«Gracias a Dios».

—¿Estás segura?

—Sí.

—¿No tienes planes para el sábado?

«Con ese idiota».

—No. Será un placer acompañarte. —Se puso cómoda a mi lado—. Pero ahora tengo que ir de compras.

—¿Para qué?

—Tengo que encontrar algo que ponerme.

—Tienes muchísimas cosas que ponerte.

—Pero no muchos vestidos bonitos, de los que se llevan a las bodas.

—¿Qué tiene de malo lo que te pones normalmente?

—Tú eres el primero que se burlaba de mí.

Ahora no comprendía por qué había llegado a burlarme de ella por eso. Estaba preciosa con todo lo que se ponía; tenía ese tipo de belleza siempre presente. No importaba qué se pusiera ni si se peinaba o maquillaba; siempre estaba perfecta.

—Fui un capullo. Taylor, tú arrasas con todo lo que te pones.

Sonrío.

—Ooh, acabas de hacerme un cumplido.

Y se los seguiría haciendo durante el resto de su vida si tan sólo fuera mía.

—Y lo decía en serio.

Taylor

TEMÍA ESTE MOMENTO.

Pero que muchísimo.

Marqué el número y escuché como sonaba el tono.

—No contestes, no contestes.

Pero por supuesto que contestó.

—Oye —llegó la voz de Sage desde el otro lado del teléfono—. ¿Qué tal?

—Bien. ¿Y tú? —Empecé a pasearme por el apartamento, notando como el corazón me martilleaba por la adrenalina.

—Acabo de llegar a casa del gimnasio. Oír tu voz es un premio perfecto después de tanto esfuerzo.

Estaba demasiado nerviosa como para poder sonreír.

—Me habría encantado verlo.

Río entre dientes con una voz grave e hipnótica.

—¿Tienes planes para esta noche?

—No, estoy libre. De hecho esperaba que pudiéramos hacer algo juntos.

—Sí, claro. Dos noches seguidas, me apunto.

«Allá vamos».

—En realidad tengo que cancelar lo de mañana... —Sabía que aquello acabaría en una pelea. Lo notaba. Sage y yo todavía no éramos pareja de manera oficial y nuestra relación ya era tensa.

—Vaya. ¿Va todo bien?

—Sí. Le prometí a Volt que iría a una boda con él hará unas, no sé, seis semanas, y me había olvidado por completo. —Una pequeña mentira inocente no haría daño a nadie, ¿verdad?—. Su madre no deja de intentar juntarlo con chicas, y cree que si lo acompaño al menos lo dejará tranquilo.

Silencio.

Estaba enfadado, lo sabía.

Sage suspiró a través del teléfono.

—Bueno, si has hecho una promesa, entonces has hecho una promesa, ¿no?

«¿En serio? ¿No se ha cabreado?».

—Sí, no puedo dejarlo tirado.

—Estoy libre esta noche, así que no pasa nada. ¿Quieres ir a cenar?

—Desde luego. —Había sido mucho más fácil de lo que había anticipado.

—Sólo deja que me duche primero.

—Oh... ¿Puedo mirar?

Se rió entre dientes.

—Sería un placer.

—¿DÓNDE es la boda?—Tomó un trago de cerveza, sentado frente a mí.

—Eh... no estoy segura. Creo que en Connecticut.

—¿No lo sabes? —me preguntó de broma.

—Sólo oí que habría comida gratis y barra libre. —En realidad Volt no me había dicho nada de eso, pero esperaba que fuera así. Tenía el talle de mi copa agarrado con fuerza entre los dedos.

—Eso es obligatorio en cualquier boda que se precie. Al menos si es que quieren que vaya alguien.

—Bueno, de todos modos me gustan las bodas. Son divertidas y están llenas de felicidad.

—¿Así que Volt no puede conseguir una cita propia?

Ya había sospechado que al final su irritación acabaría saliendo a la superficie.

—Sí que puede. —Eso no había nunca el problema—. Pero no quiere llevar a ninguno de sus ligues habituales a una boda por si creen que empieza a ir en serio. Tiene que evitarlo.

—¿A uno de sus ligues habituales?

—Sí. Es un soltero empedernido. —Aunque yo había elegido no creérmelo. En cuanto encontrase a la mujer adecuada se tranquilizaría y sentaría la cabeza. Pero hasta que llegase aquel momento, Volt era todo un potro salvaje.

—¿Es un ligón?

—Es otra manera de decirlo. Le gusta ir de flor en flor y hacer lo que le apetece. Se niega a entrar en ninguna relación.

—¿Y eso?

Nunca me lo había dicho.

—No estoy segura, pero creo que debieron de romperle el corazón.

—¿No te lo ha dicho?

Negué con la cabeza.

—Creía que erais muy buenos amigos.

—Y lo somos, pero no habla de esas cosas conmigo. En realidad, creo que no habla de esas cosas con nadie.

—Parece que, pasase lo que pasase, fue devastador.

—Sí... —Aquella mujer debía de haberlo dejado por otro hombre, o le había puesto los cuernos; no estaba segura. Puede que hubiesen sido ambas cosas—. Pero bueno, soy su acompañante durante la noche.

—¿Es por eso por lo que nunca habéis tenido nada?

«Bueno, sí que tuvimos algo».

—¿Qué quieres decir?

—Que es un casanova; no pareces la clase de chica interesada en algo así.

—Supongo que no, pero también es cierto que somos mejores amigos que amantes.

Sage parecía estar superando el arrebato que había tenido por todo lo de Volt. Puede que por fin hubiese comprendido que no había razón alguna por la que sentirse amenazado.

—¿Entonces habéis intentado ser amantes?

—Eh... no. —No sabía cómo responder a eso. Nos habíamos besado en una ocasión, pero en aquel momento yo había estado sumida en el dolor. Volt me había detenido antes de que pudiera hacer algo de lo que pudiera arrepentirme, así que no contaba. Decidí cambiar de tema para evitar la conversación—. ¿Cuándo fue la última vez que estuviste en una relación?

—Hará alrededor de un año. —Dio un trago a su cerveza y mantuvo la mirada fija en mí. Tenía los rasgos clásicos de un hombre atractivo, de alguien a quien no te sorprendería ver en la televisión—. Nos separamos por decisión mutua. Lo nuestro no funcionaba.

—A veces pasa.

—Desde entonces he salido de vez en cuando con gente intentando encontrar algo nuevo. Al principio parece que debería ser sencillo en una ciudad tan grande como esta, pero es justo al contrario; hay tantas opciones disponibles que la gente es incapaz de tomar una decisión.

Aquello sonaba igualito a Volt.

—Sé a lo que te refieres. —Drew había parecido un buen tipo, a pesar de lo que había hecho. Puede que la tentación sencillamente hubiese sido demasiado; había demasiadas mujeres preciosas en la ciudad y no había podido guardarse las manos para sí.

—Hay mucha gente atractiva —continuó Sage—. Pero es raro encontrar un alma hermosa. —Brindó contra mi copa con el botellín de cerveza—. Y creo que los dos hemos conseguido encontrar una.

—¿QUÉ vas a decirles a tus padres? —Iba junto a Volt, vestida con mi vestido borgoña con mangas y unos tacones negros. Era un día soleado, pero el fresco nos había dado una sorpresa.

—¿A qué te refieres? —Volt iba con las manos en los bolsillos del traje de color gris oscuro, fabricado con la mejor de las telas. Con aquella ropa parecía más alto y sus hombros más anchos.

—¿Vas a decirles que soy tu novia?

—¿Por qué iba a hacer algo así?

—Para quitártelos de encima.

—Les he dicho que somos sólo amigos... —Apartó la mirada; sus ojos se oscurecieron como si estuviera pensando en algo que sólo él podía comprender. Volvió a girarse hacia mí con una expresión distinta en el rostro—. ¿Te parecería bien hacer ver que eres mi novia?

—Claro, ¿por qué no? —¿Qué daño podría hacer? Sus padres oirían lo que tanto querían oír, y dejarían a Volt tranquilo al menos durante unos meses—. Mientras no me metas la lengua en la boca todo irá bien.

—Cachis... —Me dirigió una sonrisa bromista—. Y yo que quería metértela hasta la campanilla.

Puse los ojos en blanco; sabía bien que era una broma.

—Estoy segura de que a Sage le encantaría.

—Si no lo sabe no le hará daño.

Volví a poner los ojos en blanco.

Volt me tomó la mano en cuanto llegamos frente a la puerta. Entrelazó los dedos con los míos al instante, como si ir cogidos de la mano fuese de lo más natural, y me acercó más a él.

—Mis padres son muy agradables, te caerán bien.

—Estoy segura de que sí. —Habían criado a un buen hijo; no me cabía duda de que serían buena gente.

La puerta se abrió, y su madre nos dio la bienvenida con una sonrisa. Tenía el cabello castaño oscuro, idéntico al de Volt, al igual que los ojos. Era una mujer pequeña de apenas metro cincuenta, y el hecho de que hubiera dado a luz a un hombre de metro ochenta me pareció curiosamente adorable.

—Hola, cariño. —Atrajo a Volt a un abrazo—. Te he echado de menos.

Volt abrazó a su madre sin la más mínima vergüenza.

—Y yo a ti, mamá.

Su madre le apretó con fuerza la cintura, haciéndole perder la respiración.

—Guau, mamá, has estado haciendo pesas por lo que veo.

Ésta se apartó y le dio una palmadita en la mejilla.

—Todos esos vestidos de novia pesan mucho.

Volt me atrajo hasta ponerme a su lado.

—Mamá, ésta es Taylor.

Su madre me miró como si fuera un milagro caído del cielo. Los ojos le brillaban de pura dicha, y parecía como si quisiera estrecharme con tanta fuerza como acababa de abrazar a su hijo.

—Estás preciosa, querida. —Me abrazó con el mismo gesto maternal, pero por suerte no intentó romperme las costillas.

Volt puso los ojos en blanco.

—Nos alegra tanto que hayáis podido venir. —Su madre se apartó y me puso las manos en las mejillas—. Por favor, llámame Vivian.

—Es un placer conocerla, Vivian. Gracias por dejarme asistir.

—No, gracias a ti. —Me apretó los hombros antes de entrar en la casa—. Bueno... tengo una mala noticia.

—¿Qué pasa? —preguntó Volt, entrando junto a mí.

—Tu padre está bastante enfermo —explicó Vivian—. No va a poder venir.

—¿Enfermo cómo? —la interrogó Volt al instante—. ¿Estás bien?

—Se ha intoxicado —respondió Vivian—. Lleva todo el día tirado en el suelo del baño.

—Ooh... Lo siento por él.

«La intoxicación alimentaria es lo peor».

—Pobre hombre —dijo Volt—. Quizás deberíamos quedarnos en casa y cuidarlo.

Vivian negó con la cabeza.

—Ya me he ofrecido, pero ha insistido en que vayamos sin él. Dice que de todos modos no va a hacer más que vomitar; no hay mucho que podamos hacer para ayudarlo.

—Supongo que serán sólo unas horas. —Volt echó un vistazo a su reloj—. No estará mucho tiempo solo.

—Eso es cierto. —Vivian recogió el bolso que había dejado sobre la encimera de la cocina—. Deberíamos ponernos en camino.

UNA VEZ que hubo acabado la ceremonia Volt y yo ocupamos nuestros asientos en las mesas redondas dispuestas bajo los almendros. Estaban llenos de flores, y todas las mesas estaban iluminadas por velas blancas.

Volt se acomodó a mi lado y su mano fue de manera automática a mi muslo bajo la mesa. Estaba decidido a mantener las apariencias, incluso si no había nadie que pudiese verle la mano bajo la mesa.

Me percaté de que había muchas mujeres mirando en su dirección, probablemente deseando que estuviera soltero por una noche. Algunas de las damas de honor se dedicaban a ponerle ojitos, e incluso las mujeres sentadas a varias mesas de distancia se giraban de vez en cuando hacia él.

«Puede que haya sido un error traerme».

Vivian centró su atención en mí.

—Taylor, ¿a qué te dedicas?

—Soy profesora.

Se le iluminó la mirada; estaba claro que le había dado la respuesta correcta.

—¿De escuela primaria?

—De instituto, en realidad —contesté—. Es mi primer año dando clases.

—Volt solía ser profesor —me informó—. Es una profesión espléndida.

—No podría estar más de acuerdo. —Aunque a mí me estaba costando lo suyo.

—¿Dónde enseñas? —me preguntó.

Volt se puso de pie de repente y me tendió la mano.

—Baila conmigo.

«¿Sabe bailar?».

A Vivian no pareció importarle que la interrumpiese; se veía feliz de que su hijo por fin tuviera novia.

—Es una canción muy buena.

Acepté la mano que me tendía y Volt me llevó hacia la pista de baile. Era una canción lenta, una de esas baladas románticas y ñoñas que la gente pedía a modo de música en los aniversarios de boda. Me pegó a su pecho y apoyó las manos al final de mi espalda, manteniéndome bien cerca de él.

Le pasé los brazos por el cuello. Su colonia me rodeó con exactamente el mismo olor de siempre. Podía reconocerlo por el aroma que tenían sus sábanas y su ropa. Era un olor potente que me hacía pensar en aquel domingo tranquilo que habíamos pasado juntos.

Me hacía pensar en todos los momentos que habíamos pasado juntos; era un aroma que impregnaba mis recuerdos.

Volt bajó la mirada hacia mí con expresión soñadora en los ojos, clavándolos en los míos sin casi parpadear. Me llevó de lado a lado, sin apartar la vista en ningún momento.

—Se te da bien.

—¿El qué? —susurró.

—Esa cara soñadora y sexy. ¿La usas con todas las chicas?

—En realidad no. —Me acercó más a su cuerpo, apoyando la frente contra la mía.

Nunca habíamos sido tan afectuosos; era algo incluso más íntimo que los ardientes preliminares que habíamos compartido hacía unos meses. Nuestros labios no se tocaban, y estábamos completamente vestidos, pero aun así me ponía nerviosa. Parecíamos una pareja completamente enamorada que ya estaba pensando en su propia boda en algún día del futuro.

Tragué el nudo que sentía en la garganta, intentando aliviar la tensión. Los escalofríos me recorrían la espalda, y tenía todo el vello de punta.

Pero entonces recordé que todo aquello era falso. No era más que espectáculo.

Y aquello hizo que me olvidará de las sensaciones que se habían adueñado de mi cuerpo.

—Tu madre parece feliz.

—Está encantada —me susurró—. En cuanto te alejas un poco empieza a acosarme sobre cuándo vamos a casarnos y cosas así.

—Qué bonito.

—Sé que lo hace con buenas intenciones, pero a veces resulta de lo más molesto.

—Lo comprendo.

—Que tenga una tienda de vestidos de novia no ayuda en lo más mínimo. Está todavía más obsesionada con las bodas que la mayoría de las mujeres.

—¿Tiene una tienda de vestidos de novia? —pregunté, incrédula—. Eso es genial.

Volt rió entre dientes.

—¿A ti también te obsesionan las bodas?

—No diría que me obsesiones, pero a veces pienso en la mía.

—¿Sí? —me preguntó—. ¿Cómo sería?

Sentí como me subía la vergüenza por las venas. Sonaba como una cría tonta a la que sólo le importaban el matrimonio y los bebés.

—No quieres saberlo...

—¿Acaso te lo habría preguntado si no quisiera? —Me sujetó la mano y me la colocó sobre su pecho mientras seguía bailando conmigo.

—¿Me prometes que no te burlarás de mí?

Su mirada se suavizó.

—Te lo prometo.

—Bueno... Siempre he querido tener una boda al aire libre. Ya sabes, con muchos árboles, hierba y flores. Soy una persona más de naturaleza que de iglesia.

—Eso lo he notado.

—Y quiero que sea pequeña, con cien invitados o menos.

—¿Por qué?

—Simplemente no quiero que sea demasiado grande. Ya sabes, sólo nuestros amigos más íntimos y la familia.

—Suenan bien. ¿Y el novio?

—¿Qué quieres decir?

—¿Cómo sería?

—No lo sé, todavía no lo he conocido.

Me apretó suavemente la mano.

—¿Cómo te lo imaginas?

—Guapo, dulce, amable... que sea mi mejor amigo. —Nuestras miradas se cruzaron y sentí como la tensión aumentaba de repente. No había escogido las palabras más adecuadas, pero ahora que ya lo había dicho no podía echarme atrás.

—Me parece una buena descripción. —La canción llegó a su fin, pero Volt continuó rodeándome con los brazos. La siguiente melodía era rápida, y la gente se puso a saltar a nuestro alrededor, pasándose el bien, pero nosotros permanecimos inmóviles en la pista de baile, mirándonos el uno al otro—. Y no me parece algo de lo que burlarse.

—Bueno, gracias por no hacerlo.

—Yo nunca me burlaría de ti.

—Oh, porque tú lo digas.

—¿Cuándo fue la última vez que te tomé el pelo con algo?

—Justo el otro día... —Me detuve en seco; no se me ocurría ninguna otra ocasión.

Se le dibujó una sonrisa de victoria en los labios.

—¿Ves? Te lo dije.

—ESTA TARTA ESTÁ PARA MORIRSE. —Me metí otro bocado enorme en la boca allí mismo, de pie junto al bar. Me había olvidado de todos los demás presentes y me estaba dedicando a disfrutar de la excitante relación con mi pedazo de tarta.

Volt observó cómo la devoraba entera. Él no había cogido, como era de esperar.

—Cómo me pone.

—Cállate anda.

—Tengo la impresión de estar viendo una porno.

Lo golpeé suavemente en la espinilla.

Se acercó y me agarró el culo, apretándome las nalgas en broma.

—A ese juego podemos jugar los dos.

—Hala, ¿qué estás haciendo? —Retrocedí.

—¿Qué? —preguntó con aire inocente—. Eres mi novia. Se supone que puedo tocarte el culo.

—Eso no es nada romántico.

—Las relaciones de verdad no se centran en el romanticismo todo el tiempo. Incluyen coger lo que quieres sin dar explicaciones, hacerlo rápido en los baños, hacer que el otro

se corra sin usar más que los dedos. Eso es una relación de verdad. —Me dio una palmadita en las nalgas antes de apartar la mano.

Las imágenes mentales de hacerlo con Volt en el baño o corrernos los dos sin usar más que los dedos destellaron frente a mis ojos, y sentí como me sonrojaba hasta el punto en que me ardían las mejillas. Recordaba nuestra sesión de besos en su apartamento; era algo que nunca podría olvidar, no con el modo en que le había prendido fuego a mi cuerpo y me había devuelto a la vida. Hacía algún tiempo que no pensaba en ello, pero ahora que lo hacía sentía perfectamente cómo volvía la excitación.

Lo aparté de mi mente y fui a apretarle el culo con fuerza a Volt.

—¿Qué, te gusta?

Sonrió de oreja a oreja.

—Siempre estoy dispuesto a jugar por esa zona.

—Oh, Dios —dije, poniendo los ojos en blanco.

—¿Qué? —preguntó—. ¿Nunca lo has probado por ahí?

—¿Por dónde? —¿De qué estaba hablando?

—Por detrás. Ya sabes, ¿anal? ¿Te suena de algo?

No se me ocurría nada.

—Me gusta el sexo. Ya sabes, el normal.

—Entonces no sabes lo que te pierdes. Ya te lo enseñaré algún día.

—¿Qué? —espeté.

—Es broma. —Me guiñó el ojo—. ¿O no?

—Espero que lo sea, porque ese camino es sólo de salida.

—Todo el mundo dice eso, hasta que lo prueban.

—No voy a dejar que nadie me folle el... —Cerré la boca al ver acercarse a Vivian.

—Os veis tan monos juntos. —Se sujetó las manos frente al pecho—. Nunca creí que mi pequeño Mur...

—Mamá, ni se te ocurra.

«¿Que no se le ocurra el qué?».

—Oh, perdón —dijo ésta con un suspiro—. Es un nombre maravilloso; no sé por qué te avergüenza tanto.

—¿El qué es un nombre maravilloso? —Volt me había dicho su segundo nombre, pero nunca el de pila.

—Nada —intervino Volt a toda prisa—. Está claro que mamá ha bebido algunas copas de más.

—En absoluto —contestó Vivian, ofendida.

—Mamá, ¿te apetece un vaso de champán? —le preguntó Volt—. O puede que una copa de vino del bar.

—Aceptaré el champán, por favor.

—Ahora mismo vuelvo. —Y se fue hacia la barra.

En cuanto nos quedamos solas Vivian y yo, ésta volvió a mirarme del mismo modo, como si fuera la respuesta a todas sus plegarias. De haber podido darme un abrazo de oso hasta aplastarme, lo habría hecho.

—Gracias por hacer tan feliz a mi hijo. Estaba preocupada por él.

Empecé a sentirme terriblemente culpable. Tanto Volt como yo le estábamos mintiendo al hacerla creer algo que no era real y que nunca lo sería. Algún día Volt le diría que ya no nos estábamos viendo. ¿Le rompería eso el corazón? La situación empezaba a no gustarme.

—Volt es un hombre magnífico.

—Y tú debes ser una mujer increíble para conseguir que mi hijo salga de su armadura. Durante algún tiempo perdió el norte, y temía que no fuese capaz de volver a encontrarse a sí mismo. Pero cuando veo cómo te mira... Sé que nacisteis para estar juntos.

«¿Qué?».

—Eh, Vivian...

—Te ama; cuando estás a su lado bien podría llevarlo escrito bien grande en la frente. Es feliz, y eso me hace feliz a mí. Así que gracias por tener paciencia con él y por volver a hacer sonreír a mi hijo.

No sabía qué decir. ¿Debería decirle la verdad y romperle el corazón? ¿Podría cargar con ese peso? ¿Debería seguir mintiéndole? Todo aquel plan era una idea terrible; nunca deberíamos haberlo hecho.

Volt volvió en aquel momento con un vaso de champán para su madre, y a mí me tendió otra copa.

—Tenían pinot noir; he pensado que te apetecería un poco.

Era mi vino favorito. Ni siquiera sabía cómo podía saberlo Volt.

—Gracias. —Tomé un buen trago e intenté ocultar mi incomodidad.

—Bueno, os dejo que volváis a vuestras cosas... —Vivian le guiñó el ojo a su hijo antes de alejarse.

Volt suspiró en cuanto se hubo ido.

—¿Ves a lo que me refería? Está obsesionada con...

—Creía que podría hacerlo, pero no puedo.

—¿Hacer el qué?

—Mentirle a tu madre. Acaba de venir hasta aquí para decirme lo mucho que le alegra que estemos juntos. Volt, ¿de verdad puedes hacerle algo así a tu propia madre? Porque cuando le digas que hemos roto, quedará devastada.

—¿Por qué iba a decirle que hemos roto?

—Bueno, tarde o temprano tendrás que hacerlo.

—Y repito, ¿por qué? Podemos seguir haciendo ver que estamos juntos. Tampoco veo a mis padres tan a menudo.

—¿Quieres seguir mintiéndoles indefinidamente?

—¿Por qué tiene que ser una mentira? ¿Por qué no podemos convertirlo en realidad?

«Ahora estoy del todo perdida».

—¿Qué?

—Mira, este arreglo hace feliz a mis padres. Y me hace feliz a mí. Nadie sale herido.

—Pero yo me casaré algún día, y no creo que a mi marido le hiciese mucha gracia todo esto.

Volt tomó un buen trago de su vino, uno inusualmente largo.

—Cruzaremos ese puente que lleguemos a él, ¿vale? Déjalo estar por ahora.

—Conseguirás que, cuando encuentres a la mujer adecuada y sientes la cabeza, tus padres la odien gracias al cariño que me hayan cogido. ¿Cómo sería eso justo para ella?

—Nunca sentaré la cabeza, así que no hay ningún problema.

—Sí que lo harás, en cuanto conozcas a la mujer adecuada.

—Bueno, pues resulta que ya la he conocido y ella no quiere tener nada conmigo, así que no, no va a pasar. —Me miró con dureza, casi sin parpadear. Parecía tan devastado que hasta dolía.

Por fin se estaba abriendo a mí, contándome sus secretos más profundos en el momento más insospechado.

—¿Has estado enamorado antes, y ella no te quiso?

Volt mantuvo aquella mirada de hielo un segundo más antes de darme la espalda.

—No... Olvida que he dicho nada.

—Habla conmigo.

—No. Tú olvídalo. —Se acabó su copa antes de dejarla en una mesa cercana—. Vamos a seguir con el plan, y fin de la historia.

—Pero...

—Fin de la historia.

VOLT ESTUVO tenso durante las siguientes horas. Pasamos todo el tiempo bebiendo en nuestra mesa y hablando de menudencias con los miembros de su familia. Pasó un rato sin querer tocarme, pero al final su mano volvió a insinuarse poco a poco sobre mi muslo. No la aparté; no quería iniciar otra pelea.

Ya que no hablamos, dediqué mi tiempo a beberme las infinitas botellas de vino. Se me empezaron a cerrar los ojos, y me sentía algo atontada. Me percaté de que estaba bebiendo demasiado, pero ya era tarde.

—¿Quieres bailar?

Volt se giró hacia mí con la misma expresión bebida en los ojos.

—No sé si podrías seguirme el ritmo, pequeña.

—Créeme, se me da muy bien.

—¿Ah, sí? —me retó—. Veámoslo. —Dejó el whisky y me guió hacia la pista de baile. Estaba atestada de gente que se apretujaba bajo las estrellas, y sólo quedaban unas pocas canciones antes de que terminase la boda.

Volt hizo un giro complicado y me atrajo hacia él como si lo hubiese hecho ya un millón de veces.

—Guau... Me sé de alguien que miraba *Dirty Dancing* todos los días en cuanto volvía de la escuela.

Volvió a hacerme girar.

—Las mujeres creen que bailar se parece al sexo, así que tuve que asegurarme de que se me daban bien ambas cosas.

—¿Y es así?

—Tendrás que averiguarlo por ti misma. —Movi6 las manos a medida que se perdía en la música, y me sorprendió que pudiera soltarse tanto. Era de lo más divertido cuando no actuaba como un estirado.

—Sé que no es verdad, porque yo soy mucho mejor bailarina que amante.

—No me lo creo.

—Es verdad. —Nada filtraba mis palabras; había bebido demasiado—. Puede que sea por eso por lo que Drew se fue con otra. —Me resultaba fácil hablar de él ahora que lo había superado. Ya no me dolía.

—Cierra el pico. —Volt me pegó a él mientras seguíamos bailando—. Eso no es cierto. Sé que no es cierto.

—No, no lo sabes.

—Te he besado. Créeme, en aquel momento no quería parar. La única razón por la que lo hice fue porque sabía que no querías hacerlo. Pero si hubieses querido... nada habría evitado que te hiciera mía.

—Pero no estaba en mis cabales... Normalmente no beso así.

—¿Así que sólo lo haces conmigo? —me preguntó en voz baja.

—No lo sé... —Ya ni sabía lo que decía. Me aparté de él y volví a echar a bailar, intentando no pensar nada demasiado en profundidad. Sólo conseguiría confundirme más todavía si lo hacía.

Y ya estaba muy confundida.

FUIMOS sentados juntos en el asiento trasero mientras su madre conducía de vuelta a Nueva York. Seguía borracha por todo el vino y el baile, y en el momento de entrar en el coche todavía había estado sudando un poco de tanto moverme. Pero estaba tan cansada que no me importaba si Volt se daba cuenta.

Apoyé la cabeza sobre su hombro y él me rodeó los hombros con el brazo. Estábamos acurrucados, agotados y felices por el alcohol. Iba dando cabezadas. A veces las luces de los coches que pasaban conseguían atravesarme los párpados y me devolvían a la realidad, pero en cuanto la carretera quedaba a oscuras volvía a quedarme dormida. Volt me pasaba suavemente los dedos por el pelo cada vez que me despertaba, haciendo que volviera a relajarme.

En algún momento su madre habló desde el asiento delantero.

—¿A dónde, Volt?

—A mi apartamento —respondió.

Vivian siguió conduciendo durante varios minutos antes de detenerse.

—Buenas noches, pequeño.

—Buenas noches, mamá.

Me obligué a seguir despierta para poder despedirme.

—Ha sido un placer conocerla, Vivian. Gracias por traernos.

—No ha sido nada, corazón. —Se giró y me apretó la mano.

Estaba a punto de salir del coche, pero Volt se me adelantó, tomándome en brazos y sacándome de él.

—Te veré más tarde. —Y con eso cerró la puerta con la cadera y se dirigió a la entrada del edificio.

—No tienes por qué cargar conmigo... —Estaba volviendo a quedarme dormida de lo cómoda que estaba entre sus brazos.

—No parecía que te apeteciera caminar —contestó con una risita entre dientes.

—Bueno, sé que no has ido últimamente al gimnasio, así que te estoy obligando a entrenar un poco.

—¿A entrenar? —preguntó con otra risa—. No pesas lo suficiente como para contar como entrenamiento. —Entró al edificio conmigo en brazos y siguió hasta su apartamento. En cuanto llegamos me llevó directa al dormitorio.

Sabía que no debía hacerlo si no quería que Sage volviera a enfadarse, pero no me quería caminar hasta casa, y hacerlo a aquella hora de la noche y estando todavía borracha tampoco es que fuera muy buena idea.

Volt se quitó la ropa hasta quedarse en calzoncillos antes de meterse en la cama junto a mí. Se acurrucó contra mi espalda, pasándome un brazo por la cintura y apoyando la frente contra la parte posterior de mi cuello.

Estaba tan cómoda que no me atreví a moverme. Seguía con el vestido puesto, pero estaba demasiado cansada como para quitármelo. El aroma de Volt me envolvió, haciendo que recordara aquella noche en una serie de imágenes borrosas. El roce de la sombra de su barba contra mi piel consiguió de algún modo hacerme dormir tan profundamente que deseé no despertarme nunca.

«Quiero quedarme aquí para siempre».

Volt

NO NOS DESPERTAMOS hasta pasadas la una de la tarde.

El cuerpo de Taylor estaba enredado a mi alrededor; me estaba achuchando como si fuera su osito de peluche favorito.

Me encantaba verla pegada a mí de aquel modo, pero sabía que no era más que algo temporal. Ahora mismo estaba allí, pero cuando se despertase se marcharía, como siempre. No dejaba de ponerme a mí mismo en situaciones que no harían más que llevarme al fracaso, y justo cuando creía que ya nada podía hacerme más daño, algo conseguía romper ese récord.

Taylor estiró los brazos antes de despertarse. Se le había corrido el maquillaje, y tenía el pelo hecho un desastre, pero era un *look* que conseguía que le quedase bien. Sólo le faltaban los labios enrojecidos y haciendo un mohín.

«Y estar desnuda».

—Odio tener resaca... —Me pasó la mano por el pecho sin siquiera darse cuenta.

—Sí, es una putada. —Cogí dos pastillas para el dolor de cabeza y se las tendí.

Se las tragó sin agua.

—Ya estoy lista para volver a dormir.

—Buen plan. —Cuanto más tiempo pasara en mi cama, mejor.

—Pero tengo hambre...

—¿Quieres que te prepare algo el chef?

—No tienes por qué cocinar para mí, Volt.

—No me importa. —Nunca cocinaba para nadie, pero lo haría por ella—. Opino que deberíamos hacer el desayuno y pasarnos el día viendo fútbol. Nada de arreglarse ni vestirse.

—¿Nada de vestirse? —preguntó, riéndose.

—Me refiero a ropa de calle.

«O ropa en general».

—A eso me punto. Este vestido es lo más incómodo del mundo.

—Te puedo prestar algo.

—Te lo agradecería profundamente.

Elegí una camiseta y unos pantalones cortos para ella, y unos pantalones de deporte largos para mí, para que no viera la erección que tendría durante todo el día. Taylor ya se había frotado contra ella, así que seguramente no iba a ser necesario, pero me sentiría más cómodo si me los ponía.

Una vez hecho el desayuno, nos sentamos juntos en el sofá y dedicamos el día al fútbol. Era lo que hacía normalmente durante los meses de otoño e invierno, pero acostumbraba a hacerlo a solas o con los chicos, nunca con una mujer.

Taylor fue sacando el teléfono cada vez que daban anuncios y echaba una partida a Candy Crush, pero en cierto momento estuvo demasiado cansada y lo dejó sobre la mesita de café antes de cerrar los ojos.

No me atreví a despertarla; se la veía tan tranquila. Estaba tumbada en mi sofá, y su aspecto era de delicadeza gracias al contraste que aportaba lo holgado de mi ropa. Resultaba difícil recordar una época en que no hubiese estado enamorado de ella. Antes de su llegada a mi corazón me pasaba las mañanas despidiéndome de la amante con la que había pasado la noche, y después estaba solo durante todo el día, haciendo lo que quería sin tener que tener a nadie en consideración.

Y así era como me gustaba.

Pero ahora todo había cambiado. Quería pasar todo mi tiempo con ella, y quería que Taylor sintiera lo mismo. Me resultaba frustrante desear algo que no podía tener, e incluso más el no poder decírselo, aunque había aprovechado para hacer algún que otro comentario.

Su teléfono empezó a vibrar sobre la mesita de café. La pantalla se iluminó y apareció un nombre.

Sage.

¿Por qué no podía desaparecer aquel tipo? ¿Por qué tenía que ser guapo y de ensueño? ¿Por qué tenía que quitarme a mi chica?

Miré a Taylor de reojo, confirmando que seguía dormida. Con suerte no se despertaría.

El teléfono dejó de sonar, pero su nombre seguía en la pantalla.

Quise borrarlo para que Taylor nunca supiera que la había llamado.

«Sería tan fácil».

Así Taylor no le devolvería la llamada y pasaría el resto del día conmigo.

«Sólo tengo que darle a un botón».

Volví a comprobar que siguiera dormida antes de coger el teléfono y poner el pulgar sobre la pantalla. Mi único deseo era ocultar aquella notificación. Taylor sólo la encontraría si revisaba sus llamadas perdidas.

«Hazlo».

Seguí sosteniendo el teléfono, sin saber si de verdad podría hacerlo. Si lo hacía, me convertiría en el mayor capullo del mundo. No podía sabotear su relación, no si a Taylor le gustaba de verdad aquel tipo. Podía quedarme cerca y esperar que llegase mi oportunidad cuando rompieran, pero no destruir a propósito lo que tenían.

«No, no puedo hacerle eso».

No importaba lo mal que me hiciese sentir. Dejé el teléfono sobre la mesita.

Y la notificación siguió intacta.

LEVANTÉ LA TARTA EN ALTO.

—Hola, mamá.

En lugar de alegrarse de verme como siempre hacía, mi madre pareció decepcionada.

—¿Dónde está Taylor?

—No ha podido venir. —Porque nunca le había pedido que lo hiciera. Lo más probable es que en aquel momento estuviera con aquel memo.

—Oh... Quería que tu padre la conociera.

—Ya tendrá la oportunidad.

Mamá me miró fijamente sin mostrar la más mínima emoción.

—Pues vale... —Entré sin esperar el abrazo que solía recibir de su parte. Dejé la tarta sobre la encimera y me dirigí al comedor—. Eh, papá. ¿Te encuentras mejor?

—Mucho mejor. —Se puso en pie y me abrazó, pero su aspecto había cambiado mucho. Parecía como si hubiera perdido cuatro kilos de agua. El cuello se le había adelgazado, y se le habían hundido las mejillas—. Es agradable volver a comer sólidos.

Me senté frente a él y me serví un vaso de vino. La comida ya estaba puesta en la mesa.

—¿Dónde está Connor?

—Me han contado que tienes una amiguita.

Papá no estaba tan obsesionado con la idea del matrimonio como mi padre, pero para él también era importante.

—Sí, se llama Taylor.

—Tu madre ha hecho que parezca la mujer más perfecta que ha pisado nunca este planeta.

«Y se acerca mucho a la verdad».

—Lo es.

Papá rió entre dientes.

—Me alegro de que hayas encontrado a alguien. Me muero de ganas de conocerla.

—Gracias. Creo que te caerá bien.

—No hace falta que me caiga bien; tu madre ya la adora.

La susodicha se unió a la mesa y nos sirvió la comida. Al cabo de un momento estábamos todos comiendo en silencio.

—¿Qué vas a hacer por Acción de Gracias? —me preguntó mamá.

—No tengo planes —respondí—. Me imagino que vendré aquí.

—Genial. ¿Significa eso que traerás a Taylor? —No se molestó en disimular; su desesperación impregnaba el aire como si fuera un gas tóxico.

—Se lo preguntaré. —Corté un pedazo de pollo y me lo comí en silencio—. ¿Y dónde está Connor?

—No ha podido venir —contestó papá—. Hoy trabajaba hasta tarde.

Mi hermano y yo no éramos muy cercanos, aun a pesar de tener casi la misma edad. Trabajaba de abogado para un grupo financiero en Manhattan; era bastante conocido.

—¿Has vuelto al trabajo, papá?

—Sí —dijo—. Y el trabajo no ha hecho más que acumularse sobre mis hombros nada más cruzar la puerta. ¿Te acuerdas de la nueva profesora? Bueno, los padres están hartos de ella. No ha hecho ni una sola excursión, su segundo examen ha sido completamente distinto al primero, y la mayoría de los chicos casi ni han aprobado. Los alumnos dicen que es demasiado dura, y estamos hablando de unos chicos brillantes.

Dejé de comer. La sangre se me heló en las venas.

—La echaré después de Navidad. Ya estoy haciendo entrevistas para buscarlo a un sustituto.

«Mierda. Mierda. Mierda».

—Papá, ¿no crees que estás siendo un poco duro?

—No. —Siguió comiendo—. Deberías ver los correos electrónicos que me llegan a diario. No debería haber contratado a una novata. Es culpa mía, y estoy pagando el precio.

Tenía que salvar a Taylor. Era una buena profesora en una mala situación.

—Papá, ¿no crees que será peor para los estudiantes si reemplazas a una profesora en mitad del año escolar?

—No si de todos modos no están aprendiendo nada —espetó.

—Pero sí que están aprendiendo —argumenté—. Puede que esa profesora esté intentando un sistema de enseñanza nuevo.

—Bueno, pues está claro que no funciona. —Tomó un sorbo de vino, mirándome fijamente—. ¿Por qué te importa tanto?

No quería que supieran que se trataba de Taylor; aquello arruinaría su imagen frente a mis padres. Primero tenía que redimirse, esa sería el único modo de que funcionara en su favor. Además, si Taylor se enteraba de la verdad tiraría la toalla por completo. Se estaba esforzando al máximo, y si ni siquiera aquello era suficiente, acabaría cambiando de profesión.

—En una ocasión yo también fui un profesor novato. Me hizo falta tiempo para aprender cómo funcionaba, pero en cuanto lo hice me convertí en un profesor magnífico. Edúcala en lugar de apartarla de una patada. ¿La has avisado siquiera?

—Bueno... no. —Papá se quedó con la copa en la mano, inmóvil.

—Quizás deberías hablar con ella —le sugerí—. ¿Cómo va a arreglar nada si no sabe que hay un problema? Y deja de darle a los padres todo lo que quieren. Los profesores sois vosotros, no ellos.

—Estaría de acuerdo contigo si no fuera por todo el dinero que están pagando.

—Tú dale a la profesora algo de tiempo. E instrucciones. No la eches sin más cuando ni siquiera sabe que hay un problema. —Aquello sería una falta de comunicación horrible, y todavía peor, muy poco profesional.

—De acuerdo. Vale.

Al menos había retrasado la crisis.

—Pero bueno —continuó papá—, ¿qué noticias tienes para contarnos?

Había muchas noticias en mi vida, pero no podía contarles ninguna de ellas.

LLEGADOS A AQUEL PUNTO, ya no sabía cómo seguir adelante.

La situación con Taylor sólo empeoraba más y más con cada semana que pasaba. Esperaba poder ir poniendo distancia y continuar poco a poco con mi vida, pero no fue

eso lo que pasó. Todo lo contrario, cada vez dependía más de ella. Taylor era *mi alguien*, la persona con la que hablaba de todas mis tonterías pastelosas.

«Pero no puedo hablar con ella de esto».

Derek y yo habíamos sido mejores amigos desde el inicio de los tiempos, pero últimamente se había creado una distancia entre nosotros. Después de que me rompieran el corazón me volví extremo y me cerré para todo el mundo, al menos hasta que Taylor volvió a abrirme al mundo.

«Quizás deba hablar con él».

De todos modos, Derek ya había asumido que debía de sentir algo por ella. Todo el mundo lo hacía. Me guardaría el secreto si se lo pedía, sabía que lo haría, así que decidí ir a por ello. Le envié un mensaje de texto.

Eh, tío. ¿Qué haces?

Acabo de llegar a casa. ¿Qué tal?

¿Puedo pasarme?

Hacía algún tiempo que no pasaba el día con él; me resultaba tan raro tener aquella conversación.

Claro. Te veo en un rato.

Caminé hasta su apartamento y llamé a la puerta. Por lo visto a Derek no le parecía que hubiese nada distinto entre nosotros, porque actuaba exactamente igual que siempre.

—Eh, capullo. ¿Quieres una cerveza?

—Una bien grande, gilipollas.

—Enseguida. —Sacó un botellín de la nevera y me lo lanzó.

Le quité la chapa y la tiré sobre la mesita del café antes de sentarme en el sofá.

Derek se dejó caer en el otro sofá y puso los pies al instante sobre la mesita. Tenía un partido de béisbol sintonizado en el televisor, y la puntuación no era a favor de los Yankees.

—¿Qué te cuentas?

Hablamos un poco sobre el trabajo y nuestras vidas. Me contó que se había liado con algunas chicas, pero ninguna de ellas había llevado a nada prometedor.

—¿Y tú? —me preguntó.

«El momento de la verdad».

—No he estado con nadie últimamente.

—¿Desde ayer, quieres decir?

—Eh, no. Más bien desde hace un mes.

Derek se enderezó en su asiento, dedicándome una expresión dura.

—Joder, has pillado el VIH.

Aquello era lo último que me esperaba que dijera.

—Tío, no.

—No pasa nada. Ahora es una enfermedad tratable, no es el fin del mundo.

—Derek, no tengo el VIH —dije con calma. Me resultaba vergonzoso que me acusara siquiera de algo así.

—¿Entonces por qué estás en dique seco?

«Por una mujer».

—No me ha interesado. —Seguí yéndome por las ramas; era difícil admitir en voz alta que sentía algo hacia alguien.

—Oh, maldición. —Se frotó la parte posterior del cuello—. No lo sabía...

«¿Saber el qué?».

—¿Cuándo saliste del armario?

Ahora lo que quería era darle una buena colleja.

—Derek, no soy gay. Siento algo por Taylor, y no sé muy bien qué hacer al respecto. No tengo el VIH, y no me gustan los hombres.

Se quedó con la boca abierta ante mi revelación, como si fuera peor que las dos primeras alternativas. Levanto poco a poco la mano y me señaló con el dedo.

—¡Lo sabía!

Puse los ojos en blanco.

—Sabía que sentías algo por ella, y tú no dejabas de decirme que era un idiota estúpido.

—Porque eras un idiota estúpido. Y en aquel entonces no sentía nada por Taylor.

«O eso creo».

—Es tan evidente. Te pasas todo el tiempo con esa mujer, y si alguien llega a mirarla pierdes los papeles.

No lo negué.

—No puedes decírselo a nadie, ¿vale? No quiero que Taylor se entere.

—¿Por qué no ibas a querer que lo supiera?

La verdad era innegable. Podía intentar huir de ella, pero siempre acabaría cayendo sobre mí.

—Porque Taylor no siente lo mismo por mí.

—¿No? —preguntó Derek, sorprendido—. ¿Estás seguro de eso?

Estaba más seguro de lo que podía imaginarse.

—Sí. Confía en mí.

—¿Pero cómo vas a saberlo si no se lo has preguntado?

—Tío, simplemente lo sé. Sé cuándo una mujer está interesada en mí y cuándo no.

—¿Y cómo lo sabes con Taylor?

—Bueno, está saliendo con otro tío. Es una buena pista. —Mi voz destilaba sarcasmo sin que pudiera evitarlo. Ardía como si estuviera hecha de veneno.

—¿Con quién está saliendo? Pensaba que Drew era agua pasada.

—Está con otro. Un capullo engreído.

—¿Por qué engreído? —preguntó—. ¿Por qué iba a salir Taylor con él si fuese un engreído?

—Bueno... En realidad no es un engreído. —Simplemente lo odiaba porque tenía a la mujer a la que deseaba y no había hecho nada para conseguirla. Simplemente la había visto al otro lado del restaurante y le había pedido salir. No se la merecía más que yo—. Sencillamente no me cae bien.

—Voy a necesitar un segundo para procesar todo esto... Así que Volt tiene sentimientos.

—Qué te den. —Ya sabía que me tomaría el pelo, así que no me molesté en luchar contra ello.

—¿Cuándo empezó todo?

—No sé, hace un tiempo.

—¿Qué pasó? ¿Te despertaste una mañana y te diste cuenta de que Taylor es genial?

—Siempre he sabido que es genial. Pero no, no pasó así. No sé cómo empezaron estos sentimientos; creo que fue mucho antes de que me diese cuenta de que existían. —Creía que hasta la última parte de mi ser se había enamorado de ella, pero mi mente había sido la que más tiempo se había resistido. Pero al final, también había cedido, rompiéndose como una ramita.

—Si no vas a decirle lo que sientes, ¿entonces por qué me lo cuentas?

Era lo mismo que le pasaba a todo el mundo; necesitaba hablar con alguien. Estaba en una situación difícil, y no tenía ni idea de qué hacer al respecto. Taylor habría tenido los mejores consejos, pero puesto que ella era el centro del problema, su opinión habría estado algo sesgada.

«Y eso habría sido de lo más incómodo».

—No sé qué hacer. Supongo que te estoy pidiendo ayuda.

—¿No sabes qué hacer sobre Tayz?

Asentí.

—¿Decirle lo que sientas no es una posibilidad?

—No.

—Bueno... Supongo que podrías esperar. Al final romperá con ese tío nuevo, ¿verdad?

—He ahí el problema. —Odiaba lo que estaba a punto de decir—. Le gusta de verdad. Me dijo que lo veía llegando a ser algo serio y tonterías de esas. —¿Por qué? ¿Porque era guapo? Yo también era guapo. Podía ofrecerle el mundo al completo en bandeja de plata—. Y si de verdad le gusta, entonces no puedo meterme en medio.

—¿Por qué no?

—Porque eso me convertiría en el mayor imbécil del mundo. —Sabía que, si nuestras situaciones estuvieran invertidas, Taylor no me haría algo así. ¿Qué clase de amigo sería si arruinase a propósito algo bueno sólo para conseguir lo que quería? De hacerlo, entonces no me la merecería.

—¿Cuándo empezó a importarte si eras un imbécil?

—Desde que conocí a Taylor. —Ella suavizaba mis elementos más ásperos y sanaba mis heridas. Revivía la bondad que había en mí, esa parte de mí que creía desaparecida para siempre.

—Guau. —Su actitud bromista se desvaneció—. Te ha pillado fuerte, ¿eh?

Me encogí de hombros.

—Es un asco. Lo odio.

—No comprendo cómo puede no saberlo. Quiero decir, para el resto de nosotros es más que evidente.

—Cuando nos conocimos, no mostré demasiado interés en ella. Debe de pensar que las primeras impresiones son eternas y que mis sentimientos no cambiarán nunca. Es la única explicación que veo. Porque tienes razón, está muy claro.

—Bonito, pero triste...

Lo fulminé con la mirada.

—Me refiero en el buen sentido —se apresuró a añadir.

—Sí, más te vale.

—Y... ¿ahora qué?

—No lo sé... ¿Qué crees que debería hacer?

Derek se rió.

—¿Crees que soy la persona adecuada para preguntarle eso?

—Eres mi mejor amigo, ¿verdad?

Su risa desapareció en seco.

—Tío, los dos sabemos que ya no soy tu mejor amigo. Ésa es Taylor.

—Pero...

—No me enfado; así es como deberían ser las cosas. —Su mirada se tornó ligeramente afectuosa—. Sólo espero que se dé cuenta de lo que siente.

—¿Que se dé cuenta?

—Creo que ella siente lo mismo que tú, pero está atascada como si se hubiera bañado en pegamento.

—No me parece que sea así... No es probable.

—Tienes razón; no es probable. Pero creo que sí que siente lo mismo, simplemente no lo sabe. Igual que te pasaba a ti.

—¿Como a nivel subconsciente?

Derek asintió.

—Tiene que sentir lo mismo. Un hombre y una mujer nunca son tan íntimos de manera platónica a no ser que uno de los dos sea gay, y puesto que ya hemos tenido esa conversación sobre si eras gay, eso significa que Taylor tendría que ser gay. Pero está viéndose con un tío, así que no puede ser.

Puse los ojos en blanco al pensar en esa conversación.

—Así que, sí, supongo que podrías esperar.

—¿Cuánto tiempo?

—No lo sé —respondió, encogiéndose de hombros.

—¿Y si ese tío acaba estando ahí durante mucho tiempo?

Derek tomó un trago de cerveza mientras consideraba mi pregunta.

—Entonces probablemente deberías intentar seguir con tu vida. Quiero decir, ¿de verdad vas a esperar todo un año? ¿O más? Eso sería poco realista.

—Lo sé.

—Si no te parece que vaya a ocurrir, quizás deberías intentar superarlo.

¿Pero cómo iba a conseguirlo?

—No sé si puedo hacerlo.

—Deja de acostarte con la gente y empieza a tener citas. Establece relaciones reales con la gente. Y deja de pasar tanto tiempo con Taylor.

Ambas cosas eran igual de difíciles.

—No sé...

—Si no lo haces, acabarás quedando atrapado en esta situación para siempre.

Tampoco quería eso; sería insoportable.

—Tienes razón.

—¿Entonces vas a intentar superarlo de manera oficial?

No podía seguir cayendo en lo mismo una y otra vez.

—Cada vez que Taylor pasa una noche en mi casa, me enamoro todavía más de ella. Cuando se pone mi ropa y duerme junto a mí, muero un poco por dentro. Y después tengo que ver cómo se marcha para estar con el cómo se llame, y me deja destrozado. Cada día es más doloroso que el anterior, y me convierte en una persona que no me gusta. El otro día casi le oculté que tenía una llamada perdida de ese tío. Siempre hago comentarios de que debería estar conmigo y no con él. No me gusta en quién me he convertido...

Derek había estado a punto de dar un trago, pero en lugar de hacerlo bajó la cerveza.

—¿Duerme contigo?

—A veces.

—¿Y sigue queriendo estar con él?

Asentí.

—Tío... Necesitas espacio.

—Tienes razón.

—Definitivamente es el momento de dar un paso atrás, porque si duerme contigo pero sigue queriendo estar con otra persona, estás jodido. Lo siento, pero no es normal. Yo nunca dormiría con Taylor como si no fuera gran cosa.

—Lo sé. —Era lo más raro del mundo.

—Lo superarás, tío. Cuenta conmigo.

Afortunadamente, tenía a Derek y podía hablar con él.

—Lo sé.

Taylor

—TODO EL MUNDO SENTADO, y nada de teléfonos.

Los alumnos fueron entrando al auditorio y ocuparon sus asientos. Las conversaciones llenaban la pequeña sala mientras la mayoría de los chicos se tomaban el pelo los unos a los otros por esto o aquello. La presentación estaba a punto de empezar en la enorme pantalla que se proyectaba justo sobre sus cabezas.

—Y ahora *descansamos nosotros*. —Volt estaba de pie a mi lado. Estábamos apoyados contra la pared, de pie junto a la escalera para que ninguno de los estudiantes pudiera escabullirse.

—Gracias a Dios. Sabía que la excursión acarrearía trabajo, pero no me había dado cuenta de cuánto. Me alegro tanto de que estés aquí. —Y eso era quedarse muy corta. Volt era un enviado de los cielos; tenía un don natural con los chicos y conseguía que lo escucharan sin tener que ejercer su autoridad. Los estudiantes acudían a él de manera automática, probablemente gracias a su confianza y éxito.

—Me alegro de poder ayudar. —Tenía las manos metidas en los bolsillos del traje, y mantenía en todo momento al menos un paso de distancia entre ambos. No habíamos hablado desde la mañana posterior a la boda, y había algo que no iba bien. Estaba mucho más callado de lo normal, y era incluso algo frío.

—¿Pasa algo?

—No. Sólo estoy cansado; no he estado tan agotado desde mi último año como profesor.

—¿Lo echas de menos?

—A veces —respondió—. ¿Pero ahora mismo? Para nada.

Me reí suavemente.

—Por eso le tenía tanto miedo a hacer la excursión. Sabía que sería difícil.

—Se vuelven más fáciles según las haces, y los estudiantes lo recordarán siempre. Por eso son tan importantes.

—¿Así que les estoy ayudando a crear recuerdos?

—Es una buena descripción.

El teatro se oscureció y empezó la presentación. El proyector mostró las diferentes estrellas del cielo, ofreciendo una historia del universo. En cuanto los estudiantes empezaron a guardar silencio, supe que les interesaba.

Duró unos cuarenta y cinco minutos antes de llegar al final. Las luces volvieron a encenderse y los chicos se pusieron todos en pie de un salto.

—Se acabó el descanso —dijo Volt con un suspiro—. Vamos a reunirlos.

Me sentí como si fuera un perro pastor y aquellas mis ovejas.

—De acuerdo, allá vamos. —Sacamos a los estudiantes del auditorio y atravesamos el resto del museo. El lugar contaba con una selva tropical completamente viva, aislada del resto del edificio, lo que hacía que incluso la humedad y la temperatura fueran distintas.

Aquella parte de la exhibición enamoró a los chicos incluso más que el planetario. Señalaron a los lagartos y a los loros posados en las ramas mientras las mariposas flotaban a su alrededor, con alas de distintos colores.

—Este sitio está muy bien. —Volt caminaba junto a mí, cerrando la fila; así teníamos a los doce estudiantes delante de nosotros, siempre a la vista—. Hace un poco de calor como para llevar un traje, pero sigue estando muy bien.

—A mí me encanta. Nunca había visto tantas mariposas.

—Y mira lo grandes que son. —Se detuvo junto a la barrera y alzó la vista hacia las copas de los árboles—. Nunca había visto mariposas tan grandes en toda mi vida.

—Eso es porque no suelen venir por Nueva York.

Se ríe entre dientes.

—Sí, supongo que será eso.

Una gran mariposa blanca aleteó por el aire. Batió las enormes alas y fue directa a por Volt.

—Viene hacia aquí —susurré.

—Lo sé, no te muevas.

Le aterrizó a Volt en el hombro. Continuó moviendo ligeramente las alas, pero no echó a volar.

—¡Vaya! Menuda suerte tienes.

Volt la observó de reojo.

—Debo de parecer un árbol. Así que supongo que gracias.

Hice una fotografía con el móvil.

—Voy a tener que enseñárselo a tu madre.

—Le encantaría.

La mariposa echó a volar, perdiéndose entre el dosel de árboles.

—Creo que le has gustado.

—Siempre se me han dado bien las chicas —respondió Volt con una sonrisa—. Supongo que también se aplica a los insectos.

—A los insectos bonitos.

Se giró hacia nuestros estudiantes, notando justo en aquel instante que ya no estaban.

—Creo que los hemos perdidos.

Puede que fuera una profesora novata, pero no era tonta del todo.

—No, los perdidos somos nosotros.

LA EXCURSIÓN LLEGÓ a su fin cuando los padres recogieron a todos los alumnos, marchándose del campus y volviendo a casa de manera que no volvería a verlos hasta el lunes.

«Por suerte».

Volt estaba de pie junto a mí en la acera.

—Creo que ha sido todo un éxito.

—Ahora que ya se ha acabado.

—No, ha estado bien de verdad. Los chicos han aprendido mucho y se lo han pasado bien. Ése era tu objetivo, y lo has logrado.

—Gracias por ser nuestro acompañante. Si hubiera tenido que hacerlo con uno de los padres... Ugh.

—Sí, pueden ser muy protectores. —Ahora que estábamos al aire libre se notaba el frío; mi respiración cobraba forma de vapor en cuanto abandonaba mis labios. Volt alzó la mirada hacia los árboles, y la luz de las farolas le iluminó el rostro. Tras unos segundos se giró hacia mí—. Bueno, disfruta del descanso hasta la siguiente.

—Lo haré. —La hora de la cena ya había quedado atrás, y estaba muerta de hambre—. ¿Quieres ir a comer algo?

Su expresión cambió, radiante, como si fuera a aceptar al instante, pero sólo duró un segundo. Apretó los labios y se miró el reloj.

—Sabes, debería irme a casa. Mi madre me ha dejado allí la cena, y debería comérmela. De algún modo siempre se entera si no lo hago.

Esperé a que me invitara a ir con él.

Pero el único sonido de la calle era el de los grillos.

—Nos vemos. —Volt alzó la mano y la dejó en el aire.

Me la quedé mirando, sin saber qué estaba haciendo.

—¿Qué?

—¿Chocamos los cinco? —Movié un poco la mano—. Sabes lo que es, ¿verdad?

—Ah. —Choqué los cinco con él y me di cuenta de que nunca lo habíamos hecho.

—Hasta la vista. —Se alejó con las manos en los bolsillos. No miró ni una vez hacia atrás ni se despidió agitando la mano; ni siquiera se ofreció a acompañarme a casa como hacía normalmente. Algo no encajaba, pero no podía concretar el qué.

¿Le estaría dando demasiadas vueltas? ¿Estaba viendo cosas donde no había nada?

Seguro que sólo eran paranoias mías, así que giré en dirección contraria y me puse camino a casa. Mi instinto solía tener razón, y sabía cuándo algo andaba mal.

«Pero esta vez no estoy segura».

7
Volt

TUVE MUCHÍSIMAS CITAS.

Escogí mujeres en cualquier sitio. A veces en un bar, a veces en el metro, a veces a través de las aplicaciones de citas. Manhattan era el hogar de algunas de las mujeres más atractivas del planeta, y yo tenía la suerte suficiente como para encontrarlas en su hábitat natural.

Pero ninguna de ellas despertó nada en mí.

Al final de todas ellas siempre sabía que la relación no daría para más, así que las acompañaba hasta la puerta de su casa y les deseaba buenas noches, pero resultaba que en cuanto el sexo quedaba excluido y no les pedía ni un beso, ellas pasaban a desearme todavía más. Se esforzaban al máximo e intentaban seducirme para que entrase en sus casas.

Pero nunca piqué el anzuelo.

¿Qué demonios me pasaba?

Mi deseo sexual había desaparecido del todo. Las mujeres eran *sexis* en todos los sentidos imaginables, pero ni siquiera eso conseguía que se me pusiera dura. Tenían rostros atractivos y labios gruesos, pero mi boca nunca ansiaba besarlas.

Sólo podía pensar en Taylor.

«Estoy muy jodido».

—¿Cómo van las citas? —me preguntó Derek desde el otro lado de la mesa. Estábamos tomando unas copas en uno de nuestros bares habituales. Nos rodeaba una marea de gente que se perdía en las sombras de la sala a medio iluminar. Éramos sólo él y yo; el resto del grupo se había quedado en casa.

—Terriblemente mal.

—¿Has salido con alguien siquiera? —Tomó un trago de su cerveza y le quitó la cáscara a un puñado de las nueces que teníamos en la mesa.

—He salido *con todo el mundo*. —Había salido con modelos, con patinadoras sobre hielo, con presentadoras de noticiarios, con todo el mundo.

—¿Y no te ha gustado ninguna? —insistió, incrédulo.

—Algo anda mal dentro de mí. Esas mujeres no tenían ningún defecto; todas eran preciosas y *sexis*... Pero no me han interesado en lo más mínimo. Al final de cada cita les doy las buenas noches y me voy, pero sólo consigo que tengan todavía más ganas de acostarse conmigo. De hecho tengo más éxito cuando no lo intento que cuando lo hago.

—Era una contradicción digna de un psiquiatra.

—A todos los tíos del mundo les gustaría tener ese problema.

—Todos excepto yo.

—¿Así que no ha habido segundas citas?

Negué con la cabeza.

—¿De cuántas citas estamos hablando?

Me encogí de hombros.

—No sé... ¿Siete?

—¿Has salido con siete mujeres distintas esta semana? —preguntó sorprendido—. Eso es una chica diferente cada noche.

—A veces he tenido dos citas la misma noche. —Así que no había sido una cita por noche.

Derek puso los ojos en blanco.

—Eso es increíble.

—En realidad no. Tú también podrías conseguir todas esas citas si lo intentases.

Se rió con sarcasmo.

—Eh, no. No todo el mundo puede hacer algo así.

—Puedes si tienes la confianza necesaria.

—Lo que tú digas, tío. Eres un guaperas, y los dos lo sabemos.

—No soy un guaperas —negué—. Sólo un hombre.

—Ya. —Tomó otro sorbo de cerveza y echó un vistazo a la gente del bar—. ¿Y ahora qué?

—¿Qué quieres decir?

—¿Vas a seguir haciéndolo? —Su atención se centró en una morena que había en la esquina; parecía que sólo la mitad de su cerebro le prestaba atención a nuestra conversación.

—No sé. —La idea me parecía una tortura. Cada vez que me encontraba sentado frente a una mujer mientras cenábamos, no podía dejar de compararla con Taylor. No eran divertidas ni particulares como ella, y nunca parecían entender mi sentido del humor. De hecho sólo estaba sirviendo para que me diera cuenta de lo increíble que era Taylor y para que me odiase todavía más a mí mismo. Si hubiera dado el paso cuando tuve la oportunidad, las cosas podrían haber sido muy distintas.

Pero había sido demasiado idiota.

—No puedes tirar la toalla.

—Pero no puedo seguir haciendo esto.

—Me parece que lo que tienes que hacer es mantener la mente abierta, y no lo estás haciendo.

Había dado en el clavo.

—Eso es porque no quiero hacerlo; ya sé con quién quiero estar.

Derek apartó la mirada de la morena y se concentró en mí. Entrecerró los ojos y guardó silencio durante casi un minuto, una advertencia en toda regla de que estaba a punto de decir algo que iba a irritarme.

—¿Estás enamorado de ella?

Aquella palabra se me clavó en el estómago, provocándome náuseas.

—No.

—¿Estás seguro? —insistió—. Porque es lo que parece.

—No estoy enamorado de ella. —Puede que Taylor me gustase, y puede que estuviera obsesionado con ella, pero no podía estar enamorado de alguien cuando ni siquiera tenía una relación con esa persona. Ni siquiera sabía si podría volver a ser capaz de enamorarme; no había vuelto a ser el mismo después de que me rompieran el corazón.

Confiaba en Taylor más que en nadie de este mundo, pero no lo suficiente como para creer que no iba a hacerme daño. Ya me lo estaba haciendo en aquel preciso instante.

—No te creo.

—Qué curioso, resulta que no me importa.

Me fulminó con la mirada.

—Si lo estás, y creo que así es, tendrías que decírselo. Sería distinto si sólo fuera atracción, pero si estás pillado de ella por completo es una historia completamente diferente.

—No estoy enamorado de ella.

—¿Estás seguro?

—Por completo.

—Porque también estabas seguro de que no te gustaba...

Aparté la mirada.

—Estoy seguro.

—Vale. —Por fin dejó el tema—. Hay una chica en mi trabajo que está bastante bien; quizás pueda conseguirte una cita.

—No necesito ayuda para eso. —Era más que capaz de conseguir mis propias citas. Podía conseguir montones de citas.

—Está claro que sí la necesitas. Te estoy diciendo que conozco a una mujer que es divertida, así no tendrás que soportar a nadie soso.

—Si tan bien está, ¿por qué no has salido tú con ella?

—Créeme, lo he intentado.

Deseé poder volver a la época en que Taylor no había sido más que una mujer cualquiera. Recordé el momento en que la vi en la calle mientras intentaba descifrar un mapa de la ciudad; en aquel entonces no había habido sentimientos por mi parte, y echaba de menos ese vacío. ¿por qué no podía borrarla de mi cerebro y empezar de cero?

—Te juro que es una chica interesante. Y sexy.

—¿Interesante como Taylor? ¿Sexy como Taylor?

—Desde luego.

No tenía nada que perder.

—Le daré una oportunidad.

Derek me ofreció un brindis.

—Excelente.

JULIA RESULTÓ ESTAR BASTANTE BIEN. Trabajaba como programadora informática en la empresa de Derek y competía en ciclismo como extra, en concreto con bicicletas históricas, por todo el país, y al parecer se le daba bastante bien. Y era guapa.

Pero yo seguía sin sentir nada.

Durante la cena me encontré pensando en Taylor y preguntándome qué estaría haciendo en aquel instante. A duras penas habíamos hablado durante la semana, y cada

vez que me enviaba un mensaje siempre le respondía con frases breves. Estaba evitando verla a toda costa, y cada que me preguntaba si quería ir a comer o a cenar con ella, me excusaba diciendo que estaba ocupado.

No se merecía la distancia que estaba imponiendo, no cuando siempre había sido una buena amiga, pero tenía que pensar en mí mismo. Si no dejaba de verla todo el tiempo, la situación no mejoraría nunca. Nunca podría ver a Julia como la magnífica mujer que era, y todo porque no podía dejar de pensar en la mujer a la que no podía tener.

Sabía que estaba haciendo lo correcto, a pesar de lo difícil que se me estaba haciendo.

Y tenía que seguir.

Salí con Julia en dos ocasiones, y nos lo pasamos bien, pero no intenté besarla ni ninguna otra cosa. La idea de hacerlo se me hacía rara; era como traicionar a Taylor, lo cual tenía todavía menos sentido.

«Pero claro, ya nada tiene sentido».

Taylor

NADA MÁS ACABAR el día escolar, el director entró en mi despacho.

El director Rosenthal y yo no habíamos hablado demasiado a lo largo de mi tiempo en la Academia Bristol. Había sido la persona que me había contratado, pero después de eso ya no nos vimos apenas. Estaba muy ocupado llevando la escuela, y yo llevando mi clase.

—Buenas tardes, director Rosenthal. —Puse todos mis papeles en un montón sobre la mesa y apagué la pantalla del ordenador—. ¿Qué le trae por aquí?

Cerró la puerta al entrar y se acercó a mi mesa con las manos en los bolsillos. Sus ojos eran de un azul cristalino que resultaba tan reconfortante como aterrador. La línea fuerte de la mandíbula tenía ya algunas mechas grises, y los rasgos de su rostro me recordaban a alguien, aunque no conseguía averiguar a quién.

Su silencio me puso nerviosa. Siempre que lo veía estaba hablador y agradable, pero ahora mismo parecía un hombre distinto. Me sentí como una niña a punto de ser castigada por un crimen que no sabía que había cometido.

—Buenas tardes, señorita Thomas. —Se apoyó contra una de las mesas de los estudiantes, frente a mí, y cruzó los brazos sobre el pecho—. ¿Tiene un momento?

—Sí, sólo estaba guardando mis cosas. —Dejé los papeles; sabía que aquella sería una conversación seria. No había hecho nada malo, pero no pude evitar sentirme como si lo hubiera hecho.

—He estado recibiendo muchos comentarios de los padres.

«Sabía que iba a ser una conversación horrible».

—¿Ah, sí?

—Y he echado un vistazo a sus dos últimos exámenes. Parece que a los estudiantes les fue bien en el primero, pero no en el segundo.

—Me pareció que el primero había sido demasiado sencillo.

—Puede —respondió—. Pero algunos de nuestros estudiantes más brillantes han sacado un bien y un suficiente en el último. Estamos hablando de chicos por los que Brown y Columbia se pelean, no son de los que sacan bienes ni suficientes.

Me puse al instante a la defensiva, pero intenté controlar mi genio.

—Bueno, no estudiaron lo suficiente. Tengo la sensación de que creen que pueden pasar sin esforzarse por quiénes son o quién son sus familias. El examen era un reto, pero también justo. Creo que han aprendido mucho, y ahora estarán más preparados para los exámenes que haya en el futuro.

—Comprendo lo que intenta hacer. De verdad. Darle un reto a las mentes jóvenes las prepara para el mundo real, pero tengo a algunos padres preocupados de que esas notas afecten en qué universidades los admiten, y francamente, serán un factor a tener en cuenta.

Mi incomodidad siguió creciendo.

—¿Quiere que les regale excelentes?

—No digo eso —se apresuró a corregirme—. Pero me parece que ese examen ha sido demasiado para estudiantes de tercero.

—Ya están casi en la universidad; deberían enfrentarse a retos.

—Y para eso están las horas de clase, pero cuando he mirado el examen lo que he visto son preguntas formuladas a propósito para confundirlos.

—¿Y cómo creen que serán los exámenes de aptitud? —Había pasado a estar completamente enfadada, y ya no podía mantener la calma. Al acceder a dar clase a algunas de las mentes más brillantes del país en una escuela privada, había esperado poder empujarlos hasta un nivel al que nunca los habían llevado. Había esperado darles una ventaja con la que no contarían otros estudiantes.

El director Rosenthal se aclaró la garganta y se frotó la barbilla.

—Señorita Thomas, la contraté porque creí que estaba cualificada para el puesto, y sigo creyéndolo, pero ha perdido la objetividad en este asunto. Está claro que los chicos le importan, y eso es bueno, pero no está tratando la situación del modo adecuado.

—Me estoy esforzando al máximo para prepararlos para el mundo real. ¿Cómo voy a conseguirlo si no dejan de ponerme palos en las ruedas?

—Ya sabe qué tipo de clases debe dar. Sabe qué clase de exámenes debe escribir. Siga el protocolo.

—Pero...

—Mi intención es reemplazarla tras las vacaciones de Navidad.

Me quedé con la boca abierta, y un dolor inesperado me apuñaló el corazón. Me quedé sin aliento de la pura sorpresa. Mis pensamientos quedaron atrapados en un bucle, no podía pensar con claridad.

—Éste será su único aviso. Si las cosas no cambian, se le pedirá que abandone la Academia Bristol.

Seguía siendo incapaz de hablar. Nunca me habían despedido. Yo sólo intentaba hacer lo correcto. Mis estudiantes eran lo más importante para mí; quería que entrasen en las mejores universidades y que triunfaran en la vida. No quería que los superasen las dificultades. Quería que, algún día, me dieran las gracias por lo que había hecho.

—Los padres no dejan de atacarme por las notas que están sacando, y no pararan hasta que se haga algo. No sólo tiene el deber de impresionarme, sino de impresionarlos a ellos. Buena suerte. —Se dio la vuelta y salió de mi aula, levantando ecos sobre las baldosas del pasillo con cada paso que daba. Fue un sonido que siguió siendo audible hasta que se alejó lo bastante como para que reinara un silencio absoluto.

Y entonces me quedé sola.

CONSEGUÍ LLEGAR a casa sin derramar ni una lágrima. Me dolía el pecho por lo mucho que me costaba respirar. Tenía la lengua seca, pero los ojos húmedos. Me invadían tanto las náuseas como la sensación de estar muerta por dentro.

Me sentía aislada del mundo.

Me lancé sobre el sofá sin pensarlo y saqué el teléfono; era un movimiento tan fluido que ni siquiera me hacía falta pensar. Mi mente y mi cuerpo pasaron a ser uno, trabajando de manera coordinada.

Llamé a la primera persona que me vino a la cabeza. Oí como sonaba el tono una y otra vez, y esperé a que su voz contestase al otro lado de la línea. Sus palabras siempre conseguían tranquilizarme sin importar lo afectada que estuviese. Él siempre sabía exactamente qué decir sin importar la situación.

Porque era mi mejor amigo.

Pero saltó el contestador de voz.

Era la primera vez que pasaba; nunca antes había fallado a la hora de contestar una de mis llamadas. Aquello hizo que me preguntara si habría perdido el teléfono, o si lo habría pillado en la ducha. No había ninguna otra explicación.

Le envié un mensaje.

Llámame cuando puedas, es importante.

Dejé el teléfono sobre la mesita de café y reviví mentalmente todo lo que había pasado con el director. Mi dolor se originaba en la frustración ante la manera tan injusta en que me estaba tratando. Me estaba esforzando para darle a los estudiantes lo que necesitaban, pero a los padres lo único que les importaba eran las notas. No sacaban buenas notas porque no se las ganaban; así de sencillo.

Los ojos se me aguaron todavía más.

Me dolía el pecho cada vez que inspiraba.

Me negaba a llorar. Era una estupidez y no conseguiría nada con ello, más que mostrar que era débil.

Pero no podía evitarlo. Me habían roto el corazón.

Volt me devolvió la llamada casi al instante. Me llamó en cuanto mi mensaje apareció en su pantalla.

Respondí al teléfono e intenté controlar la voz.

—Eh.

—Eh, ¿qué pasa? —me preguntó con su voz grave de siempre—. ¿Estás bien?

—Sí... —Jugueteé con un hilo que se había soltado de uno de los cojines del sofá. Me lo enrollé alrededor del dedo una y otra vez, intentando concentrarme en lo que estaba haciendo en lugar de en lo que sentía.

La voz de Volt se suavizó al oír lo dolida que estaba.

—Pues no lo parece.

—¿Podrías venir a casa?

—Uh... —Le falló la voz por un instante, y en ese momento reconocí el ruido que oía de fondo como el de varias conversaciones. Parecía que estaba en un restaurante—. Sí, voy enseguida.

—Gracias.

—De nada.

ENTRÓ en mi apartamento sin llamar y se sentó a mi lado en el sofá. En cuanto vio las lágrimas que me anegaban los ojos me puso las manos sobre las mejillas y las secó con las yemas de los dedos. No me hizo preguntas; sólo me miró fijamente con el mismo dolor que sentía yo grabado en el rostro.

Quise decírsele todo, pero no conseguía pronunciar las palabras. Decirlo en voz alta sólo lo empeoraría.

Volt me pasó los dedos por el pelo y me atrajo hacia él. Su pecho era más cómodo que ninguna cama sobre la que hubiera dormido nunca, y su calidez me ofreció algo de paz.

—¿Has roto con Sage? —No sonó deprimido como había parecido hacía un momento, sino otra cosa, puede que incluso esperanzado.

—No... —No había pensado en él ni una vez desde recibir aquella horrible noticia.

Sus manos se detuvieron sobre mis mejillas, y la manera en que se encogió me dijo que no se había esperado aquella respuesta. Apartó las manos poco a poco, volviendo a colocarlas sobre sus muslos y dejando de tocarme.

Aquello me hizo sentir todavía peor.

Volt bajó la vista, con los ojos entrecerrados y los labios apretados con fuerza. Se aclaró la garganta antes de volver a mirarme.

—¿Qué ocurre entonces? ¿Qué ha pasado?

—Me han echado.

Me miró, inmóvil, incapaz de procesar lo que había dicho. Le hizo falta casi medio minuto antes de poder reaccionar.

—¿Qué?

—El director ha venido a hablar conmigo y me ha dicho que no estaba haciendo mi trabajo. Que había demasiados chicos a los que les había ido mal el examen y que, al parecer, son chicos que no sacan esa clase de notas. Ha dicho que me sustituirá después de Navidad si las cosas no cambian.

—Entonces no te han echado. —Estaba pálido, como si el golpe le hubiese dolido tanto como a mí.

—No, pero voy a dejarlo.

—No puedes dejarlo, Taylor.

—Sí que puedo. Puede que no esté hecha para ser profesora. Quizás todo esto no ha sido más que un error.

—Eso no es verdad —dijo en voz baja—. Esto no tiene nada que ver contigo.

—Tiene todo que ver conmigo.

—Escúchame. —Me cogió de la mano y la sostuvo entre las suyas. Nuestros dedos se entrelazaron; le notaba el pulso en la piel—. Las escuelas privadas como Bristol son diferentes del sistema en el que aprendiste tú. Se basan en normas y estándares distintos. No tiene nada que ver con tus capacidades de enseñanza.

—Sólo intentaba ofrecerles un reto. Intentaba prepararlos.

—Y eso no tiene nada de malo, pero en el campo privado las cosas se controlan mucho más. No se trata de una reflexión sobre tu persona. Ese sitio se basa tanto en la política que volvería loco a cualquiera. ¿Por qué crees que llevo un programa de tutorías? Porque hay formas mejores de enseñar a los chicos de lo que te haría pensar el sistema escolar.

Oí lo que decía, pero no le estaba prestando apenas atención.

—Tenías razón, Volt. Debería haberte escuchado.

—Eso no es cierto...

—Sí que lo es, y los dos lo sabemos.

Me miró con tristeza, como si hubiese sacrificado cualquier cosa con tal de no haber tenido razón.

—Dejarlo no es la respuesta.

—No puedo volver.

—Tu currículum quedará fatal si lo haces. Al menos acaba el año escolar.

—De todas maneras después de Navidad ya no estaré ahí.

—Eso no es cierto.

—Sí que lo es. Ha dicho que ya estaba buscando a mi sustituto.

—Eso no pasará si haces justo lo que quiere. Sé que ahora mismo estás muy afectada, pero rendirte no es la respuesta. Puedes darle un giro a todo.

Quizás sí que pudiese, o quizás no.

—No me importa lo suficiente como para querer intentarlo. Buscaré trabajo en algún laboratorio.

—Pero eso no te hará feliz. Taylor, te he visto con los chicos. Te importan.

—Claro que me importan. Los quiero. —Incluso a los difíciles que nunca me prestaban atención. Todos eran únicos a su manera, pero también eran maravillosos. Quería que tuviera siempre lo mejor.

—Entonces no te rindas.

—No voy a volver trabajar a un sitio donde vigilan todo lo que hago. Me van a tener bajo una lupa, y sólo conseguirán que me ponga nerviosa.

—Sí, será irritante, pero sé que puedes hacerlo.

—No se trata de *poder*, Volt. Es que *no quiero*.

Me apretó la mano y se inclinó hacia delante, colocándose a la fuerza en mi línea visual.

—No creo que te pusieras a llorar si no te importase. No creo que estuvieras tan afectada si no quisieras seguir ahí.

Ahí me había pillado, y los dos lo sabíamos. Les había dado todo a mis chicos, y el hecho de que eso no significase nada hacía que me sintiera vencida. Trabajaba a cambio de un sueldo, como todo el mundo; no había en mi labor nada con ningún significado especial.

Hacia que me sintiera inútil.

—Pequeña, escúchame. —Volt me sujetó la barbilla y me obligó a mirarlo—. Tienes derecho a estar afectada y a llorar, pero no debes rendirte. Puedes hacerlo. Sé que puedes.

—Pero nunca seré feliz en la Academia. Incluso si consigo que todo mejore, seguiré siendo la profesora a la que estuvieron a punto de despedir.

—Entonces busca trabajo en otro sitio, pero acaba el año escolar.

No estaba segura de si podría volver a plantarme frente al director. Él había hecho lo que se suponía que debía hacer por la escuela y sus profesores, pero era algo que seguía

poniéndome enferma. Solía considerar a la Academia Bristol como mi hogar; ahora era más bien una prisión.

—¿Taylor?

Mis ojos volvieron a enfocar su rostro.

—Vas a hacerlo, y yo te ayudaré.

—¿No puedo trabajar en tu empresa y ya está? Podría ser una muy buena tutora.

Sonrió como si la idea le resultara tentadora.

—Me encantaría, pero tu destino es ser profesora, no tutora.

—Pero ahí no hay política, no están estas tonterías.

—No sé qué decirte... Sería tu jefe.

—A mí me pareces un buen jefe.

—La hierba siempre parece más verde al otro lado de la verja.

Me sequé las lágrimas restantes con el antebrazo. Se me había corrido el maquillaje, pero no podía hacer nada al respecto. De todos modos, Volt ya me había visto en mi peor momento.

—Gracias por venir.

—No es nada. Ya sabes que siempre estaré ahí cuando me necesites.

—Espero no haber interrumpido nada; parecía que habías salido. —No pregunté qué había estado haciendo; tampoco es que nos hubiéramos visto mucho últimamente. Cada vez que nos enviábamos mensajes, Volt respondía una y otra vez con frases cortas, y cuando le preguntaba si quería hacer algo resultaba que siempre estaba ocupado.

—Sí, estaba fuera, pero no era nada.

—¿Estabas con los chicos?

—Eh, no. En realidad estoy saliendo con alguien.

No era lo que me había esperado que dijera, pero no me sorprendió. Aquello explicaba su distanciamiento; no salía conmigo porque estaba pasando el tiempo con otra persona. Su temporada en dique seco debía de haber llegado a su fin.

—¿Otro ligue que añadir a la lista?

—Pues no. —Me soltó la mano—. Hemos salido juntos algunas veces. Estamos viendo qué tal funciona.

¿Estaba saliendo con alguien en serio? ¿Como con la esperanza de tener una relación? Por lo que me había dicho, había parecido ser una persona incapaz de tener algo así. De hecho, hacía sólo unas semanas me había pedido que hiciera ver que era su novia sólo con tal de quitarse a sus padres de encima.

¿Y ahora estaba viéndose con alguien?

Cuando nos conocimos me sentí atraída hacia Volt. Era el hombre más guapo que había visto nunca, y me encontré pensando en él tanto en un sentido romántico como sexual, pero en cuanto me quedó claro que Volt no estaba disponible y que sólo le interesaba continuar con su vida de donjuán, me vi obligada a verlo con otros ojos. En lugar de un amante en potencia, se convirtió en un amigo, y eso era lo único que había sido desde entonces.

Pero aun así me molestaba que estuviera viendo a alguien.

—Entonces esa chica te debe de gustar de verdad. —Mi trabajo había dejado de contarse entre mis preocupaciones. Ya no me importaba, y parecía tan insignificante en comparación con Volt.

—Supongo que está bastante bien. —Apoyó los codos en las rodillas y se quedó mirando el suelo.

—¿Dónde la has conocido?

—Nos presentó Derek; pensó que encajaríamos bien.

—¿Y lo habéis hecho?

Asintió.

—Supongo que podrías decirlo así.

No era asunto mío, y no debería decir nada, pero no pude evitarlo.

—Creía que no te interesaban las relaciones y que nunca lo harían.

Se encogió de hombros.

—Supongo que he abierto un poco la mente.

Se me aceleró el pulso hasta llegar a dolerme el pecho con cada latido.

—Bien por ti.

—Estar con Clay me hace tener ganas de tener hijos algún día, y para eso me haría falta una esposa.

¿Así que pensaba en el matrimonio? Era como si se hubiera convertido en una persona completamente distinta de la noche al día. No estaba segura de que fuera el mismo hombre al que había conocido hacía seis meses; estaba pensando en casarse y en tener una familia, algo que había jurado que nunca tendría.

«¿Qué ha cambiado?».

—Me alegro por ti. —Me falló la voz, probablemente por todo lo que había llorado—. Me encantaría conocerla.

—Quizás podamos tener una cita doble o algo así. —Se apoyó contra el sofá y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Deberíamos hacerlo. ¿Estáis ocupados el sábado? —Ahora que sabía que esa mujer existía, tenía que conocerla en persona. Quería saber qué había en ella que interesase a Volt. Hasta aquel momento siempre se había tratado de supermodelos para ligues de una noche. ¿En qué era tan increíble esa chica como para hacerlo cambiar de opinión en tantas cosas?

Volt se encogió en respuesta, como si no hubiese estado preparado para mi aceptación.

—¿Quieres que tengamos una cita doble?

—¿Por qué no? Siempre te presento a los hombres con los que salgo. ¿No debería yo conocer a la mujer de tus sueños?

Me sostuvo la mirada.

—No es la mujer de mis sueños.

—Pero debe serlo. ¿Qué otra cosa podría conseguir que te volvieras monógamo? —Volt casi siempre negaba sus sentimientos, pero ahora parecía comprender lo que sentía—. Ya te dije que cuando encontrases a la mujer adecuada, tu vida al completo daría un vuelco. Te convertirá en un hombre diferente, pero en el buen sentido. Te lo dije.

—Sólo estamos viéndonos, no he dicho que esté enamorado.

—Pero no te interesan las citas, ¿recuerdas?

Suspiró, irritado.

—Mira, estoy intentando eso de las citas, pero no significa que vaya a casarme con ella. Sólo significa... pues lo que significa.

—Supongo que el sábado veré a lo que te refieres.

Volvió a suspirar y me dio la espalda.

El día se estaba poniendo mucho peor de lo que me había imaginado. Era posible que perdiese mi empleo, y Volt estaba buscando algo serio con una mujer. Me molestaba de un modo que no podía expresar en palabras; ya no sentía nada por Volt, pero antes lo había hecho. Había fantaseado con sus labios posándose por todo mi cuerpo, me había imaginado sus dedos peinándome el cabello. El hecho de que fuéramos tan buenos amigos y que nunca me hubiese considerado como una posible pareja me dolía.

«Pero debería superarlo».

Nunca me había visto del modo en que yo lo había visto a él. Para él siempre había sido esa chica rara que se había perdido en la ciudad, era la profesora que se vestía como una hippy, la amiga a la que podía recurrir para cualquier cosa, pero nada más.

—Deberías volver a tu cita. De haberlo sabido no te habría molestado. —Pegué las rodillas al pecho y me cerré a él, avergonzada por haberlo llamado cuando no debería haberlo hecho.

—Tú nunca eres una molestia, Taylor.

—Lo dices por decir, aunque gracias.

Se acercó más y me rodeó los hombros con el brazo.

—Sabes que no es así. —Me pegó contra él y apoyé la cabeza en su hombro—. Mi lugar está aquí, a tu lado.

Su cercanía resultaba tan agradable; por fin pude respirar profundamente. No pensé ni en el trabajo ni en los dolores de cabeza que venían con él; en aquel momento lo único que me importaba era lo a salvo que me sentía. Volt hacía desaparecer mi dolor como por arte de magia; siempre sabía qué decir en el momento exacto.

Entrelacé el brazo con el suyo, entreteniéndome escuchando el ritmo de su respiración. Teníamos la televisión apagada delante, y pude distinguir nuestro reflejo en la pantalla. Volt tenía la cabeza apoyada en la mía, y la camiseta se le pegaba a los músculos de los hombros y al poderoso pecho. Debía de haberse afeitado para la noche, y su aroma habitual me rodeó como si fuera el aroma de mi vela favorita.

«Quiero quedarme así para siempre».

El tiempo parecía detenerse cuando estábamos juntos. Nada del mundo exterior podía afectarnos; éramos sólo él y yo contra todo lo demás. Nos comprendíamos el uno al otro a un nivel innato, era mejor que cualquier otra relación que hubiese tenido nunca.

—¿Taylor? —Su voz grave me resonó en el oído, haciéndome sentir en paz.

—¿Sí?

Giró la cabeza ligeramente para poder ver mi expresión. Su respiración cayó sobre mi piel, cálida e incitante—. ¿Por qué no has llamado a Sage?

Su pregunta pendió en el aire, sin recibir respuesta. La había oído, pero no comprendía por qué la había hecho.

—¿Qué quieres decir?

—¿Por qué me has llamado a mí y no a él?

—No lo sé, lo he hecho sin pensar. —Cuando estaba afectada mis instintos tomaban el control; mi cuerpo se movía solo y hacía lo que fuera necesario para sobrevivir. Volt había sido la primera persona que se me había pasado por la cabeza. No había sido ni Sage, ni Sara, sino él—. ¿Por qué?

Volt guardó silencio, sin moverse y casi sin respirar. Por fin rozó la cara contra la mía, desviando la atención hacia la pantalla apagada que teníamos adelante. Nuestros ojos se cruzaron en nuestro reflejo, y nos quedamos mirándonos.

—Por nada.

SAGE y yo nos sentamos juntos a un lado de la mesa. Volt y su cita todavía no habían llegado, así que estábamos solos, sumidos en un tenso silencio. Sage no estaba siendo él mismo aquella noche. No hablaba apenas, y cuando le hacía alguna pregunta tenía incluso menos que decir.

En la mesa había una cesta de pan, pero ambos la ignoramos. La mantequilla era suave, y acababan de rallar el queso. Nos habían servido dos vasos de vino, pero no bebimos.

—¿Va todo bien? —me preguntó.

Seguí mirando por la ventana, buscando a Volt y a su chica, ansiando saber qué aspecto tendría esa tal Julia. ¿Sería rubia? ¿Morena? ¿Pelirroja, quizás?

—Sí, estoy bien.

—Pareces nerviosa.

—Estoy algo cansada. —Y me sentía fuera de lugar. No sabía por qué el ir a conocer a la novia de Volt me ponía tan nerviosa. No era la primera vez que conocía a gente nueva, no debería haberme importado tanto.

—¿De quién fue la idea de tener una cita doble?

—Suya. —Pero yo insistí.

—Es algo raro, pero bueno.

—¿Por qué es raro? —Aparté la mirada de la ventana para mirarle.

Sage tomó un sorbo de vino para disimular su incomodidad antes de volver a colocar la copa sobre la mesa.

—No importa.

—Puedes decírmelo.

Se enderezó en su silla, como si esperase que reaccionase mal ante sus palabras.

—Creo que está interesado en ti, y que esto no es más que un complejo intento de hacer ver que no lo está.

Nunca había dejado de banda sus sospechas sobre Volt.

—¿Por qué te cuesta tanto creer que sólo somos amigos?

—Porque ninguno de vosotros es gay.

—Tienes que olvidarte de eso de una vez.

—No hay nada que olvidar —dijo con calma—. Sigo creyendo que siente algo por ti. Puedes creer lo que quieras, pero sé lo que he visto. No se trata de que esté celoso ni enfadado, pero tampoco soy un estúpido. Puede que algún día te des cuenta, o puede que no.

—Si Volt sintiera algo por mí, habría dicho algo hace mucho tiempo.

Sage no respondió, dejándome ver que la conversación había acabado.

—¿Cómo te ha ido el trabajo esta semana?

—Bien... —Le había contado lo que me había pasado unos días antes, y me había reconfortado tal y como lo había hecho Volt.

—Mejorará, sólo tienes que seguir adelante.

—Es más fácil decirlo que hacerlo.

—Pero al final todo irá bien. Siempre va bien.

—¿Cómo ha ido tu semana?

—Bastante bien —respondió—. Los Yankees han ganado, así que todo va bien en el mundo.

Solté una risita.

—Vives en un mundo bastante simple.

Se encogió de hombros.

—Me gustan las cosas simples.

Volt entró en el restaurante, y mi cabeza se giró sola hacia él. Iba con una mujer, y con nada más verla supe que no me había preparado mentalmente lo suficiente. Era una morena alta, casi tan alta como Volt, vestida con una falda larga y un top que dejaba a la vista varios dedos del estómago completamente plano. Tenía la piel oscura, como si proviniera de un lugar exótico, y el cabello largo y radiante. Los ojos le brillaban, y su sonrisa era perfecta. No me hizo saber nada más para estar segura de que era modelo.

No cabía duda.

Volt y ella se acercaron a nuestra mesa, y me llevo un segundo darme cuenta de que tenía que ponerme en pie. Estuve a punto de perder el equilibrio. Me costaba pensar. Su belleza me obligó a dar un paso atrás.

La mirada de Sage se clavó en ella al instante y durante más tiempo del necesario.

Quise enfadarme, pero no podía culparlo. Era una belleza.

Volt se giró hacia él, y su mutuo desagrado resonó en el aire. Le tendió la mano para estrechársela.

—Es un placer volver a verte.

—Lo mismo digo. —Sage le estrechó la mano rápidamente y lo soltó.

Empecé a sentirme estúpida por ir vestida con un vestido viejo y unas sandalias. Llevaba el cabello suelto y liso; no había tenido tiempo de peinarme. En comparación con aquella mujer tan única, yo no era más que una masa amorfa. Deseé poder dejar de compararme con ella; nunca había hecho algo así.

Volt se giró hacia mí, pero no me tocó.

—Eh.

—Eh. —Mi entusiasmo habitual murió antes de cruzar mis labios. Por alguna razón ya no tenía ganas de verlo. Me sentía profundamente incómoda.

Volt se giró hacia su pareja, presentándola.

—Ésta es Julia.

—Hola, Julia. —Sage dio un paso adelante y le estrechó la mano durante mucho más tiempo del que le había dedicado a Volt. Se aclaró rápidamente la garganta y se apartó, desviando la mirada hacia el suelo o el resto de la gente que había en el restaurante.

—Hola, es un placer conocerte. —Fui la siguiente en apretarle la mano, sintiéndome todavía más fea al acercarme a ella.

—Lo mismo digo. —Tenía acento hispano. No pude determinar exactamente de qué zona, pero estaba claro que no era el habitual. Parecía ser más bien de Sudamérica—. Volt me ha hablado mucho sobre ti.

—Espero que hayan sido cosas buenas —dije con una risita.

—En su mayoría —intervino Volt—. Pero también había muchas cosas malas. —Me guiñó el ojo.

Aquello me hizo sentir mejor, aunque fue sólo durante un instante.

Nos sentamos y repasamos los menús. Volt estaba sentado frente a mí, y no dejé de mirarlo de reojo para ver qué hacía. Me pregunté dónde tendría apoyada las manos, y si no sería sobre el cuerpo de alguien.

Julia le puso la mano al muslo, por debajo de la mesa.

—¿Qué vas a pedir?

—No estoy seguro —respondió Volt—. ¿Y tú?

Sage no dejaba de mirarla. Intentó tomar un sorbo de vino, pero sólo consiguió salpicarse la camisa.

Fue entonces cuando me percaté de que el restaurante al completo la miraba.

Volt alzó la vista y nuestras miradas se cruzaron. Era como si no quisiera que lo atrapara mirándome, porque apartó los ojos enseguida.

«Puede que esto de tener una cita doble no haya sido tan buena idea».

JULIA HABRÍA ENTRELAZADO el brazo con el de Volt mientras caminaban, aferrándose a él como si fuese una lapa. Le susurraba palabras que sólo él podía oír, y después se reía suavemente ante las reacciones de Volt.

Nos paramos en la acera los unos frente a los otros, listos para despedirnos.

—Bueno, ha sido un placer conoceros a los dos. —Apretó los pechos contra el brazo de Volt al pegarse todavía más a él.

—Lo mismo digo —respondí con una sonrisa.

—Sí... —Sage se frotó la nuca y se aclaró la garganta.

—Bueno, que tengáis buena noche. —No había tenido oportunidad de hablar a solas con Volt, y sospechaba que tampoco iba a tenerla ahora.

—Igualmente. —Volt se dio la vuelta con Julia todavía cogida de su brazo. Se alejaron juntos, desapareciendo entre la multitud.

Me giré hacia Sage y sentí como me cogía de la mano.

—¿Sigues creyendo que sólo está saliendo con ella para que no crea que siente algo por mí? —A cualquier hombre sólo le haría falta mirar a Julia durante un segundo para saber que era espectacular. Sólo había visto a gente con ese nivel de belleza en la televisión.

Sage rió entre dientes.

—Ya no.

Volt

JULIA no me soltó la mano; se pasó todo el camino hasta su apartamento apretándomela. Sentí cómo se pegaba a mí más y más, casi subiéndose encima. Su deseo ardía con la fuerza suficiente como para marcarme la piel y llegarme directo a la sangre.

«Todo está a punto de irse al garete».

La acompañé hasta la puerta con la intención de darle un abrazo amistoso a modo de despedida, pero estaba claro que Julia tenía algo muy distinto en mente. Me rodeó el cuello con los brazos y me regaló un beso lento.

Me gustó. Julia sabía cómo usar la boca para conseguir que cualquier hombre cayese a sus pies, pero no se parecía en nada a lo que había sentido con Taylor. Nuestros besos habían sido tan fuertes que nos habían dejado los labios magullados; el calor entre nosotros había sido lo bastante potente como para hacer arder todo un pantano. Había estado con muchas mujeres a lo largo de mi vida, pero sólo la llegada de una muy especial había conseguido poner todo mi mundo patas arriba.

Y esa mujer no era Julia.

Rompí el beso antes de que pudiera progresar y convertirse en otra cosa. Julia era una persona magnífica, y todos los hombres del mundo debían de odiarme en aquel momento. Y, teniendo en cuenta lo que estaba a punto de hacer, probablemente también pensarían que era un idiota.

—Gracias por cenar conmigo.

Julia me miró fijamente con la misma expresión hambrienta.

—Entra. —Su franqueza resultaba sexy por la ausencia de desesperación. Habíamos salido juntos varias veces, y nunca había intentado algo así; estaba claro que estaba preparada.

Pero yo no.

Si me acostaba con ella, lo haría mientras pensaba en otra persona, y aquello sería digno de un completo capullo. No podía estar con una mujer mientras pretendía que era otra persona, y no conseguía quitarme a Taylor de la cabeza sin importar cuánto me esforzase. Conocer a Julia tenía que haberme hecho olvidarla y de algún modo, sólo había conseguido que la deseara más.

—Me siento halagado, pero no creo que sea buena idea. —Debería ponerle fin a aquello antes de que las cosas fueran demasiado lejos.

—¿Por qué no? —Mantuvo los brazos alrededor de mi cuello, inmovilizándome.

—Es sólo que... —Si le decía la verdad sería todavía peor—. No voy a volver a llamarte, y eso no sería justo para ti.

En lugar de sentirse herida, Julia me miró a los ojos. Aquella mujer tenía una confianza salvaje en sí misma.

—Es ella, ¿no?

—¿Quién?

—Taylor.

Joder, ¿tan obvios habían resultado mis sentimientos para alguien a quien sólo conocía desde hacía unas semanas?

—No sé a qué te refieres.

—Sí que lo sabes. —No apartó las garras, sólo sonrió—. He visto cómo la mirabas. Noto que hay algo.

Ya me había atrapado, así que me negué a mentir.

—He estado intentando superarlo, pero nada funciona.

—¿Por qué ibas a intentar superarlo?

—Porque no puedo estar con ella.

—¿Quién dice que no puedes? Si quieres algo, ve a por ello.

—Por si no te has dado cuenta, está viendo a alguien. —Deseé haber conocido primero a Julia. Me encantaba que si quería algo se lanzara a por ello y su visión sencilla del mundo. Cuando quería algo, lo cogía, como por ejemplo en aquel momento. Era hermosa e inteligente, y sobresalía en todas las demás categorías. Si la hubiese conocido antes de que Taylor llegase a mi vida, puede que las cosas hubiesen sido diferentes.

—Entonces haz que deje de salir con él.

—¿Hacer que rompan?

Julia se encogió de hombros.

—Uno tiene que hacer lo que tiene que hacer, ¿verdad?

—No, yo no soy así.

—¿No eres un luchador? —me preguntó.

—A Taylor le gusta de verdad. No voy a hacer que rompan y arrebatarse algo que la hace feliz. No es mi estilo.

—¿Sabe ella lo que sientes?

Negué con la cabeza.

—Entonces es el momento de que sigas con tu vida.

—Lo he intentado... pero nada.

—No, no lo has intentado de verdad. —Sacó las llaves y quitó el cerrojo de la puerta, apoyándose contra ella con una amplia sonrisa sexy en el rostro. Después alzó la mano y me hizo un gesto con el dedo para que la siguiera dentro.

Me quedé al otro lado de la puerta.

—Conseguiré que te olvides de ella, Volt.

—No estoy tan seguro... —Taylor estaba grabada en mi cuerpo; era como una cicatriz que nunca se desvanecía. No existía ninguna posibilidad de un nosotros, y tenía que olvidarme de ello, pero cada vez que lo intentaba sólo acababa aferrándome más a ella—. ¿Y qué ganas tú?

—Un orgasmo espectacular, espero. —Sonrió y tiro de mí para hacerme entrar.

—Eso puedo hacerlo, pero no puedo acostarme con una persona mientras pienso en otra, y eso es exactamente lo que va a pasar.

—No me importa que lo hagas. —Me cogió de la mano y me llevó a su dormitorio—. Confía en mí; muy pronto no te acordarás de ella.

Esperé que tuviera razón. Nunca había deseado tanto nada en toda mi vida.

ME SENTÉ en nuestra mesa habitual con dos muffins en sendos platos. Había dejado las tazas de café humeante junto a ellas, y miraba el reloj de reajo cada pocos minutos mientras esperaba.

Taylor emergió de entre la gente y se dirigió hacia mí. Iba vestida con vaqueros ajustados, botas de tacón y una chaqueta marrón con una bufanda rosa. Llevaba el pelo rizado, algo en lo que a duras penas se molestaba.

Se suponía que debería resultarme indiferente.

Pero pensé que estaba más hermosa que nunca.

—Eh. —Se sentó al otro lado de la mesa y se echó el cabello sobre el hombro.

No habíamos hablado en toda la semana, y sólo me había puesto en contacto con ella movido por la preocupación. Y porque la echaba terriblemente de menos. No parecía que pasar tiempo con Julia ayudase; mi corazón pertenecía a la mujer que tenía delante, y no había nada que pudiera hacer para cambiarlo.

Era un asco.

—Eh.

Atacó al instante un trozo de muffin.

—Gracias por invitar.

—De nada. —Di un trago al café para tener algo que hacer—. ¿Qué tal el trabajo? —Era la tan temida pregunta, pero tenía que preguntar.

—Es... —Suspiró y no acabó la frase—. Meh.

—¿Meh? No estoy seguro de que sea una palabra.

—Pues lo es —respondió—. Y describe perfectamente cómo me siento.

—Estoy seguro de que las cosas están mejorando. Tu sigue el plan de estudios y los estándares comunes y todo irá bien. Te ayudaré con el próximo examen.

—No es eso. El problema es que ahora todo el personal de la escuela me odia, creen que soy una incompetente.

—No te odian.

—Sí que me odian —me discutió—. Nat me lo ha dicho.

«¿Por qué demonios le ha dicho algo así a una amiga?».

—¿A quién le importa lo que piensen?

—A mí —espetó—. Trabajo con ellos todos los días. Claro que me importa.

—Bueno, pues haz que deje de importarte. Eres una profesora muy buena, créeme, lo sé. —Ojalá pudiera arreglar todo aquello, pero no estaba en mis manos hacerlo. No quería decirle a mis padres que Taylor era la profesora de la Academia Bristol; eso crearía muchísimo drama innecesario cuando bien podía esperar a que las cosas se calmasen por sí solas. No importaba lo que ocurriera, cuando mis padres lo averiguasen las cosas se volverían incómodas, pero ya me ocuparía de eso cuando llegase el momento—. No dejes que sus opiniones te afecten. Tú concéntrate en tu objetivo, y haz lo que tengas que hacer.

Taylor dejó de comer su muffin y se recostó en la silla.

—Quiero dejarlo, Volt. Viviré de mis ahorros si hace falta. Llegados a este punto ya no me importa.

—No vas a dejarlo.

—Sí que voy a hacerlo. Odio estar ahí.

—Taylor, escúchame. —Le estaba dando buenos consejos, pero tenía que escucharlos—. Acaba el año escolar y después busca trabajo en otro lugar. Te va a costar mucho encontrar otro puesto si ven que abandonaste en mitad del curso. Y cuando digo mucho, quiero decir muchísimo.

—Puedo trabajar haciendo otra cosa. No es el fin del mundo.

—Pero tu pasión es la enseñanza.

—Ja. —Dio un buen bocado al muffin—. Pero yo no soy la suya.

—Pequeña, no te rindas. —Hice una mueca por dentro al darme cuenta de lo que acababa de decir, y tuve que contenerme para no taparme la cara con las manos. Antes nunca metía la pata de esa manera, pero últimamente no dejaba de usar aquella palabra a la mínima. Y ni siquiera la usaba con nadie más.

Taylor estaba demasiado afectada como para que le importase.

—Es un ambiente hostil, y no quiero seguir en él.

—No vas a rendirte, y punto final.

Se concentró en el muffin y no dijo nada más. Su irritación era evidente, y fue concentrándose hasta convertirse en una niebla impenetrable a nuestro alrededor.

—Julia es muy agradable.

Hablar de ella era de lo más raro. Me sentí culpable, como si hubiese hecho algo inexcusable. Me había acostado con ella varias veces, no sólo una, y el sexo era bueno, pero seguía pensando en Taylor y, al acabar, me quedaba insatisfecho. Tendría que romper pronto con ella. No estábamos yendo a ningún sitio, y sólo me ayudaba a malgastar mi tiempo. Pero era una perspectiva deprimente. Si no lo conseguía con Julia, entonces que no había la más mínima esperanza de lograrlo.

—Es genial.

—Parecíais muy felices juntos.

Me encogí de hombros.

—Es preciosa y todo eso, pero... No creo que esté funcionando.

—¿Por qué no? —preguntó, sorprendida.

Deseé poder decirle la verdad. Aquello me sacaría un peso del pecho y dejaría de ser un secreto. No tendría que inventarme mentiras todo el tiempo.

—No somos compatibles. Es demasiado necesitada para mí gusto.

—¿De verdad? Parecía bastante espectacular. Incluso Sage se quedó mirándola.

—Eso es porque es un mierda que no te merece. —Se me tensó todo el cuerpo, y sentí como aumentaba mi agresividad. No me importaba que mirase a mi cita, lo que me importaba era que a la única persona que debería estar mirando era a la suya.

Taylor no reaccionó; estaba acostumbrada a mis accesos de ira.

—Un hombre nunca debería dejar vagar los ojos, Taylor. Es una excusa barata.

—No lo culpo —respondió—. Julia probablemente sea la mujer más hermosa que he visto nunca.

—Ja. —Solté una risa sarcástica—. Las he visto mejores.

Arqueó las cejas.

—¿Qué?

—Nada —me apresuré a responder. Mi problema era que no podía dejar de hacer comentarios pasivo-agresivos, y tenía que cambiar de tema—. No deberías estar con un tío que le presta atención a otras mujeres. Sólo debería prestarte atención a ti.

—Lo sé —dijo—. Pero Julia estaba justo delante de él; no había muchos sitios a los que mirar.

—¿Por qué lo excusas? —Mi temperamento volvió a aflorar. Normalmente era un hombre razonable, pero cuando Taylor soportaba a perdedores como él, se me hacía imposible de soportar.

—Cálmate. Si estuvieras en su posición, tú también te habrías quedado mirándola. No hagas ver que no.

La miré directamente a los ojos, sin parpadear.

—Si estuviera contigo, ni siquiera me daría cuenta de que hay más gente en el restaurante. No sabría si es de día o de noche, porque estaría demasiado ocupado mirándote a ti como para ver el sol o la luna. Si estuviera contigo, estaría ciego para todo el mundo y lo que hay en él, porque sólo podría mirarte a ti.

Taylor se me quedó mirando durante varios segundos, con los ojos fijos en los míos. La brisa le agitó un mechón del cabello, pero no se lo colocó tras la oreja como hacía siempre.

Había conseguido que la conversación se volviera incómoda, como hacía siempre. Resultaba tan frustrante desear a una mujer a la que nunca podría tener; nunca había hecho frente a un reto así. No quería sonar como un capullo, pero nunca habido mujer alguna a la que no pudiera tener. Y ahora aquella sin la que no podía vivir ni siquiera se percataba de mi presencia. No podía continuar con mi vida con otra persona porque estaba de agua hasta el cuello por ella.

Taylor no dijo nada, bien porque se sentía irritada o simplemente incómoda. Puede que empezara a percatarse de mis sentimientos. Tendría que ser una ignorante por completo para no haberse dado cuenta todavía. No es que durmiera en la misma cama que ella porque no tuviera nada que hacer, no odiaba a sus novios porque quisiera protegerla y ya, la razón por la que pasaba todo mi tiempo con ella no era porque no tuviera más amigos.

El silencio se alargó durante otro minuto, y supe que tenía que romperlo.

—Lo siento. No soporto a los infieles. Drew era un capullo, y ahora Sage parece incapaz de vigilar a dónde mira. Me molesta.

—Una cosa es mirar y otra tocar.

Pero yo ni miraría ni tocaría si estuviera con ella.

—¿Qué vas a hacer este fin de semana? —No me importaba su respuesta, sólo quería cambiar de tema. El ambiente se volvía más incómodo a cada segundo que pasaba.

—No tengo planes, el viernes conoceré a algunos de los amigos de Sage. Es su cumpleaños, vamos a salir a cenar.

Así que las cosas se estaban poniendo serias. ¿Se había acostado con él? Me maldije por preguntármelo siquiera. No importaba, y no iba a preguntar. No habría podido soportar la respuesta.

—¿Qué le has comprado?

—Todavía nada. Estoy intentando que se me ocurra algo.

Yo tenía algunas ideas, pero todas tenían algo que ver con sexo, y no quería que lo tocara.

—Quizás puedas hacerle algo artesanal.

—No se me da lo bastante bien.

—En clase haces cosas sin parar.

—Sí, pero normalmente tienen que ver con la ciencia. No creo que Sage le importe mucho el tema académico.

—Ya se te ocurrirá algo. A fin de cuentas, es imposible fallar si le regalas entradas a algún partido.

—Hmm... No es mala idea. —Adoptó una expresión pensativa—. Le encantan los Yankees. Seguro que le encantaría ir a uno de sus partidos.

Me odié por haberle dado una buena idea.

—Pues ya lo tienes.

Sacó el teléfono y empezó a buscar unas entradas.

—Veamos... Este domingo hay un partido. Perfecto.

«Al menos no le va a regalar una mamada».

—Gracias por la sugerencia.

Me contuve para no rechinar los dientes.

—No es nada.

—¿Qué haces tú este fin de semana?

«Una montaña de absolutamente nada».

—No tengo planes.

—¿Quieres hacer algo el sábado?

«Maldición. No debería haber dicho eso».

—Puede. —No podía seguir pasando el tiempo con ella, no cuando eso sólo me atrapaba más y más. ¿Debería mudarme? ¿Sería aquella la única respuesta, llegados a este punto? Mi empresa se estaba expandiendo, así que quizás pudiera expandirme con ella.

—¿Puede? —me preguntó, riéndose.

—Puede que tenga algún plan con Julia; no me acuerdo.

—Creía que ibas a romper con ella.

—He dicho que estaba pensando en ello.

—Creo que deberías darle otra oportunidad. No hay muchas mujeres como ella.

«Tampoco hay muchas mujeres como tú».

—Ya veré cómo va.

Taylor se acabó su muffin y fue a por el café.

—Bueno, debería irme a casa. Tengo que limpiar y pasarme por la tintorería.

Me entristeció que se fuera, pero también me sentí aliviado. La distancia me resultaba esencial; siempre que estaba con ella me sentía cómodo, no había nadie en el mundo más que nosotros dos. Era como estar sentado frente a un fuego. No quería dejar de estar frente a él.

—Yo también tengo cosas de las que ocuparme. —Me puse en pie y tiré la basura de la mesa—. Diviértete en el cumpleaños.

—Gracias. —Se puso el bolso al hombro y me dedicó una sonrisa de revista. Era la clase de sonrisa que lo iluminaba todo a su paso. Taylor era como un foco de luz que iluminaba la ciudad al completo. Se alejó tras despedirse rápidamente con la mano, balanceando las caderas con aquellos vaqueros tan ajustados. Toda la gente de la calle giró la cabeza para verla pasar.

El mundo enteró la miraba.

—¿QUÉ te trae por aquí? —Alcé la vista para ver a Derek de pie junto a mi mesa.

—He pensado en pasarme de camino a casa.

Eso era poco probable en él, a menos que quisiera algo.

—¿Qué pasa?

—¿Cómo van las cosas con Tayz?

—Terribles. —Me apoyé en la silla de mi despacho y crucé los brazos sobre el pecho.

—¿Qué? —soltó—. Julia me ha dicho que os estaba yendo muy bien.

—Ugh. —Me pasé las manos por la cara—. ¿De verdad ha dicho eso?

—Sí. ¿Me estás diciendo que has estado saliendo con esa gatita y que todavía no has superado a Taylor?

Resultaba vergonzoso admitirlo en voz alta.

—No sé qué me pasa.

—¿Pero qué demonios, tío?

—Voy a romper con Julia.

—¿Qué? —chilló—. ¿Es que estás loco?

—Sí. —Había perdido la cabeza.

«Joder, estoy completamente ido».

—He intentado enamorarme de ella, pero no ha cambiado nada. Sigo teniendo a Taylor en la cabeza todo el maldito tiempo.

—¿Te has acostado con Julia?

No es que fuera asunto suyo, pero asentí.

—¿Y nada? —preguntó, incrédulo.

—Te digo que estoy condenado.

—No, yo diría que eres gay.

Agarré la grapadora, listo para lanzársela.

—Eh, eh. —Levantó ambas manos—. Vamos a calmarnos.

—Ahora mismo estoy de todo menos calmado. —Dejé la grapadora en la mesa con un buen golpe—. Lo que estoy es jodido. Estoy hundido hasta el cuello y nunca voy a poder salir.

—Quizás deberías decirle lo que sientes.

—¿Y de qué va a servir eso? Sólo empeoraría las cosas —le espeté.

—Taylor te rechazará, y tú podrás seguir con tu vida.

No podía soportar oír aquello. Incluso ahora, después de todo, todavía tenía una pequeña esperanza de que pudiéramos ser algo más. Cuando nos tumbábamos juntos en la cama Taylor siempre me rodeaba con los brazos. Cuando estaba afectada por algo, se aferraba a mi mano como si necesitara tocarme para poder seguir adelante. Si le decía lo que sentía me rechazaría, y aquello destrozaría aquel último ápice de esperanza. Y, sin él, no quedaría nada que me mantuviese de una pieza. Prefería aferrarme a él antes que arriesgarme a perderlo todo.

—No quiero que me rechace.

—Pero si lo hace sabrás que es hora de seguir adelante.

—Pero perderé mi amistad con ella.

—¿De verdad sois amigos ahora mismo? —me retó.

Sí que era cierto que mis sentimientos habían cambiado la dinámica de nuestra relación.

—Si se lo digo ahora, sólo conseguiré que me estalle en la cara. Si estuviera soltera todavía podría intentar algo.

Derek puso los ojos en blanco.

—No es como si estuviera prometida con ese tío. Ve a por ella.

—Mañana va a conocer a sus amigos; está claro que le gusta.

—Lo que tú digas, pero todo vale en el amor y en la guerra.

—No va a pasar. —Ya había tomado mi decisión final.

—Entonces quizás deberías mudarte.

No era mala idea, pero no quería dejar Nueva York. Adoraba la ciudad.

—Nací y crecí aquí. No creo que pudiera lidiar con una ciudad que no fuera ésta.

—Boston está bastante cerca.

—No. —Allí no me esperaba nada.

Derek se apoyó contra la mesa y me dirigió una mirada de pena.

—Entonces quizás lo mejor sería que sigas saliendo con Julia.

—No. —No sería justo para ella, no importaba que ya supiera lo que sentía por Taylor.

—Entonces no tienes arreglo —sentenció Derek—. Es oficial, me he quedado sin ideas.

«Yo llevo así ya bastante tiempo».

Se abrieron las puertas del ascensor y Clay salió de la cabina. Era señal de que la conversación había acabado.

—Tengo que irme, Derek. Tengo a un cliente.

—Creía que ya no hacías tutorías —cuestionó.

—Es una circunstancia especial. —Me levanté de la silla y me guardé el teléfono en el bolsillo—. Te veo más tarde.

—De acuerdo, hasta la próxima. —Golpeó la mesa con los nudillos antes de meterse en el ascensor y desaparecer.

Cogí mi material y el almuerzo de Clay y me dirigí a la sala de tutorías. Clay ya estaba sentado en la mesa, vestido con una sudadera holgada y unos vaqueros viejos. Iba peinado de un modo extraño, con el cabello cubriéndole un lado de la cara.

—¿Te has levantado así? —bromeé.

Se peinó al instante con los dedos, pegándose el pelo a la cara.

—Tengo que cortármelo.

Dejé mis cosas y coloqué el sándwich junto a él.

—Te prestaré algo de dinero.

—No hace falta. —Seguía sin aceptar mi dinero.

—Si no te cortas pronto el pelo, tendrás que aprender a llevar coleta.

—No soy una chica —discutió.

—Entonces tendremos que cortártelo. —Le puse el libro delante en cuanto hube acabado de colocarlo todo—. De acuerdo, empecemos con las matemáticas. En las matemáticas la lógica importa más que el conocimiento puro; ni siquiera te hace falta calculadora para averiguar las cosas con bastante facilidad basándote en leyes y fórmulas. Te enseñaré a lo que me refiero.

Clay apoyó la barbilla en la mano, con aspecto aburrido y sólo un ojo visible.

Su pelo me distraía, además de no permitirme ver toda su cara. Tampoco comía, lo cual no era habitual. Normalmente engullía toda su comida nada más cruzar la puerta.

—¿Va todo bien? —pregunté.

—Estoy bien —me contestó—. Es aburrido.

—En un momento dejarás de aburrirte. —Le expliqué la sección de matemáticas antes de girar el libro de ejercicios para que pudiera leerlo—. Vamos a empezar con la primera pregunta. Te ayudaré.

Sujetó el portaminas entre los dedos y miró fijamente la pregunta. Siguió las palabras con los ojos varias veces, intentando comprenderlas. Pasaron varios minutos, pero Clay siguió sin anotar nada. Le había llevado mucho tiempo hacer frente a la sección de lectura del examen, lo cual ya me había anunciado que esta sería todavía más difícil. Se pasó la mano por el pelo de manera ausente, apartándolo ligeramente.

Y entonces lo vi.

Tenía el ojo morado, magullado e hinchado. La piel que lo rodeaba estaba igual de dañada, con los vasos sanguíneos rotos y descolorida; no era la clase de herida que uno se hacía al caerse. No, era el tipo de magulladura que recibías cuando alguien te daba un puñetazo en la cara y lo repetía varias veces.

Nunca hubiese adivinado que pudiera enfurecerme tanto. Hasta aquel momento no supe realmente lo que significaba que te dominase la rabia. Las manos empezaron a temblarme y me quedé sin aliento; no podía respirar. Quería demoler la oficina al completo, era el único modo que se me ocurría de canalizar mi ira. Mi cuerpo y mi mente sólo ansiaban destrucción.

Quería matar a alguien.

—Clay.

Se encogió ante la hostilidad de mi voz. No había gritado, pero mi tono violento fue suficiente para hacer que diera un salto. Me miró a los ojos, y cuando vio la expresión en mi rostro entendió que lo había visto.

—¿Quién ha sido? —No podía dejar de temblar. Me dominaba el ansia de sangre; alguien iba a acabar tirado en el suelo. A dos metros bajo el suelo, para ser exactos.

Se pegó el pelo a la cara todavía más, escondiendo la marca.

—Me he caído de la bicicleta y me he dado un golpe con el manillar justo en el ojo.

—No. Me. Mientas. —Tiré todo lo que había en la mesa al suelo y golpeé la madera con los puños con fuerza. El sonido creó ecos en la sala, resonando durante un largo momento.

Clay se echó hacia atrás al instante, mostrando miedo por primera vez.

—Voy a volver a preguntártelo, y vas a responderme con la verdad.

Miró el suelo.

—Ha sido tu padre, ¿verdad? —Debería haberlo sabido cuando vi el moratón anterior. Clay me había mentado, pero debería haberme dado cuenta. ¿Qué clase de mentor era para no haberme dado cuenta antes?

—No. —Su voz sonó débil.

Levanté la mesa y la estampé contra la pared. Por suerte no había nadie más, o la gente hubiese empezado a pensar que yo también pegaba a los críos.

—¿Por qué sigues mintiéndome?

Clay se quedó en la silla, pero se echó hacia atrás todo lo que pudo.

—Voy a llamar a la policía. —Iba a meter a ese tío entre rejas para el resto de su vida.

—Espera. —Levanto la mano para que no pudiera rodearlo—. No lo hagas.

—¿Por qué demonios no iba a hacerlo? —Se me dilataron las aletas de la nariz por la fuerza con la que respiraba.

—No quiero ir a una casa de acogida. Por favor. —Era la primera vez que me suplicaba algo—. Es incluso peor que el sitio donde estoy ahora.

—No, no es peor —dije con los dientes apretados—. Allí nadie te hará daño.

—Pero estaré atrapado con otros chicos, nunca me adoptaran y no podré marcharme ni hacer lo que yo quiera. Seré un prisionero, y vigilarán todo lo que haga.

—Clay, no sabes nada de las casas de acogida.

—Sí que lo sé —espetó—. He tenido amigos que estaban en el sistema, y dicen que es terrible. Sólo me queda un año y medio, y después podré marcharme. De todas formas nunca estoy en casa, y no es algo que ocurra todo el tiempo. No... no llames a la poli.

—Clay, no debería pasar nunca.

—No es tan malo, de verdad.

El chico propiciaba la situación, y ni siquiera se daba cuenta.

—Golpear a alguien nunca está bien, así que no digas que no es tan malo. Es completamente inaceptable.

—No estoy diciendo que esté bien —susurró—. Pero puedo con ello.

Tuve ganas de volver a explotar.

—No deberías tener que poder con nada así.

—No llames a la poli. Volt, te lo suplico.

¿Cómo iba a poder dormir por la noche si no podía estar seguro de que Clay estaba a salvo? A lo largo de los últimos meses me había encariñado con él más de lo que lo había hecho con ningún estudiante en el pasado. Me preocupaba por él. No, la palabra adecuada era querer. Lo quería.

—Lo siento, pero no puedo dejar que sigas viviendo ahí.

—No. —Se puso en pie de golpe y me hizo frente—. No te metas, ¿vale? Te estoy diciendo que no quiero ir a una casa de acogida; prefiero seguir como estoy ahora. Tengo cuidado cuando mi padre está cerca, pero a veces bebe demasiado y pasan cosas. No es como si fuera algo continuo.

Odiaba oírle justificar las acciones de su padre. Me daba náuseas.

—Si llamas a la poli, lo negaré todo.

—Ese moratón habla por sí mismo.

—Volt, no lo entiendes porque vienes de un mundo distinto, con una madre y un padre que te quieren. No sabes lo que es luchar por seguir a flote. No sabes lo que es sobrevivir. No comprendes cómo funciona el sistema en realidad. Crees que enviarme a los servicios sociales me ayudará, pero no es así; sólo conseguirás dificultarme todavía más la vida. No me queda mucho tiempo, y casi estoy fuera de ese agujero. Por favor, no lo echés a perder.

Mi cuerpo era incapaz de digerir todo el dolor y la ira. En lugar de ceder, ésta sólo burbujeaba más y más, emporando a cada segundo. Sentí como la agonía se intensificaba hasta convertirse en cegadora. Nunca comprendería la clase de dolor por el que había pasado Clay, pero la mera idea me mataba por dentro.

—Volt, por favor. —Me bloqueó el paso hacia la puerta—. Sé que es duro, pero déjalo ir.

—¿Cómo puedo quedarme mirando sin hacer nada? —susurré—. Ese hombre podría matarte.

—No lo hará. A veces se enfada y me da algunos empujones, pero nunca ha ido tan lejos.

—Todavía —dije con amargura.

—Prométeme que no se lo dirás a nadie.

«¿Cómo puedo hacer una promesa como esa?».

—Volt, vamos. Ahora mismo eres la única persona que tengo de mi lado. Eres la única persona en quien puedo confiar. Por favor, ayúdame.

—Dejar que vivas ahí no te ayudará.

—Y sacarme a rastras lo empeorará —argumentó—. Volt, por favor. Te lo ruego.

Me puse las manos sobre las caderas e intenté encontrar una solución. Estaba en un cruce de caminos, sin saber qué hacer. Aquel chico se merecía algo mejor que el trato que estaba recibiendo, pero desconocía qué podía hacer para arreglarlo. Clay se mostraba firme sobre los hogares de acogida, y podía entenderlo, ¿pero cómo iba a dejar que siguiera con un abusador? Sería sólo un año y medio más, ¿pero y si era demasiado tiempo?

—Clay, lo siento, pero tengo que decírselo a alguien.

La esperanza desapareció de su expresión, y la rabia la reemplazó rápidamente.

—Creía que eras mi amigo...

—Y soy tu amigo.

—Los amigos no se hacen algo así. Te estoy diciendo lo que quiero, pero aun así vas a hacer lo que te dé la gana.

—Estoy intentando cuidarte.

—Bueno, pues no lo hagas —espetó—. Si me metes en un hogar de acogida, me escaparé.

—Clay, alguien podría adoptarte.

—¿Estás de broma? —gritó—. Nadie va a adoptar a un chico de dieciséis años que no encaja en ningún sitio. El mundo no es un cuento de hadas, ¿lo pillas? Tendré que dormir en una habitación con otros treinta chicos, con toque de queda y toda esa mierda, y esos chicos serán peores que mi padre. Al menos en el sitio en el que estoy ahora tengo libertad para hacer lo que quiera, pero si me encierran no seré más que un prisionero. No se lo cuentas a nadie. Si hubiera sabido que harías algo así, nunca habría venido. Confiaba en ti, y ahora me siento como un estúpido.

El corazón me dolió como nunca antes.

—Clay, puedes confiar en mí.

—No, no puedo. Te estoy pidiendo que me ayudes, y tú te niegas.

—Estoy ayudándote.

—Entonces déjalo pasar. Aceptaré de buena gana un moratón de vez en cuando si eso evita que acabe en esos sitios. —Seguía frente a la puerta, pero el espíritu de lucha lo había abandonado. Me miró fijamente, con desdén, como si me odiara más que al hombre que lo había golpeado.

Y eso dolía.

No había una respuesta correcta, todo era un gran mar de grises, pero el modo en que Clay me miraba, con el odio grabado en los ojos, era lo más difícil de todo. No importaba si yo no le gustaba, pero sí que quería que confiase en mí. Y si hacia aquello, sospechaba que nuestra relación podría darse por acabada.

Clay apartó la vista, incapaz de seguir mirándome.

Me rendí, sin saber qué otra cosa hacer.

—De acuerdo.

Volvió a mirarme y arqueó una ceja.

—No diré nada. ¿Pero estás seguro de que es esto lo que quieres?

—Sí —respondió sin dudar—. De todos modos nunca estoy en casa. Las peleas son sólo de vez en cuando, y en dieciséis meses estaré fuera de esa casa y me iré a vivir a otro sitio. Llevo arreglándomelas toda mi vida, puedo aguantar un poco más.

¿Cómo iba a poder dormir si no sabía que estaba bien? ¿Cómo iba a perdonarme a mí mismo si le llegaba a pasar algo?

—Estoy aquí si necesitas cualquier cosa. Si las cosas empeoran, quiero que te marches y me llames. Iré a buscarte estés donde estés. Siempre estaré ahí.

—Lo sé, Volt. —Se relajó ahora que había conseguido lo que quería y me dirigió la misma mirada a la que ya me había acostumbrado. El cariño volvió a su expresión; ya no

estaba preocupado—. Te agradezco que te preocupes por mí. De verdad. A la mayoría de la gente no le importo.

—Eso no es cierto.

—Lo es —dijo—. Y no pasa nada, porque al menos tengo a alguien que sí se preocupa.

TENÍA una dirección y una cara.

Sabía exactamente lo que estaba buscando.

Eran las tres de la mañana cuando hice mi jugada. El hombre recorría la calle vestido con una sudadera con capucha azul oscuro, con las manos metidas en los bolsillos. Estaba demasiado delgado, y eso hacía que me recordase a Clay más de lo debido.

Giró la esquina, adentrándose en un callejón oscuro situado entre un restaurante chino y una lavandería. Había un hombre con una chaqueta oscura de cuero sentado en el suelo y ambas manos en los bolsillos. No me miró.

El padre de Clay sacó el dinero en silencio y se lo tendió. A cambio recibió una bolsita de plástico bien cerrada. Se la guardó en el bolsillo con tanta rapidez que no me dio tiempo a ver qué era.

El camello se giró en dirección contraria y salió del callejón, contando el dinero que acababa de recibir.

El padre de Clay no me miró al girarse, clasificándome como otro inadaptado social. Tenía las manos bien hundidas en los bolsillos, y la capucha le cubría la cabeza.

Mirarlo me daba náuseas. Odiaba a aquel hombre, y el hecho de que ni siquiera lo conociese no importaba en lo más mínimo. Sólo podía pensar en matarlo. Quería rodearle el cuello con las manos y asfixiarlo hasta que dejase de respirar. Quería romperle ambos brazos para que nunca pudiera volver a ponerle una mano encima a Clay.

Quería hacer cosas todavía peores.

Fui a por él justo antes de que saliera del callejón.

Lo sujeté por la parte posterior de la sudadera y lo tiré al suelo, obligándolo a tumbarse boca arriba sobre el cemento resbaladizo. Había una farola a unos cincuenta metros, pero el restaurante chino obstruía la mayoría de la luz. Había poca visibilidad, así que no podría verme bien la cara.

—¿Pero qué cojones te pasa, capullo? —Se puso rápidamente en pie—. Búscate tu propia mierda.

Volví a agarrarlo y esta vez lo lancé contra la pared. Se le escapó el aire de los pulmones con el golpe; sus brazos no eran más que ramitas, y la falta de músculos hacía que pareciera patéticamente débil. Intentó apartarme de un empujón, pero bien podría haber sido el empujón de un niño.

Lo golpeé con fuerza en la cara, dándole de lleno en el ojo. Fue todo un placer poder marcarlo del mismo modo en que él había marcado a Clay. Aquel hombre necesitaba sufrir durante toda una eternidad, y no pretendía permitir que olvidase aquella noche. Nunca volvería a pensar que podía tocar a Clay.

Caí sobre él, estampándole los puños en la cara y en el estómago. Le magullé la mayoría de la piel, debilitándolo a base de dolor y pérdida de sangre. Lo apaleé hasta dejarlo casi inconsciente, balanceándose como si no tuviera huesos en el cuerpo.

Lo dejé caer al suelo y me incliné sobre él, con la capucha cubriéndome el rostro. No importaba si sabía qué aspecto tenía, no tendría forma de encontrarme, pero siempre era mejor ser precavido.

Tenía el rostro ensangrentado y los ojos cerrados por la hinchazón. Le goteaba sangre de la comisura de los labios y por la mejilla. Tosió, y una porquería asquerosa emergió de su boca.

—Escúchame bien. —Lo sujeté por la garganta y apreté—. Vuelve a tocar a Clay y la próxima vez acabará de una manera muy diferente.

Gruñó y después soltó una tos dolorida.

—¿Me has entendido?

—Sí... sí.

Apreté con más fuerza.

—Tócale un solo pelo, y acabaré contigo. ¿Lo pillas?

Su respiración se volvió difícil y rasposa.

—¿Quién eres?

Le di un puñetazo todavía más fuerte en la cara.

—¡Joder! —Intentó sujetarse la nariz, pero le pisé la mano.

—Si le haces daño, me enteraré. Si lo amenazas, me enteraré. Hazle algo a ese crío, cuéntale una sola palabra de esto, y te volveré a dar caza y te haré algo mucho peor.

Luchó por respirar, pero le estaba apretando demasiado el cuello. Jadeó en busca de un aire que no estaba ahí.

—¿Nos hemos entendido? —No iba a marcharme hasta estar seguro de que Clay no iba a pagar por aquello, de que mis acciones no lo afectarían.

—Sí —jadeó.

Apreté todavía más fuerte, asfixiándolo.

—¿Estás seguro?

A duras penas podía hablar. Movié la boca, pero no surgió ningún sonido.

—Sí...

Le solté de una vez por todas. Estaba apaleado y ensangrentado, y pasarían semanas antes de que los moratones y los cortes sanasen. Cada vez que se mirase al espejo se acordaría de lo que había pasado esta noche.

«Y ni se le ocurrirá tocar a Clay».

Taylor

IBA A CONOCER a los amigos de Sage en su cena de cumpleaños, y estaba un poco nerviosa. Habría mucha gente nueva a la que no había visto nunca, y probablemente no dejarían de hacerme preguntas.

«Pero Volt interroga a todas mis parejas, así que es justo».

Recorrí la calle con su regalo bajo el brazo, las entradas al partido de béisbol envueltas en papel de regalo azul marino. También le había hecho una carta especial a mano, decorándola para hacer que el regalo fuera más especial.

Estaba a punto de girar la esquina cuando empezó a sonarme el teléfono.

Volt me estaba llamando.

No era el mejor momento para conversar, pero no podía ignorar su llamada; eso hubiese ido contra todo lo que mi cuerpo deseada. Así que respondí antes de llevarme el teléfono a la oreja.

—Eeh, ¿qué tal? —No habíamos hablado en casi una semana, y siempre se me hacía raro cuando teníamos un largo periodo de silencio.

Volt no dijo nada.

—¿Volt? —Me parecía oírlo respirar.

Siguió sin decir nada.

Dejé de caminar a pesar de estar ya justo delante del restaurante.

—Volt, ¿estás ahí?

—Eh. —Por fin se oyó su voz al otro lado de la línea, pero sonaba completamente destrozado.

Supe que pasaba algo serio. No era un pequeño problema, sino algo extremo. Volt estaba hundido por completo, pero el por qué era un misterio.

—¿Qué pasa? ¿Estás bien?

—Necesito que vengas a mi apartamento.

Nunca me había ordenado que hiciera nada; normalmente sólo me lo pedía.

—Estaré allí en diez minutos.

—Gracias. —Colgó al instante, como si seguir al teléfono un segundo más fuera demasiado para él.

Oí cómo se cortaba la línea y bajé lentamente el teléfono. El corazón se me aceleró, y empecé a sentir náuseas; a Volt le pasaba algo, y estaba bastante segura de que se le había roto el corazón.

—Eh. —Sage se acercó desde la entrada del restaurante—. Llegas justo a tiempo; te acabo de pedir una copa de vino.

Me había olvidado del cumpleaños por completo nada más hablar con Volt, y ahora parecía insignificante.

—Eh...

—¿Pasa algo? —Distinguió la expresión sobrecogida de mi cara—. ¿Qué ocurre?

—Lo siento muchísimo, Sage, pero tengo que irme.

—¿Tienes que irte? —preguntó—. Pero si acabas de llegar.

—Lo sé, y lo siento, pero tengo que ir con Volt. Intentaré volver tan pronto como pueda.

Su expresión pasó de la decepción al enfado.

—¿Volt? ¿Por qué tienes que ir con él?

No quería responderle.

—No lo sé, pero ocurre algo.

—Bueno... Todos mis amigos están sentados dentro, esperando conocerte, y eso sin mencionar que es mi cumpleaños. ¿Y tú vas a irte así sin más? ¿Quién se ha muerto?

—Todavía no lo sé, no me lo ha dicho.

—¿Y no puede esperar?

Volt no me habría llamado a menos que fuera importante.

—Te lo compensaré, te lo prometo.

—Bueno, no volverá a ser mi cumpleaños hasta dentro de un año, así que vas a tener que esperar mucho tiempo.

—Me siento fatal por esto, de verdad. —Estaba dejando una primera impresión horrible a sus amigos, sin mencionar que lo estaba cabreando a él—. Lo siento muchísimo.

—Entonces no lo hagas, tan simple como eso. —Me retó con una mirada, advirtiéndome de que, si me iba, habría consecuencias serias. Toda nuestra relación estaría en peligro, pendiendo en el filo de la navaja.

—Me necesita. Es mi mejor amigo.

—¿No debería ser yo tu mejor amigo? —insistió—. ¿Y no deberías estar ahí para mí?

—Sage, sé que estás enfadado, pero sea lo que sea lo que ha pasado, tiene que ser serio. Si no, no me habría llamado. Sabe que hoy era tu cumpleaños, hasta me ayudó a escoger el regalo.

—¿Y no crees que es una coincidencia de lo más extraña?

—¿El qué?

—Que te haya llamado a sabiendas de que ibas a pasar el día conmigo.

Por un momento no comprendí a qué se refería.

—¿De verdad sigues creyendo que le intereso? ¿Cuántas veces voy a tener que decírtelo? Volt no me ve de esa manera; ya viste a su novia.

—Pero sigue llamándote por cualquier cosa. ¿Por qué no la llama a ella?

—No... No lo sé. —Si algo iba mal de verdad, lo que quería era que me llamase a mí, y no a otra persona. Y el percatarme de eso me aflojó un poco las rodillas.

—Da igual. —Levantó los brazos en el aire—. Ve con él. Que te diviertas.

—Sage, podría haber muerto alguien.

«¿Cómo puede ser tan egoísta?».

—Si hubiese muerto alguien, te lo habría dicho.

—Eso no lo sabes. —Yo era la única que lo conocía lo bastante como para afirmar algo así.

—Siempre he pensado que sentía algo por ti, ¿pero sabes qué? Empiezo a pensar que tú sientes algo por él. —Me fulminó con la mirada, carente de todo humor, la clase de mirada que mostraba el alcance de su enfado. La gente pasaba a nuestro lado en la acera, pero él los ignoró por completo, igual que yo.

—Eso no es verdad.

—¿No lo es? —Inclinó la cabeza con gesto maníaco—. Porque desde luego lo parece.

—Volt ha sido un buen amigo desde que me mudé a la ciudad; no conocía a nadie y él me ayudó. Me ha ayudado con el trabajo, y siempre ha cuidado de mí. Puede que no entiendas una amistad así, pero yo sí. Deja de analizarlo todo una y otra vez; ves cosas que no están ahí.

—¿Ah, de verdad? —preguntó—. Te diré lo que veo, Taylor. Es mi cumpleaños, y estás eligiendo irte con él, simple y llanamente.

Estaba malgastando mi tiempo con aquella discusión. Volt me necesitaba, y ya habían pasado cinco minutos. No tenía ni idea de qué le había pasado, y el no saberlo me carcomía por dentro.

—No estoy eligiendo irme con él; le ha pasado algo, y me necesita ahí. Lamento que haya sido en la noche de tu cumpleaños, pero los amigos están ahí siempre que los necesitas sin importar qué haya pasado. Deberías comprenderlo, pero sólo estás pensando en ti mismo.

—¿Que debería comprenderlo? —preguntó incrédulo—. Ni siquiera te ha dicho qué ocurre, y te vas corriendo a su lado.

—Me lo dirá cuando llegué.

—Y eso sigue siendo raro. Si su madre hubiese muerto, entonces vale, pero por lo que sabemos bien podría pedirte que le ayudes a elegir qué ponerse cuando llegues. Y te habrás ido sin tener ni una razón.

—Primero de todo, nunca me llamaría por algo así. —Levanté la mano para que no dijera nada más, cada vez más furiosa con sus comentarios—. Y segundo, ser una buena amiga no se basa en hacer preguntas. Se basa en estar ahí cuando te necesitan. Perdona por haberte arruinado el cumpleaños, y lo más probable es que ya nunca le caiga bien a tus amigos, pero Volt es mi familia.

—¿Tu familia? —espetó.

No era la frase más inteligente a usar en un momento así, pero el daño ya estaba hecho.

—Sí. Es familia.

—Muy bien. Has dejado claro que es más importante que yo. —Dio un paso atrás todavía con los brazos en el aire—. Que te diviertas.

—Sage, nunca he dicho eso.

—No hace falta que lo digas. —Me dio la espalda, alejándose—. Lo has dejado muy claro.

ENTRÉ como un remolino en su apartamento y lo encontré sentado en el sofá. Tenía un vaso de whisky junto a una botella casi vacía. Volt estaba apoyado en los cojines, con la cabeza echada hacia atrás, mirando fijamente el techo.

Estaba muy mal.

Dejé el regalo de Sage sobre la encimera de la cocina y me acerqué. Olía a whisky, y el olor de su colonia y su aroma natural habían desaparecido debajo. Me ardió la nariz al olerlo.

—Volt, ¿qué ocurre? —Me senté a su lado y entrelacé el brazo con el suyo.

Siguió mirando el techo durante otro minuto antes de enderezarse y mirarme. La depresión en sus ojos me contó una historia más dolorosa que nada que me hubiese encontrado hasta ahora. Me habló de lo roto que tenía el corazón sin necesidad de que pronunciara ni una palabra.

Le vi las manos al bajar la vista; estaban hinchadas y amoratadas, cubiertas de sangre seca y le faltaban trozos de piel. Resultaba difícil distinguir los nudillos de lo destrozados que estaban.

—Volt... —Le cogí una de las manos y la examiné, evaluando los daños.

—Clay. —Fue todo lo que dijo. Se miró fijamente las manos, sin reaccionar. Se había insensibilizado a cualquier dolor que pudiera sentir, o puede que sencillamente se hubiera acostumbrado a él—. Clay vino a la oficina ayer con un ojo morado. Fue su padre.

Le apreté la muñeca, incapaz de tocarle la mano; estaba demasiado rota como para acariciarla siquiera. No tenía que oír toda la historia para saber lo que había pasado; Volt había perdido los papeles y había atacado al padre de Clay. Y yo no lo juzgaba en absoluto.

—Lo siento muchísimo.

—Lo rastreeé y lo encontré comprando hierba, y le hice pagar por lo que había hecho. Lo apaleé hasta dejarlo medio muerto, y no me sentí mal en ningún momento. Sigo sin sentirme mal.

Le pasé la mano por el brazo, calmándolo del único modo en que sabía.

—¿Llamaste a la policía?

—No. —Tenía la voz rota—. Clay me pidió que no lo hiciera.

—¿Por qué no?

—No quiere ir a una casa de acogida. Me suplicó que no dijera nada, así que le di lo que quería, pero tenía que asegurarme de que su padre no volvía a ponerle la mano encima. Estoy bastante seguro de que le di el susto de su vida a ese hijo de puta.

Mi mano se detuvo.

—Volt, tienes que ir a la policía. No puedes dejar que Clay siga viviendo ahí.

—Yo tampoco quiero que lo haga —susurró—. Pero se enfrentó a mí con todas sus fuerzas. Dijo que nunca me perdonaría si lo hacía.

—Eso no debería importar, Volt. Tienes que hacer lo mejor para él.

Apartó la mirada, apretando los labios con fuerza.

—Soy todo lo que tiene ese chico. Soy la única persona en la que confía, y si me da la espalda... ¿Quién le quedará?

Volt tenía una gran relación con él, y comprendía por qué quería mantener esa amistad, pero tenía que hacer lo correcto, sin importar cuánto costase.

—Se enfadará durante un tiempo, pero algún día te dará las gracias.

—No, no lo hará —susurró—. Me he ocupado de la situación lo mejor que he podido. Su padre no será tan estúpido como para hacerle nada a Clay. La próxima vez, lo mataré de verdad.

—A menos que él mate a Clay primero.

La piel se le enfrió al instante hasta convertirse en hielo.

—Pensar en eso me asusta.

—Tienes que ir a la policía, Volt.

—Clay dijo que lo negaría todo, y que se escaparía. Ese chico no quiere ir a una casa de acogida, Taylor, y no puedo obligarlo.

Estaba defendiendo una argumentación que Volt no quería escuchar. Estaba afectado por lo que había pasado, y yo no ayudaba a la situación. Necesitaba que lo reconfortaran y apoyaran, no que se pelearan con él.

—Me siento como un monstruo.

Le miré a la cara y vi cómo se le opacaban los ojos. Nunca lo había visto tan destrozado, nunca lo había visto caer con tanta fuerza.

—Eso no es cierto.

—Le di una paliza a ese mierda con el que salías, y he estado a punto de matar al padre de Clay. Estoy tan furioso... Me enfado cuando le ocurren cosas malas a gente buena. Clay se merece más que la mierda que está recibiendo, tú te mereces un hombre que esté dispuesto a morir por ti. El mundo está tan patas arriba que no consigo entenderlo.

Le pasé la mano por el brazo, oliendo el licor en el aire.

—Clay estará bien, Volt.

—Sólo quiere tener una vida mejor, pero toda esta porquería no deja de ponerle palos en las ruedas. —Sacudió la cabeza—. ¿Cómo va a ser eso justo? Yo crecí en un hogar perfecto con unos padres perfectos, y él tiene que luchar para sobrevivir día tras día. No lo entiendo. —Se pasó los dedos por el pelo y se encogió cuando el dolor le recorrió el brazo. Bajó la mano, apoyándola en el sofá.

—Lo superará, Volt.

Su expresión se volvió distante, y supe que su mente estaba muy lejos de allí.

Volví a quedarme mirando sus manos; si no me ocupaba de sus heridas, Volt tampoco lo haría. Fui a por algunas cosas al baño y se las limpié. Al acabar la piel seguía agrietada y sangraba ligeramente. Le apliqué crema antibiótica para evitar una infección en todos los cortes y los sequé dándoles toquecitos con una gasa antes de vendarle los nudillos. No había hecho nunca nada así, pero me resultó natural hacerlo.

Volt se quedó allí sentado, callado e inmóvil como una estatua.

Fijé la venda y lo dejé todo sobre la mesa antes de tenderle dos analgésicos.

Se quedó mirándolos y al final los apartó a un lado. Puede que fuera porque había bebido demasiado, o quizás quería sentir el dolor. Nunca lo sabría.

Me acerqué más a él y le pasé los dedos por el pelo, reconfortándolo con mis caricias. El olor a alcohol era abrumador; respiré por la boca en un intento de evitarlo, pero incluso así hacía que me ardiera la garganta.

Volt giró la cara hacia mí y miró como lo acariciaba. La mirada distante seguía ahí en sus ojos; era un estupor etílico que no había visto nunca. Reaccionaba con lentitud, como

si estuviera debajo del agua. Estaba respirando más profundamente de lo normal, y a veces se le cerraban los ojos como si estuviera a punto de caer dormido.

Seguí peinándolo con los dedos, sintiendo como la suavidad de los mechones se deslizaba sobre mi piel. El pelo se le rizaba ligeramente cuando lo dejaba crecer lo suficiente. Nunca había explorado su cuerpo de aquella manera; nos habíamos abrazado, incluso besado, pero nunca lo había reconfortado de aquel modo.

Volt me puso la mano sobre el muslo y me lo apretó suavemente a pesar del dolor que debía de provocarle en los nudillos. Tenías las manos tan grandes que al hacerlo me cubrió todo el muslo; podría haberme roto la pierna con un simple movimiento de haber querido.

Me miró a los ojos, en silencio y sin parpadear, buscando algo que sólo él podía encontrar. Sólo nos separaban unos centímetros, y cada bocanada de aire que tomabaapestaba al whisky que había bebido. Volt no estaba siendo él mismo; noté el cambio en el aire, el cosquilleo que acompañaba a un momento especial.

Su mirada se desvió hacia mis labios.

Sentí cómo me ardían bajo su escrutinio. Notaba su ansia y su deseo; quemaba como un hierro al rojo vivo, pero era un calor agradable, de ése que te hacía sentir bien en mitad del invierno.

El alcohol lo movía, y Volt estaba perdiendo rápidamente toda inhibición. Supe lo que iba a pasar antes de que diera el paso. Lo notaba en el aire. Su intensidad me envió un escalofrío por la espalda.

Se acercó todavía más, acercando poco a poco su rostro al mío. Seguía con la mirada fija en mis labios, estudiándolos como si fueran una obra de arte.

Mi pulso no dejaba de acelerarse.

Apartó la mano de mi muslo y la subió por mi cuerpo hasta llegar al cuello. Me quedé sin aliento en cuanto me tocó su piel cálida y encallecida. Hundió los dedos en el nacimiento de mi pelo, tocándome de un modo en el que nunca lo había hecho.

No podía respirar.

Me quedé inmóvil aun a pesar de saber perfectamente qué iba a pasar. Volt no era él mismo gracias al alcohol y no pensaba con claridad; sus decisiones no provenían precisamente del cerebro.

Pero no me aparté.

Me puso la mano en la mejilla, tanteando su suavidad con las yemas de los dedos. Me estudió la cara mientras me tocaba, memorizando mis rasgos. Ya no tenía los ojos entrecerrados; me miraba sin parpadear, sin querer perderse ni un solo momento.

Desvió el pulgar hacia mi boca hasta que me rozó la comisura de los labios. Me acarició el labio inferior, sintiendo cada marca de la piel, y después se inclinó hacia mí, acercándose más que nunca.

Su intensidad hubiese sido suficiente para quemarme; la sentía en todas las esquinas de la habitación. Pude sentir el placer antes incluso de que hubiese contacto. Sentí la electricidad sin necesidad de que hubiese ningún enchufe.

Pegó su rostro al mío, dejando sus labios a unos meros centímetros de los míos. Me bañó en su respiración, y oí su excitación en cada bocanada de aire que tomaba. Volvió a acariciarme el labio inferior con el pulgar antes de regresar a la mejilla.

Y entonces me besó.

Apretó sus labios suaves contra los míos, ladeando ligeramente la cabeza a la derecha. No fue ni incómodo ni raro; en su lugar el calor me subió por la columna, directo al cerebro. Todo mi cuerpo estalló en llamas, no podía pensar con claridad. Lo único que sentía era un placer cegador, la clase de placer que irradia de cada célula del cuerpo.

Y sólo había pasado un segundo.

Volt movió los labios sobre los míos, rozándolo los unos contra los otros. Bailaban al son de una canción muda, encontrando un ritmo innato.

Le hundí la mano en el pelo, aferrando los mechones entre los dedos mientras seguía besándome. No era la clase de beso que hubiese esperado que le diera a nadie; era lento y agonizante, tan provocador como satisfactorio.

Volt me rodeó la cintura con el brazo y me acercó a él hasta que tuvimos el pecho pegado al del otro, y nuestras bocas siguieron moviéndose juntas en todo momento. Su desesperación resultaba evidente en cada caricia; no era simplemente que deseara aquel beso, era toda una necesidad.

Y creo que yo también lo necesitaba.

Se apartó lo justo para entregarme su lengua, y aquello fue incluso mejor que sus labios. Respiro dentro de mí al mismo tiempo, dándome la vida con cada instante que pasaba entre sus brazos.

Se me relajó todo el cuerpo; lo único que sentía era un temblor que me recorría las venas. Se sentía tan bien, exactamente igual que la última vez que nos habíamos besado. En aquel momento había estado terriblemente deprimida, tanto que había llegado a preguntarme si de verdad el beso había estado tan bien o me lo había imaginado.

No me lo había imaginado.

Volt me colocó sobre su regazo de manera que quedé sentada a horcajadas sobre sus caderas, y pude sentir su erección a través de la tela de los vaqueros. Profundizó el beso y me pegó más a él, deseando tanto como pudiera conseguir.

Fue entonces cuando comprendí que tenía que parar.

Estaba bebido y fuera de sus cabales, y lo más seguro es que su tasa de alcohol en sangre superase diez veces el máximo legal permitido para conducir. No podía pensar con claridad; sólo estaba haciendo lo necesario para sentirse mejor.

No podía continuar que aquello siguiera adelante.

Encontré las fuerzas suficientes para apartarme y dar fin al beso más ardiente que había recibido nunca. Lo miré a los ojos y vi la misma expresión de deseo; Volt tampoco quería parar. Para él, las cosas acababan de empezar.

Me aparté de su regazo, recuperando una distancia más que necesaria entre nosotros.
—Vamos a meterte en la cama.

Se quedó sentado, mirándome todavía fijamente. Tenía los labios ligeramente entreabiertos, como si el lugar destinado a mi boca fuera estar siempre contra la suya.

El sonrojo me hizo arder las mejillas, así que me entretuve limpiando la mesa de la botella y el vaso. Sage y yo acabábamos de romper, así que no tenía por qué sentirme culpable por haber besado a Volt, pero seguía siendo una bajeza. Volt probablemente ni siquiera lo recordaría a la mañana siguiente. Me había aprovechado de él cuando no debería haberlo hecho.

«Y él nunca me hubiese hecho algo así».

ME ENCONTRÉ atrapada entre los brazos de Volt cuando nos despertamos a la mañana siguiente. Eran las doce y media, mucho más tarde de lo que debería. Volt tenía el pecho pegado a mi espalda; noté cómo se expandía con cada respiración.

Se agitó y soltó un gruñido suave.

—Maldición, me duele la cabeza.

Cogí los dos analgésicos y el vaso de agua que había dejado en la mesita de noche.

—Ten.

Se frotó el sueño de los ojos antes de tragarse las pastillas y tomar un sorbo de agua. Tenía el pelo hecho un desastre como resultado de todas las veces que le había pasado los dedos por él, y seguía con las manos vendadas. Miró a su alrededor antes de posar los ojos en mí.

A juzgar por la expresión de su rostro, no recordaba nada de la noche anterior. Probablemente ni siquiera estaba seguro de cómo había llegado yo allí ni por qué estaba con él en la cama. Le hicieron falta varios minutos para volver al presente.

—No estoy seguro de que ha pasado. Recuerdo haber bebido y que estabas de camino, pero no mucho más.

Así que no se acordaba.

Menos mal.

—Me contaste lo que pasó con Clay, y pasamos un rato en el sofá.

Asintió poco a poco.

—Es una pesadilla salida del mismísimo infierno.

—Te vendé las manos; tenían bastante mal aspecto.

—Gracias... —Se examinó ambas—. Espero que no sea tan malo como se siente.

—Lo dudo.

Se pasó los dedos por el pelo antes de volver a tumbarse tal cual, sin camiseta.

—Éste es uno de esos días en los que no quiero salir de la cama.

—No tienes por qué hacerlo. Te prepararé algo de desayuno.

—No tienes que prepararme nada.

—No me importa; tú cocinas para mí todo el tiempo.

—Pero eso es distinto —dijo—. Eres mi dama. —Buscó las palabras adecuadas durante un momento—. Quiero decir, eres *una dama*.

—No me importa preparar algo rápido. —Salí de la cama de un salto, vestida con pantalones cortos y una camiseta, todo de Volt. La ropa me iba grande y holgada, pero al

menos era cómoda. Entré en la cocina y encontré mezcla para hacer tortitas y unos huevos.

Volt apareció diez minutos más tarde, con el pecho perfecto marcado por los músculos y mostrando su fuerza. Los abdominales del estómago estaban completamente delineados, al igual que los músculos de los brazos. Sabía que tenía buen cuerpo, pero cuando lo lucía de aquel modo hacía que llegase a sentirme incómoda.

Porque estaba muy bueno.

Pensé de nuevo en el beso; el modo en que su boca se había sentido contra la mía había sido casi surreal. Me había quemado de tantas maneras, y todas ellas buenas, prendiéndome fuego y haciendo que soltara chispas como si fuera una gota de aceite en la sartén. Había hecho que se me subiera la sangre a la cabeza y a varios sitios más. Pero, por suerte, Volt no lo recordaba; si no ni siquiera podría mirarlo a los ojos.

Los pantalones de deporte que llevaba le colgaban de la cintura, mostrando la forma de uve que dibujaban sus caderas antes de perderse bajo la tela. Se sirvió una taza de café recién hecho y se lo tomó solo.

—No tienes por qué prepararme nada, de verdad.

—Ya casi he acabado, así que no importa.

Dio otro sorbo al café, apoyándose contra la encimera, y vio el paquete que había dejado el día anterior sobre ésta. Era el regalo de Sage, el regalo que ya nunca le daría. Habría sido extraño ir al partido con otra persona; las vendería en alguna página de segunda mano.

—¿Qué es?

—Nada —dije mientras servía las tortitas en un plato—. El regalo de Sage.

—¿Y por qué está aquí?

—Lo llevaba conmigo cuando me llamaste.

Lo examinó un poco más antes de dejarlo de nuevo en la encimera. La comprensión se le reflejó en los ojos al comprender lo que significaba.

—Maldición, lo siento. Su cumpleaños era anoche, ¿no?

—Sí... Pero no importa. —No iba a permitir que se sintiera mal por necesitarme, ni que se sintiera como un mierda por ser la razón por la que Sage me había dejado.

—Lo olvidé por completo. Taylor, lo siento. —Dejó la taza y me dirigió una mirada entristecida. No hacía falta que me dijera lo mucho que lo sentía; se lo veía en la cara.

—De verdad, no pasa nada. No te preocupes por eso.

—Seguro que se cabreó.

—No se cabreó; lo aplazamos para otro día.

Se relajó al oír que no había echado nada a perder.

—Bueno, sigo sintiéndolo. Estaba borracho y no pensaba con claridad.

«Eso lo sé de sobras».

—Lo sé. —Dejó el plato en la mesa junto al sirope de arce—. Ahora come algo. Te sentirás mejor.

Se sentó y se sirvió una montaña de comida.

—Gracias. Eres una buena esposa.

La idea de estar casada con él, de tener sexo con él todos los días y de dormir junto a él cada noche me provocó toda una oleada de escalofríos. Me recorrieron todo el cuerpo, haciéndome sentir viva; estuve a punto de dejar caer el café por la sorpresa. Y el hecho de mi imaginación lo hiciera parecer tan apetecible fue lo que más me asustó.

—Esposa Briosa... —Casi no rimaba, y a duras penas tenía sentido, pero fue lo único que se me pasó por la cabeza.

Volt no me tomó el pelo por ello.

—¿Hice alguna estupidez anoche?

Nada, aparte de besarme hasta que me temblaron los labios.

—No, estuviste bastante tranquilo.

—Bien. Me alegra no haber hecho que salieras huyendo.

«Todo lo contrario».

—Estabas bien, sólo algo triste.

—Eso tiene sentido; nunca me he sentido tan mal. —Siguió comiendo, pero mantuvo los ojos fijos en el plato.

—Clay estará bien.

—Lo sé —respondió—. Pero no debería tener que pasar por todo eso. Cualquier hombre que golpee a su hijo es un cabrón enfermo y un hijo de puta.

No reaccioné ante sus maldiciones; en aquella situación eran de lo más apropiadas.

—Estoy seguro de que su padre no volverá a tocarlo. Sería una estupidez.

—Sí, probablemente no lo haga. ¿Pero durante cuánto tiempo seguirán así las cosas?

—No creía que Clay debiera quedarse en aquella casa, sin importar lo que él quisiera. Su custodia debería pasar a los servicios sociales, y después a un hogar de acogida. Ningún chico debería temer a su propio hogar.

—Al menos durante un año y medio.

—Pero el padre sale impune de su crimen. —No debería discutir aquel tema en aquel momento, pero toda la situación me carcomía por dentro.

—Es lo que quiere Clay. Intenté hablarlo con él, pero se negó.

—Es un niño; qué va a saber él.

—Sabe más de lo que crees —respondió a la defensiva—. Los chicos como él siguen adelante porque tienen que sobrevivir día tras días. Puede que no tenga la misma habilidad que otros con las matemáticas o la lengua, pero es un chico inteligente. Sabe cómo funciona el mundo real. Sabe cómo resolver problemas complejos. Dale algo más de crédito.

—No pretendía insultarle —dije manteniendo la calma—. Pero creo que, como adultos, deberíamos cuidar de él.

—Y lo he hecho. —Su tono era sombrío—. He estado a punto de matar a ese hombre. He hecho que se cagase en los pantalones de miedo. Un cobarde como ése haría cualquier cosa con tal de evitar que le rompan la cara.

Estaba volviendo a agitarse, así que cambié de tema.

—¿Cómo está la comida?

—Deliciosa. Gracias. —Me dio una palmadita juguetona por debajo de la mesa.

En cuanto me tocó sentí como la excitación volvía a adueñarse de mí.

¿Qué demonios me pasaba?

—¿Has quedado con Sage hoy?

Lo más probable es que no volviera a verlo nunca.

—No, estoy libre.

—¿Te apetece ir al cine?

—¿No tienes planes con Julia? —Me había dicho que iba a dejar de salir con ella, y tenía curiosidad por saber si ya había ocurrido.

—No. —Tomó un trago de café.

—¿Seguís juntos?

—Técnicamente. No he tenido oportunidad de romper con ella todavía.

Me pregunté si tendrían una relación monógama, porque de ser así, Volt le había sido infiel anoche. Conmigo. Y eso hacía que me sintiera como una zorra.

—¿Por qué?

Me encogí de hombros.

—Curiosidad.

DESPUÉS DE LA película y de la cena, volvimos a su apartamento. Quería volver a pasar la noche allí, no tenía ganas de caminar hasta casa.

Y quería estar con Volt.

Debería haber ido corriendo tras Sage e intentar arreglar lo que había hecho, pero no sentía la más mínima motivación. Al decirle que Volt me necesitaba, Sage no había dejado de hablar de sí mismo y de su cumpleaños. Podía admitir que había sido una mala jugada de mi parte, pero debería haber sido más comprensivo y menos infantil, Y no quería dejar a Volt a solas. Sabía que seguía deprimido. Debía de estar perdiendo el control, era lo único que explicaba que se hubiera permitido beber tanto la noche anterior.

Volt debió de asumir que iba a pasar la noche en su casa, porque me tendió algo de ropa antes de sentarse en el sofá.

—¿Qué quieres que veamos?

—No me importa. —Me senté a su lado y me cubrí las rodillas con una manta.

—Hay baloncesto. ¿Va bien?

—Claro. —Mantuve algo de espacio entre nosotros a propósito, pero al mismo tiempo deseaba estar pegada a él. No podía dejar de pensar en ese beso. Una parte de mí quería volver a emborracharlo sólo para que pudiéramos hacerlo sin que se acordase de nada.

Me percaté de lo perturbada que me hacía parecer aquello.

—¿Qué vas a hacer por Acción de Gracias?

—Voy a ir a casa para ver a la familia. —Pasaría con ellos algunos días. Sería agradable ver a mis padres; no lo hacía tanto como me hubiese gustado. Y las charlas con ellos eran todavía más esporádicas.

—¿En Washington?

—Sí.

—Genial.

—¿Tú cenarás con tus padres? —Ya había mencionado antes en alguna ocasión.

—Iba a hacerlo hasta que cambiaron de planes.

—¿Qué van a hacer?

—Mi madre lleva bastante tiempo queriendo ir de viaje, y ha convencido a mi padre para que la lleve de crucero por el Mediterráneo. Así que no tengo planes.

—¿Ah, en serio? —pregunté, sorprendida—. ¿Quedarás con tu hermano?

—No, no tenemos una relación demasiado cercana.

Me pregunté si había alguna historia detrás de aquello, pero sabía que sería mejor no preguntar. Si Volt quería que lo supiera, ya me lo habría contado.

—¿Quieres venir conmigo a Washington? —Lo dije sin pensar. Simplemente no quería que pasara Acción de Gracias a solas. Ya tenía muchas preocupaciones, y quedarse a solas sólo serviría para empeorarlo.

—¿En serio? ¿Y conocer a tus padres?

—Son muy agradables, creo que te gustarán.

—Estoy seguro de que sí, pero... ¿No crees que eso les dará la impresión equivocada?

Nunca antes había llevado a un hombre a casa; nunca había tenido nada lo bastante serio como para presentarles a nadie.

—Les diré que sólo somos amigos; no le darán muchas vueltas.

—En ese caso me encantaría. —Me dirigí aquella sonrisa que se le reflejaba en los ojos y no sólo en los labios. Parecía realmente entusiasmado ante la perspectiva de visitar a mi familia, y no como si estuviera aceptando por pura obligación.

—Genial. Washington te gustará, es precioso.

—Eso ya lo he oído antes. Seguramente sea muy diferente a Nueva York.

—Por completo.

Se recostó en el sofá y me robó un trozo de la manta.

—No acapares.

—No acaparo, ¿es que te parezco un animal? ¿Acaso me has oído gruñir como un cerdito?

—No —respondió con una amplia sonrisa—. Pero me gustaría.

—Sí, claro. Como si fuera a hacer yo eso.

Me atacó los costados, haciéndome cosquillas.

—No pararé hasta que lo hagas.

Me reí y retorcí bajo su ataque, intentando apártame. Su enorme tamaño me mantenía inmovilizada, incapaz de huir.

—¡Oh, Dios, para!

—Hazlo. —Me hundió los dedos en las axilas sin la más mínima piedad.

Aquellas cosquillas iban a matarme.

—¡Vale! ¡Oink oink!

Apartó las manos, riendo entre dientes.

—Eres un cerdito de lo más mono, Tayz.

—Gracias por el cumplido... —Me enderecé y me peiné el cabello. Lo tenía hecho un asco y lleno de nudos.

—De nada. —Me dio un golpecito en el costado antes de volver a concentrar su atención en la televisión.

Me cubrí mejor las piernas con la manta al empezar a sentir frío. El apartamento de Volt siempre estaba congelado, y así le gustaba que fuera, pero no a mí.

Me miró de reojo cuando subí todavía más la manta, cubriéndolo a él también; volvía a tener aquella expresión amenazante.

—¿Quieres que te haga yo cosquillas? —lo amenacé—. Porque ése es un juego en el que pueden participar dos.

Apartó la manta y se preparó.

—Acepto el reto.

ESPERABA VER a Volt al otro lado de la puerta cuando abrí, probablemente de paso de camino a casa, algo que había acostumbrado a hacer unos meses atrás. Últimamente habíamos vuelto a pasar más tiempo juntos, y habíamos vuelto a nuestras viejas costumbres.

Pero se trataba de Sage.

Estaba ahí de pie, con las manos en los bolsillos y los ojos azules brillantes y algo peligrosos. No parecía alegrarse de verme, pero tampoco molesto.

No dije nada, confusa ante su presencia. ¿Había venido para gritarme un poco más? ¿Es que se había dejado algo en mi apartamento? Romper una relación ya dolía bastante, y era todavía peor si después tenías que seguir viendo a la otra persona.

—Hola...

—Hola. —Cruce los brazos sobre el pecho—. ¿Te dejaste algo? —Porque si se trataba de eso, podría haberme enviado un mensaje y se lo habría mandado por correo.

—No. Esperaba que pudiéramos hablar.

¿Sobre qué?

—Eh, claro. —Abrí más la puerta y Sage me siguió dentro—. Perdón por lo que pasó con Volt. Entiendo por qué estabas tan enfadado; espero que disfrutases de tu cumpleaños. —No había razón para que no pudiéramos acabar lo nuestro en buenos términos.

—En realidad he venido a disculparme. Tenías razón; sólo pensé en mí mismo cuando no debería haberlo hecho. Tu amigo necesitaba tu ayuda, y tenías que ir. Me dejé dominar por los celos.

¿Se estaba disculpando? Me sentí como una zorra todavía mayor por haber besado a Volt.

—Oh...

—¿Qué era lo que pasaba, si no te importa que pregunte?

—Bueno... Volt está dando tutorías a un chico. Tiene una mala situación en casa y esas cosas, y apareció en una de sus sesiones magullado después de que su padre lo golpease. Volt estaba intentando ver cómo podía ayudarlo.

—Oh, maldición. —Su expresión se tornó en una de culpa—. Si lo hubiera sabido...

—No pasa nada. No podías saberlo.

—Me siento como un capullo integral.

«No tanto como yo».

—¿Te lo pasaste bien en tu cumpleaños?

—Sí, pero no fue lo mismo sin ti.

Se me ablandó el corazón, y también la expresión que se debía reflejar en mis ojos.

—No quiero que sigamos enfadados. Te echo de menos, y me siento culpable por lo que te dije. ¿Podemos cenar juntos? ¿O ver una peli, o algo?

Me sentí todavía más confundida.

—Creía que habíamos roto...

—No —se apresuró a corregirme—. Lo siento por hacerte pensar eso. Dejé que me dominará mi temperamento. Supongo que siempre sentiré celos de Volt; sigo viendo que te mira de manera especial, incluso a pesar de tener novia. Julia no recibe esa clase de miradas por su parte.

Volt no me veía de aquel modo, pero no importaba lo que dijese, no conseguiría que Volt cambiase de opinión.

—No quiero romper —susurró.

No podía salir a cenar con él sin decirle lo que había pasado. No importaba si Volt no lo recordaba; no decirselo habría sido engañarlo. ¿Y podría cargar como un secreto como aquel para siempre?

—Sage, hay algo que tengo que decirte...

—¿Qué pasa? —Intentó disimular la preocupación en su mirada, pero fue inútil—. No estás rompiendo conmigo, ¿verdad? —Su voz seguía siendo tranquila, pero su lenguaje corporal era completamente distinto—. Porque creo que simplemente hemos dado un paso en falso.

—No, no es eso, pero... Creía que habíamos roto.

No entendía a lo me refería. Me miró fijamente, con la misma confusión de antes.

—La otra noche Volt estaba muy borracho, y me besó. Le devolví el beso durante un rato, quizás durante un minuto, y después se acabó. Había bebido tanto que no se acuerda de nada, pero yo sí. Creía que habíamos roto, así que lo dejé pasar. Lo siento... —Me sentía como la persona más horrible sobre la faz de la tierra. Drew me había sido infiel y había quedado devastada. Que jugaran conmigo como si fuera una tonta había sido insoportable; el haberle hecho algo parecido a otra persona hacía que me odiara un poco a mí misma.

Sage se pasó la mano por la barbilla, mirando hacia la cocina. Tenía algo de barba al no haberse afeitado aquella mañana. Su mirada no era tan vulnerable como lo había sido hacía un momento. Estaba intentando ocultar lo que sentía.

—No puedo hacer ver que no me molesta.

—Tienes todo el derecho a enfadarte. —No iba a buscar excusas para lo que había hecho. Había asumido que habíamos roto cuando debería haber esperado a que hablásemos. Aquel día me había ido estando en una situación tan mala con él que creía que las cosas nunca funcionarían entre nosotros.

—¿Lo habrías besado si no hubieses creído que ya no estábamos juntos? —Volvió a mirarme, observando cada uno de mis movimientos.

—Claro que no. —Nunca había sido infiel, ni siquiera antes de Drew. Nunca podría serlo.

—Lo siento, pero tengo que preguntar... ¿Sientes algo por él? Porque me dijiste que no, pero luego vas y lo besas. ¿Qué se supone que debo pensar?

Antes se había equivocado al dejarse llevar por los celos, pero ahora tenía todo el derecho a preguntarlo.

—No... No creo.

—¿No crees? —Seguía con la mano en la barbilla. Arqueó las cejas—. No es una respuesta muy directa.

Empecé a ponerme nerviosa y crucé los brazos sobre el pecho.

—Para mí siempre ha sido un amigo y nada más, pero cuando nos besamos... Me gustó. —Me sentí mal al decirle aquellas cosas, pero tenía que ser sincera—. No sé si eso significa algo o si no es más que atracción física. Puede que esté viendo fantasmas donde no los hay, o puede que no le esté dando todas las vueltas que debería.

Sage miró el suelo fijamente, negándose a mirarme a los ojos.

—Sigo diciendo lo que decía antes: siente algo por ti.

—No creo que tengas razón en eso. —Era lo único de lo que sí estaba segura.

—¿De verdad? —Volvió a mirarme—. ¿Entonces por qué te besó?

—Porque estaba completamente borracho; ni siquiera se acuerda de haberlo hecho. Volt es la clase de hombre que besa a toda mujer que se cruza en su camino, mi caso no es especial.

—Eres más especial de lo que crees —susurró.

Cambié el peso de pierna y las tablas de madera crujieron debajo de mí. Mi apartamento era muy antiguo.

—Puede que fuera sólo lujuria —dijo Sage—. Es una emoción natural.

—Puede... —Seguía sin estar segura.

—No digo que no me moleste, pero comprendo por qué las cosas han pasado como han pasado. La otra noche me comporté como un idiota; debería haber sido más comprensivo en lugar de dejarme llevar por una pataleta. Me dominaron los celos. No me importa mi cumpleaños, ni que fueras a ir a conocer a mis amigos; lo que me importaba es que lo estabas eligiendo a él antes que a mí.

—Eso no fue lo que pasó, Sage. Si estuviera con él y me dijeras que me necesitas, acudiría a tu lado, sin importar si fuera el cumpleaños de Volt u otra ocasión especial.

—Lo sé —dijo, asintiendo con la cabeza.

Nuestra situación ahora mismo no estaba muy clara, ni siquiera después de todas las disculpas. Había besado a Volt, y no había vuelta atrás en eso. En aquel momento no pensaba con claridad, simplemente me había permitido sentir como nuestros labios se movían juntos de la manera más natural posible. Volt era la mejor persona besando que conocía, incluso estando borracho, y eso incluía a Sage en la muestra. Tenía más experiencia que cualquier otro hombre, y con razón, ya que había besado a todas las

mujeres de Manhattan, así que atribuí todas las chispas que había sentido a su experiencia.

—Me gustaría que nos diéramos otra oportunidad.

Miré fijamente a Sage con los ojos abiertos de par en par, sorprendida.

—No digo que el beso con Volt no me moleste, porque me molesta, pero todo el incidente fue culpa mía. Si no te hubiera apartado de mí, no habrías dejado que ese beso tuviera lugar. Y de todos modos suena bastante inocente.

Había sido inocente simplemente porque había durado poco, pero en cuanto a intensidad estaba en el lado contrario del gráfico.

—Me gustas de verdad, Taylor. ¿Podemos volver a intentarlo?

No había esperado que Sage pelease por mí de aquel modo. Siempre había sentido celos de Volt, así que creía que, después del beso, todo se habría acabado de manera definitiva, pero seguía allí.

—¿Me odian tus amigos?

Se encogió de hombros.

—Ahora mismo no son tus mayores seguidores, pero es por culpa mía.

—Genial...

—Pero yo tampoco he conocido a Sara todavía. Puedes hablarle fatal de mí antes de presentármela. Ya sabes, igualar la situación. —Me dirigió una pequeña sonrisa, de esas que hacía que se le arrugasen las comisuras de los ojos por la felicidad.

Era difícil resistirse a él cuando estaba así de mono.

—No creo poder hablar mal de ti. No cuando eres tan dulce.

—Bueno, la otra noche no fui demasiado dulce.

—Pero ahora lo estás siendo, y eso es lo que cuenta.

—Entonces... ¿Eso significa que estamos bien?

—Eso creo.

Hizo desaparecer la distancia que nos separaba y me abrazó la cintura. Me atrajo contra su pecho con fuerza, apoyando la frente contra la mía, abrazándome tal y como me gustaba.

—¿Tienes planes para esta noche?

—Sí, contigo.

—Bueno, te compré entradas para los Yankees por tu cumpleaños. Y el partido empieza en una hora.

—Guau. Es un regalo genial.

—¿Quieres ir?

—Desde luego.

ROMPÍ CON JULIA.

—No lo entiendo. —Me hizo frente en su sala de estar, con los brazos cruzados sobre su delicioso pecho. Tenía un cuerpo agradable y un rostro hermoso, de esos por los que cualquier tío mataría—. Tenemos mucha química.

«No, es simplemente que soy bueno en la cama».

—Eres genial, Julia. De verdad. Pero... No estoy comprometido con esta relación.

—¿Es por Taylor? —Los celos resonaron en su voz; era la primera vez que los mostraba.

—No ha cambiado nada con ella.

—¿Qué pasa con esa mujer? —preguntó—. No tiene nada especial. No lo pillo.

Las manos se me cerraron solas, y me obligué a relajarlas.

—Es especial. Es la mujer más divertida, inteligente y sexy que he conocido nunca. Es mi mejor amiga. Hablar mal de ella no te llevará a ninguna parte.

Julia puso los ojos en blanco con dramatismo, como si estuviera actuando sobre un escenario.

—Lo que tú digas. ¿Quieres estar con ella? Pues muy bien.

—Quiero estar con ella pero no puedo. Y tampoco puedo seguir haciendo esto.

—¿Y cuál es tu plan? —me exigió saber—. ¿Estar solo durante el resto de tu vida?

—Será mejor que hacerte perder el tiempo. —Había notado que Julia había empezado a ir en serio conmigo. Su actitud surgía del dolor; no quería que me fuera, y le costaba aceptarlo. Nunca debería haber permitido que las cosas llegasen tan lejos.

—¿Es que no he sido lo bastante buena para ti? ¿No te he dejado satisfecho?

El que se culpase a sí misma era incluso peor.

—Julia, eres maravillosa. Todo en ti es maravilloso. Cada vez que algún hombre nos ve juntos se pregunta qué debo de haber hecho para haberte conseguido y cómo puede hacer él lo mismo. Si Taylor no me hubiese echado a perder para todas las demás mujeres, las cosas habrían sido distintas. No eres tú, te lo prometo.

Apretó los brazos con más fuerza contra el pecho, juntándose los senos.

—Lo siento, Julia. Lo siento de verdad. —No me sabía bien hacerle daño. Odié un poco a Derek por meterme en todo aquello para empezar. Obligarme a tener una relación era inútil; no quería seguir malgastando ni mi tiempo ni el de ella.

—Lo que tú digas —dijo—. Espero que Taylor y tú seáis muy felices juntos.

Aquello no pasaría nunca. A veces, cuando pasábamos el tiempo juntos, me olvidaba de que sólo éramos amigos. Nos acurrucábamos juntos en el sofá y dormíamos en la misma cama como si fuéramos amantes desde hacía tiempo. Me imaginaba llevándomela a la cama y preparándole después el desayuno, pero no eran más que fantasías. Había intentado mantener las distancias, pero aquello sólo había servido para deprimirme. Había intentado salir con otras mujeres, pero acabé todavía más deprimido. Estaba condenado.

Completamente condenado.

—Julia, lo siento. Nunca podré expresarlo lo suficiente.

—Vete. —Se fue a su dormitorio y cerró la puerta de un portazo.

Me quedé allí de pie un momento más, esperando a que volviera, por si acaso. Acabé marchándome cuando no lo hizo.

LA CENA de Clay estaba en la mesa, junto a los libros de texto y las libretas con las que habíamos estado trabajando. Tenía las manos apoyadas en la mesa, todavía con la venda que me había puesto Taylor en los nudillos.

Clay entró justo a tiempo y se dejó caer en la silla. Su mirada fue directa a mis manos, y examinó las vendas viejas que ya empezaban a aflojarse. Pasaron varios minutos de silencio. No dijo nada.

Esperé a su habitual ronda de preguntas. Ya habría sumado dos y dos y deducido que yo era el responsable de la paliza que había recibido su padre, y en lugar de estudiar, pasaríamos la sesión hablando de ello.

Clay apartó la mirada de mis manos y me miró a los ojos. Era una mirada distinta a todas las que me había dirigido antes; sus rasgos carecían de toda emoción. Era como si no supiera qué sentir. Su cuerpo y su mente no estaban en sincronía, todo iba con una velocidad propia.

—Gracias...

No había necesidad de aclarar a qué se refería.

—Siempre cuidaré de ti.

—Desde entonces ha sido agradable conmigo.

—Bien. —Sería un estúpido de no hacerlo—. Avísame si eso cambia.

Asintió y bajó la vista hacia su libreta. No fue a por la cena, ni tampoco cogió el bolígrafo. Sencillamente leyó el párrafo en silencio; no había nada más que decir.

Y me alegraba que así fuera.

—PEQUEÑO, me siento tan mal por irnos tu padre y yo durante las fiestas. Quizás deberíamos quedarnos en casa.

—Mamá, no pasa nada, de verdad. —Estaba hablando con ella por teléfono, sentado en el sofá.

—Pero no puedo dejar a mis dos pequeños a solas.

Connor y yo nunca habíamos tenido problemas con estar solos.

—No estaré solo; voy a pasar Acción de Gracias con Taylor.

—¿De verdad? —preguntó con alegría—. Eso es maravilloso. ¿Estaréis los dos solos?

Mis siguientes palabras haría que estallara como un volcán.

—Voy a ir a Washington a pasar las fiestas con su familia.

—¡Oh, Dios mío! Eso es maravilloso.

Me aparté el teléfono del oído; había estado a punto de reventarme el tímpano.

—Me alegro tanto de oírlo. Vais a tener un Acción de Gracias mágico.

—Estoy seguro de que será genial. —No tenía ni idea de qué esperar de sus padres, pero debían de ser bastante buenos para haber tenido a una hija tan fantástica.

—Me alegro tanto por ti. Ahora sólo tengo que conseguir que Connor siente la cabeza.

—Eso lo hará él solito. —No conocía mucho de su vida personal, pero asumía que quería tener hijos algún día, sólo que no ahora mismo—. No te preocupes por él.

—Me siento mucho mejor ahora que sé que tienes un lugar al que ir por Acción de Gracias.

Habría estado bien incluso de no haberlo tenido.

—Qué os divirtáis. Poneos mucha crema.

—Eso siempre. Te quiero, pequeño.

—Yo también te quiero, mamá. —Nada más colgar, Taylor me llamó—. Eh, hermosa dama. —Fue lo primero que me vino a la cabeza, y puesto que no dejaba de meter la pata, ni siquiera me sentí culpable por decirlo en voz alta.

—Eh, machote. ¿Estás en casa?

—Sí. Acabó de hablar con mi madre.

—¿Qué ha dicho?

—Casi tiene un ataque al corazón cuando le he dicho que iba a pasar las fiestas con tu familia.

—Me lo esperaba —dijo, riéndose.

—Así que es feliz, y eso me hace feliz.

—Bueno, estoy en el pasillo. Quería ver si me podía pasar.

—La puerta está abierta.

—Genial. —Su voz empezó a sonar con eco a medida que se acercaba a la puerta—. Se suponía que hoy iba a salir a correr, pero el plan se ha cancelado bastante rápido. —Entró y cerró la puerta tras ella. Fue a sentarse en el sofá, colgando el teléfono.

Dejé el mío sobre la mesa.

—¿Por qué se ha cancelado?

—He empezado a hacer estiramientos y he perdido el interés. Así que en lugar de eso me he puesto a comer helado.

Reí entre dientes.

—Al menos hiciste los estiramientos.

—Sí. Ahora mismo tengo los músculos de lo más relajados. —Estiró el pie y se señaló el gemelo—. Mira esos gigantes fofos.

—¿Fofos? —Le apreté uno con la mano—. Esto es todo músculo, no tiene nada de fofos.

—Lo que tú digas. —Se cruzó de piernas, apartándose de mi mano.

Me había puesto duro sólo con tocarle la pierna. Me encantaban, aunque Taylor parecía odiarlas. Quería sentir las rodeándome la cintura mientras me clavaba los talones en las nalgas.

«Cambia de tema».

«Rápido».

—¿Cuándo nos vamos a Washington?

—El miércoles. Ya he reservado los billetes.

—¿Dónde viven?

—En una cabaña en Yelm.

—¿En una cabaña? —pregunté—. ¿Quieres decir en la montaña?

—Viven a unos treinta minutos del monte Rainier. Tienen vistas al valle lleno de hierba por un lado y a la colina por el otro. Es precioso. No entenderás a lo que me refiero hasta que lo veas.

—Bueno, considérame entusiasmado. El máximo de árboles que he visto en un mismo sitio es en Central Park.

Taylor se rió.

—Esto hará que Central Park parezca patético.

—Estoy ansioso por poder compararlo. ¿Y saben tus padres que voy a ir?

—Sí, les he dicho que voy a traer a un amigo.

Odiaba cómo sonaba aquella palabra a mis oídos. Era sólo un amigo, y cada vez lo odiaba más y más.

—Genial. ¿Y a Sage no le importa?

—¿Importarle el qué? —preguntó.

—Que me vayas a llevar a pasar Acción de Gracias contigo y tu familia.

—Oh...

«Así que no se lo ha dicho».

—Maldición, me he olvidado de decírselo.

Con algo de suerte, aquello lo cabrearía lo bastante como para que rompiera. Me sentí como un capullo por desear algo así, pero no podía evitarlo. Lo deseaba más de lo que nunca había deseado nada.

—No tengo por qué ir, Taylor. No quiero entrometerme.

—No, no te preocupes. No vas a pasar Acción de Gracias solo.

—En serio, no es tan malo. No me importa.

—Tonterías, y se acabó la discusión.

«Al menos he intentado ser un buen tío».

—¿Tiene Julia algún plan?

—Estoy seguro de que sí, pero no tengo ni idea de cuál podría ser.

Taylor me miró, arqueando las cejas.

—¿Qué quiere decir eso?

—Rompimos la semana pasada.

—Oh... ¿Estás bien?

—Sí, estoy bien.

«En realidad no podría importarme menos».

—¿Cómo se lo ha tomado?

—No le ha hecho gracia, pero lo superará. Estoy seguro de que ya debe de haber encontrado a otro hombre. —Lo más probable era que hubiese encontrado a alguien el mismo día que rompimos.

—Sí, es preciosa.

«Taylor tiene que empezar a mirarse al espejo».

—¿Puedo hacerte una pregunta?

No estaba seguro de qué podría tratarse, pero llegados a aquel punto podía preguntarme lo que quisiera.

—Adelante. —Una parte de mí deseó que me preguntase si sentía algo por ella. Si era ella quien empezaba con aquella conversación, no me sentiría mal por contárselo.

—Si no te gustaba de verdad, ¿por qué salías con ella? Creía que no hacías esa clase de cosas.

No estaba seguro de cómo responder sin mentir.

—Quería intentarlo, ver si me estaba perdiendo algo.

—¿Y?

Habría sido mucho más fácil decirle la verdad, y me sentí tentado de hacerlo, pero aquello habría tenido consecuencias. Taylor no sentía lo mismo que yo, tenía novio, y nuestra amistad estaba en riesgo. Ya detestaba no poder estar con ella, pero odiaría todavía más que perdiéramos nuestra amistad.

—Julia no era la persona adecuada.

Aceptó mi respuesta con un asentimiento de cabeza.

—Algún día la encontrarás.

«Ya lo he hecho».

—Bueno... ¿Has conocido ya a la familia de Sage?

—No —soltó rápidamente—. Todavía no hemos llegado a esa fase, para nada.

—Pero te invitó para que conocieras a sus amigos.

—Sí, y todo se fue a la mierda. Fue un paso atrás.

—Creía que habías dicho que todo iba bien. —No recordaba mucho de aquella noche, pero sí que me acordaba de que había venido a mi apartamento.

—Bueno... Te mentí.

Estaba pendiente de cada palabra.

—¿Qué quieres decir?

—Sage y yo tuvimos una buena pelea. Estaba enfadado porque fuera a salir corriendo para ayudarte durante su cumpleaños. Asumí que habíamos roto y que nunca volvería a verlo.

«¿En serio? ¿Estaba soltera?».

—¿No tienes pareja?

—Eso creía, pero la semana pasada vino a casa y lo arreglamos. Se disculpó por ser un idiota celoso.

«Tienes que estar de broma».

Había tenido mi oportunidad, pero había estado demasiado borracho como para darme cuenta.

—Hijo de puta.

—¿Qué?

—Quiero decir que menudo hijo de puta.

Taylor se encogió de hombros.

—Dijo que lo sentía, y fue muy dulce, así que todo ha quedado perdonado.

¿Por qué no me lo había dicho? De haber sabido que habían roto, habría ido a por ella como si no hubiese a haber un mañana.

—Me alegro de que se arreglase.

—Sí.

Me recliné contra el sofá y me lamí las heridas en silencio. Lo único bueno de aquella situación era que ya estaban en terreno pantanoso. ¿Podía sobrevivir una relación que tenía tantos problemas? Había esperanza, y aquello me motivó a seguir adelante.

—Quería hablar contigo de algo.

—Soy todo oídos. —Incliné la cabeza hacia ella y le miré los labios fijamente. Eran tan terriblemente perfectos; sólo quería succionarlos hasta dejarlos en carne viva. Quería sentir aquellos labios sobre los míos mientras respiraba en mi boca, insuflándome el mismísimo paraíso y llevándome al borde del clímax.

—Se trata de Clay.

La mención de mi estudiante me sacó al instante de mi fuga hormonal.

—Creo que deberías llamar a los servicios sociales.

—Me ocupé de ello, Taylor. —Me había asegurado de que aquel mierda nunca volviera a tocarlo—. Clay incluso me dijo que su padre había empezado a ser agradable con él. Creo que el miedo de volver a cagarse en los pantalones es suficiente para asegurarse de que se guarda las manos para sí.

—Hasta que se emborrache o se drogue.

Apreté los labios con fuerza, sintiendo cómo se me tensaba la mandíbula.

—Sé que Clay te importa, así que tienes que hacer lo correcto.

—Me pidió que no lo hiciera. Me peleé con él por eso durante un buen rato; no he tomado esta decisión a la ligera.

—Volt, es un crío. No sabe lo que es mejor para él.

—No puedo traicionarlo, ¿vale? Soy lo único que tiene, y esto es lo que quiere. Lo estoy protegiendo y dándole lo que quiere al mismo tiempo. Admito que no es ideal, pero funciona.

Sus ojos ardían con un fuego azul, dejándome claro que no iba a parar hasta conseguir lo que quería.

—Volt, ese chico se merece un hogar mejor. Tienes que dárselo.

—¿Estar en un orfanato con cientos de otros chicos realmente mejor para él? —argumenté—. ¿Recibirá la atención que necesita?

—Es mejor que recibir golpes.

—Sólo queda un año y medio. Si fuera más tiempo, lo reconsideraría.

Taylor negó con la cabeza, transmitiendo su rabia con la mirada.

—Lo veo todos los días, y cuido de él. Si algo fuera mal, me enteraría. Tiene mi número de teléfono y sabe que puede llamarme por cualquier cosa. Si su padre empieza a beber y las cosas se ponen feas, sabe que estaré ahí para él. Le cubriré la espalda.

—Pero...

—Quiero al chaval. ¿De verdad crees que dejaré que le ocurra nada?

Dicho de aquel modo, a Taylor no le quedaban argumentos que poder usar.

—Claro que lo quieres, y sé que harías cualquier cosa para protegerlo, pero creo que hay un camino mejor.

—A mí me parece que, al menos por ahora, éste es el camino a seguir.

Dejó correr el tema al percatarse de que no iba a conseguir nada. Aquello sólo estaba sirviendo para aumentar la tensión entre nosotros; parecía que fuéramos unos padres en desacuerdo sobre cómo criar a sus hijos.

—¿Qué va a hacer tu hermano por Acción de Gracias?

—No estoy seguro. Seguramente lo pase con algún amigo.

—¿No se lo has preguntado?

—No. —Normalmente sólo hablábamos cuando estábamos con nuestros padres, pero aparte de eso, manteníamos las distancias. No importaba que viviésemos en la misma ciudad, nunca hablábamos.

—¿Es que pasó algo entre vosotros?

—Más o menos. Connor tenía una novia cuando estábamos en el instituto, y me acosté con ella.

—Ah...

—Es más complicado que eso. Rompieron, y estábamos todos juntos en una fiesta. Su exnovia se me insinuó, y yo estaba borracho y dejé que pasara. No creí que fuera a molestarlo tanto, pero lo hizo. Después de eso las cosas nunca volvieron a ser las mismas.

—¿Te disculpaste?

—Sí. No pareció enfadarse conmigo, sólo se veía indiferente.

—A mí me parece que la indiferencia es todavía peor.

—Y tienes razón, pero me disculpé a intenté rectificar mis errores. Si no quiere perdonarme, no puedo obligarlo a hacerlo. Aquello fue hace mucho tiempo, y no voy a seguir sintiéndome culpable por ello. Le toca mover ficha.

Taylor asintió, mostrando su acuerdo.

—Nadie es perfecto.

—Ni siquiera me acerco a serlo.

—Puede que un día lo olvide.

«Lo dudo».

—Sí.

—¿Y qué quieres hacer?

—¿Jugar al strip póquer? —Tenerla desnuda era todo lo que siempre había deseado.

Se ríe, quitándole importancia, como si creyera que era una broma.

—¿Qué te parece una partida a Mario Kart?

—¿Te gusta Mario Kart? —pregunté bruscamente.

—Claro, ¿a quién no?

De algún modo, consiguió que me enamorase todavía más de ella.

—Si crees que puedes ganar, Tayz.

—Si crees que tú puedes ganar, pequeño.

—¿Qué acabas de llamarme?

—Nada... niño de mamá.

«Pienso ir a por ella como Donkey Kong».

—No te atrevas a llamarme niño de mamá.

—¿Por qué no, niño de mamá?

Levanté las manos para hacerle cosquillas.

—Ya ves tú, quiero a mi madre. ¿Y qué? Pero pagarás por ello de todos modos.

—Oh, maldición. —Se puso en pie de un salto para huir de mí.

La sujeté por la cintura y la lancé de nuevo sobre el sofá. Me puse sobre ella y empecé mi ataque de cosquillas, alcanzándola en las costillas y en las axilas. Tenía cosquillas por todas partes, así que era fácil ir a por ella.

Taylor se rió e intentó apartarme. Movié la pierna ligeramente, rodeándome la cintura con ella.

Le inmovilicé los brazos sobre la cabeza con una mano y usé la otra para llegar a los puntos más vulnerables. Se le iluminaron los ojos cuando la sensación le recorrió el cuerpo; se tensó y relajó una y otra vez, intentando librarse de mi mano.

Tenía la cara a sólo unos centímetros de la suya, y su cuerpo estaba inmovilizado debajo del mío. Estaba lo bastante cerca como para poseerla, para besarla.

Y eso era lo único que deseaba.

Quería jugar con ella, tal y como estábamos haciendo, pero también quería más. Quería que fuera mía y sólo mía. ¿Por qué no podía sentir lo mismo que yo? ¿Por qué no podía mirarme como yo la miraba a ella?

¿Por qué no podía tener lo que deseaba?

Dejé de hacerle cosquillas, permitiéndole tomar aire.

Taylor no apartó las manos de mi agarre. Inhaló con fuerza debajo de mí, mirándome a los ojos con una expresión abierta. Todavía tenía la pierna alrededor de mi cintura, tal y como había soñado.

Había puesto mis cartas sobre la mesa, y mis sentimientos empezaban a resultar evidentes. Taylor era una mujer inteligente, y si seguía actuando así, acabaría descubriendo mi secreto. Ya lo había insinuado demasiado.

Me aclaré la garganta y me senté.

—Tengo que conectar la Wii.

—Sí... Quiero ser Mario.

—Yo quiero ser Browser. —Procuré darle la espalda mientras lo preparaba todo. Era un alivio poder esconder mi expresión, y también la erección que tenía en los pantalones.

—Pero ése siempre es el malo.

Conecté los cables y saqué los mandos.

—Yo también soy malo.

DEREK y yo chocamos los puños a modo de saludo al encontrarnos en el bar.

—¿Qué tal va eso? —preguntó—. Julia me ha dicho que habéis roto.

—Sí. No funcionó.

—¿Cómo ha podido no funcionar? —insistió—. Está como un tren, y la interesabas muchísimo.

Aquello me hizo sentir peor.

—No estaba yendo a ninguna parte. Mis sentimientos no han cambiado.

—Taylor te tiene bien cogido, ¿no?

—Sí. Estoy atrapado.

—¿Entonces se acabó? —preguntó—. ¿Te rindes?

—No estoy seguro de lo que va a pasar. He salido con una mujer magnífica y no he sentido nada; eso me dice que estoy condenado. Puede que cuando Taylor se case por fin consiga superarlo.

—¿Crees que va a casarse con ese tío?

—No. O al menos espero que no.

—Ni siquiera sé qué decir. —Pidió dos cervezas y me pasó una—. Has intentado salir con otras mujeres, has intentado evitarla... Se nos acaban las opciones.

—No, ya se nos acabado.

—Lo único que queda es admitirlo.

—No voy a admitirlo mientras siga viéndose con alguien. Sería digno de un capullo.

Derek puso los ojos en blanco.

—Ése no es el Volt que conozco.

—Soy un hombre distinto cuando se trata de Taylor. No voy a manipularla para que rompa y yo pueda conseguir lo que quiero, no quiero que más adelante me guarde rencor. Tendré que esperar y no perder la esperanza.

—Quién sabe cuánto tiempo podría pasar.

—Con suerte no será para siempre. Hace poco tuvieron una pelea considerable; es una buena señal para mí.

—¿Por qué se pelearon? —me preguntó.

—En realidad fue... por mí.

—Pues vaya con lo de no interferir.

—No lo hice a propósito, fue algo que pasó sin más.

—Pero aun así funcionó bastante bien.

—Si ya están enfrentándose, probablemente no tarden mucho en encontrarse otro bache en el camino. Espero que sea pronto. El otro día estábamos haciéndonos cosquillas y estuve a punto de besarla. No sé si podré seguir controlándome.

—Yo digo que deberías hacerlo y a ver qué ocurre.

—No voy a hacer que le sea infiel a su novio. Sería un asco.

—Lo que tú digas —contestó—. Pero yo dejaría de lado todo eso de ser un caballero e iría a por lo que quiero. La vida no es justa, y cuánto antes lo aprendas, mejor.

No es que estuviera en contra de competir ni de hacer todo lo necesario para conseguir lo que quería, pero estaba completamente en contra de hacerle daño a Taylor en el proceso. Si de verdad teníamos una oportunidad de estar juntos, quería que empezara con buen pie. Quería que todo estuviera impoluto, no teñido de traición.

—Bueno, ¿y qué vas a hacer por el día del pavo?

—Voy a pasarlo con la familia de Taylor. —Tomé un trago e hice una mueca ante el sabor.

Derek dejó la cerveza con un golpe sobre la mesa.

—¿El qué?

Tomé un trago más largo de lo necesario.

—Ya me esperaba que tuvieras algo que decir a eso.

—De acuerdo, es oficial. Siente algo por ti.

—No siente nada por mí. —Aunque ya me gustaría.

—¿Por qué si no iba a invitarte a conocer a su maldita familia?

—Porque le dije que no tenía nada que hacer por Acción de Gracias. —Había sido por pena.

—Sigue siendo bastante ridículo que te haya invitado a ir hasta Washington.

—Así es como es ella —dije, encogiéndome de hombros—. No quiere que nadie esté solo.

—A mí no me habría invitado.

—De hecho, probablemente sí que lo habría hecho.

—Tío, te apuesto toda la cerveza de este bar a que no.

—Nunca conoceremos la respuesta a esa pregunta, así que deberíamos dejar el tema.

Negó con la cabeza y volvió a coger la cerveza.

—Nunca os entenderé, en serio.

«Yo tampoco nos entenderé nunca».

Taylor

HICE la cena para los dos y cenamos a la luz de las velas en la mesa de la cocina. Iba a pasar casi una semana en Washington, así que quería que aquella noche fuera memorable.

No era la mejor cocinera del mundo, pero era la reina de los robots de cocina. Había preparado tacos de pollo con chili verde, alubias y arroz refritos. Y estaba muy bueno.

—Gracias por la cena —dijo Sage al acabarse su comida—. Estaba buenísima.

—Gracias. Me alegro de que te haya gustado.

—No sabía que se pudieran hacer tacos en un robot de cocina.

—Yo tampoco, hasta que he encontrado la receta en Pinterest.

Rió entre dientes.

—Imagínate cómo era cocinar hace treinta años, cuando no existía Internet. ¿Cómo encontraban recetas?

—Con libros de cocina.

—Sí, pero la mayoría valen como unos treinta pavos. Es un robo.

—CIERTO. Probablemente por eso todo lo precocinado congelado se volvió tan popular.

Sage se frotó el estómago.

—Ah, sí. En mis tiempos comí unos cuantos platos de esos.

Me acabé mi plato, sintiéndome después demasiado llena como para moverme. No quería lavar los platos, ni quitar la mesa. A veces me daban ganas de despertarme una mañana y descubrir que los elfos habían irrumpido en mi apartamento y se habían ocupado de todo.

—¿El vuelo es mañana? —me preguntó Sage.

—Sí. Va a ser largo.

—¿Cómo de largo?

—Unas seis horas.

—¿Tiene escalas?

—No. —Gracias a Dios. Las escalas largas hacían que viajar se convirtiese en algo mil veces peor. Estar sentada en la terminal sin nada que hacer me resultaba una tortura, y normalmente después de estar sentada en un avión acababa desesperada por ducharme.

—Ya tienes algo por lo que dar gracias. ¿Cuándo vuelves?

—El domingo por la noche. Y al día siguiente tendré que ir a trabajar.

—Es inhumano —respondió—. Al menos pasarás las fiestas relajándote.

—Sí. —Sabía que tenía que decirle lo de Volt, pero cada vez que me lo proponía acababa acobardándome. Ni siquiera estaba segura de cómo sacar el tema. ¿Lo soltaba así sin más? ¿Me ponía a hablar primero de Volt y se lo decía?

—¿Cómo va el alumno de Volt?

«O puede sacar él el tema, eso también vale».

—Sigue en casa de su padre. Le he dicho a Volt que llame a la policía, pero cree que el chico está mejor donde está. Lo hemos estado discutiendo.

—¿Por qué iba a pensar que está mejor ahí?

—Porque Volt casi mató al padre tras acorralarlo en un callejón.

Sage no pudo evitar que su sorpresa se le reflejase en la cara.

—Cree que así no volverá a ir por el chico, pero yo no estoy tan segura. Todo podría cambiar de aquí a unos meses.

—Eso es muy serio.

—Sí... —Tenía que decirlo. Sería como arrancar un esparadrapo; había que hacerlo de un tirón—. Los padres de Volt se van de crucero por Acción de Gracias, así que le he invitado a pasar las fiestas con mi familia. —Tomé un trago de mi margarita y actúe como si nada, como si lo que acababa de decir no fuera del todo inapropiado.

La sorpresa de Sage se convirtió al instante en incredulidad.

—Guau, ¿puedes repetirlo?

—Volt va a venir conmigo a Washington. —Mantuve la fachada de indiferencia, pero el corazón me iba a mil por hora.

—No recuerdo que lo mencionaras. —Mantuvo la calma mucho mejor que la última vez, pero su enfado iba en aumento.

—Se lo ofrecí la noche en que... lo estaba pasando tan mal.

«Cuando creía que habíamos roto».

—¿No te parece un poco raro?

—Es mi amigo. Los amigos se invitan los unos a los otros a casa todo el tiempo.

—No cuando viven al otro lado del país y están saliendo con otra persona.

Íbamos camino a una pelea, lo notaba.

—Sé que es un poco raro, pero no quería que pasara Acción de Gracias a solas.

—¿Y vas a decirle a tus padres que es un amigo? ¿Y nada más?

—Ya se lo he dicho.

«Aunque no he mencionado que era un hombre y no una mujer».

Sage se cruzó de brazos y su expresión se ensombreció.

—He dejado pasar el incidente del beso porque en ese momento nos habíamos peleado, pero esto... No estoy de acuerdo.

—No hay nada con lo que estar de acuerdo. Volt y yo hacemos cosas juntos todo el tiempo; la única diferencia es que ahora será en otro estado.

—Con tus padres —me espetó—. Pasaréis toda la semana con ellos mientras tu novio se queda en Nueva York. Lo siento, pero eso es jodidamente inusual.

Sage había pasado a usar expresiones malsonantes; aquello estaba a punto de estallar.

—Está pasando por un mal momento, y su familia no está en la ciudad. No voy a dejarlo tirado.

—¿Por qué no pasa las fiestas con Julia?

—Ya no están juntos.

«Quizás debería haberme callado eso».

Se le empezó a enrojecer la cara.

«Está claro que debería haberme callado».

Sage se puso en pie.

—¿Sabes qué? No estoy de acuerdo con nada de todo esto. Puedo aceptar que salgáis juntos de vez en cuando, pero no esto. Para nada.

Seguí sentada en mi silla.

—Lamento que te sientas así. Te repito que lo invité mientras no estábamos juntos.

—Pero no llegamos a romper.

—Yo creía que sí.

—Pues rescinde la invitación.

Ahora sí que me puse en pie.

—No puedo hacer eso.

—Sí que puedes. Lo superará.

—No. Ya les he dicho a mis padres que voy a llevar a alguien conmigo, y Volt ya ha hecho las maletas. No voy a comportarme como una maleducada y a dejarlo tirado de esa manera.

—¿Así que en lugar de eso vas a desobedecerme?

«Espera, frena un segundo. ¿Qué es lo que acaba de decir?».

—¿Desobedecerte?

—Sí. Vas a ir en contra de mis deseos.

No me consideraba una mujer maliciosa, pero mi lado descarado salió con toda su fuerza.

—Primero de todo, yo no *obedezco* a nadie, así que será mejor que pares ahora mismo. No soy alguien a puedas ir dando órdenes. Y segundo, él y yo sólo somos amigos. Estás viendo cosas donde no las hay.

—Los amigos no se besan.

—Estaba borracho y ni siquiera se acuerda.

—Pero tú no estabas borracha —me espetó—. Y lo recuerdas.

Me aferré a la mesa para no perder el equilibrio; sentía tanto ira como náuseas. Aquella discusión era como un tiovivo, no hacía más que dar vueltas y vueltas. Nunca acabaría.

—No vas a ir con él —dijo—. Y punto final.

—No me digas lo que puedo hacer. —Nunca aceptaría que un hombre me diera órdenes de aquel modo. Si tanto lo molestaba, ya sabía dónde estaba la puerta, y me ocuparía personalmente de cerrarla con un buen portazo a su paso.

—Taylor, estoy cansado de esto. Nuestra relación era perfecta hasta que Volt entró en escena. Empezamos genial, y creía que estábamos yendo a alguna parte. Tienes que admitir que la relación que tienes con él no es normal. Cualquier hombre se sentiría molesto.

—Molesto puede, pero no se convertiría en un idiota.

Apretó los dientes, cerrando los puños.

—Última oportunidad. O él o yo.

—¿Qué?

—O él o yo —repitió—. Parece como si tuvieras dos novios, y no me gusta compartir. Así que o das por terminada tu amistad con él, o rompes tu relación conmigo.

Me encogí al oír lo que acababa de decir.

—¿Qué? No querías que fuera conmigo a Acción de Gracias, ¿y ahora quieres que lo borre por completo de mi vida?

—Sí. —Cuadró los hombros como si estuviera preparándose para pelear—. Estoy cansado de ver cómo te mira. Estoy cansado de llamarte y oír su voz de fondo. Estoy cansado de que te llame cuando necesita un hombro sobre el que llorar. Estoy cansado de compartírte. Este problema no desaparecerá a menos que él desaparezca, porque él es el problema. Así que, ¿qué vas a decidir? ¿Él o yo?

Me sujeté a la mesa con más fuerza, mirando fijamente los platos vacíos. La noche había empezado muy bien, pero se había echado a perder con una facilidad increíble. En cuanto había salido el tema de Volt todo se había derrumbado como un castillo de naipes.

—Taylor, ¿él o yo?

Sage me gustaba, y podía ver un futuro juntos. Quizás pasáramos a tener algo serio y nos mudáramos para vivir juntos. Nos casaríamos tras unos años y tendríamos niños. Era un futuro que me gustaba imaginarme.

Pero no podía imaginarme una vida sin Volt.

Era mi mejor amigo, la persona con quien lo hacía todo. Había algo en él que me reconfortaba. Los novios vendrían y se irían, pero él siempre estaría ahí.

No podía vivir sin él.

—Elijo a Volt.

Sage no pudo ocultar su expresión de horror. Parecía como si acabare de apuñalarlo en el corazón.

—Lo siento. —Lo sentía de verdad. No quería tener que elegir, y era injusto obligarme a ello, pero si Sage quería imponer límites, mi deber era cruzarlos—. Lo siento de verdad.

Se alejó de la mesa, más enfadado de lo que nunca lo había visto. Tenía la cara completamente roja, y los músculos tensos y listos para atacar. Quería demoler mi sala de estar, se lo veía en el rostro.

—Espero que seáis muy felices juntos.

—¿VA todo bien? —Volt estaba sentado a mi lado en el avión. Viajábamos en turista en dos de los asientos que había junto a la ventanilla. Se oía de fondo el murmullo constante del avión, y teníamos que hablar algo más alto para poder oírnos. Las azafatas se paseaban por los pasillos, ofreciendo agua y zumo.

—No, es que estoy cansada. —Continué mirando por la ventanilla, intentado quitarme a Sage de la cabeza. Era la peor ruptura que había tenido nunca. La manera en que había salido de un portazo sin mirar atrás bastaba para hacer que se me saltasen las lágrimas.

«¿Es que estoy condenada a estar sola para siempre?».

No había esperado encontrar al Príncipe Encantador nada más mudarme, pero si tener mejor suerte que la que estaba teniendo. Sage no era un idiota, y comprendía su punto de vista, pero detestaba cómo lo exponía. Era controlador, y no en el buen sentido.

«Tengo que hablar con Sara».

Sara siempre hacía que me sintiera mejor cuando rompía con mi actual pareja, amenazando con patearles la entrepierna y afeitarles la cabeza. Al inicio de la conversación acostumbraba a llorar, pero para cuando acabábamos de hablar ya estaba riéndome.

—¿Por qué será que no te creo? —Iba leyendo un libro, pero lo cerró y lo guardó en la red que había en la parte posterior del asiento que tenía delante.

No quería hablar de ello ahora mismo. Estábamos en un avión con cientos de personas, y sospechaba que me echaría a llorar. No quería que mis lágrimas se convirtiesen en un espectáculo. Algunas mujeres seguían viéndose preciosas aun llorando, pero yo me ponía roja como un tomate.

—No quiero hablar de ello ahora.

Volt coló una mano bajo la manta y entrelazó los dedos con los míos. No insistió en busca de respuestas, tan solo me reconfortó sin palabras.

—De acuerdo. Ya hablaremos más tarde.

Me sentí agradecida de que dejase que me escabuliese tan fácilmente. Sara me habría acosado hasta conseguir exactamente lo que quería. El agarre de aquella amplia mano sobre la mía me hizo sentir segura durante un momento, aunque fuese sólo por un segundo. Apreciaba cualquier tipo de consuelo.

—Ojalá pudiéramos jugar a Mario Kart ahora mismo.

Aquello me hizo soltar una risita.

—Ojalá.

Volt sacó el teléfono y abrió un juego.

—¿Te gustan las sopas de letras?

Asentí.

Abrió el rompecabezas; en la parte inferior aparecía la lista de palabras que teníamos que encontrar. Volt fue el primero en encontrar una, y movió el dedo sobre la pantalla para resaltarla en azul.

Busqué entre el mar de letras hasta dar con la siguiente palabra y la marqué con el dedo.

—No está mal, ¿eh?

—Mejor que el papel y el boli. —Encontré otra palabra y moví la mano sobre ella.

Volt metió el dedo en medio y marcó el resto de las letras, obteniendo el punto por la palabra.

—Eh, tramposo.

Su sonrisa no tenía ni un ápice de arrepentimiento.

—Has sido muy lenta.

VOLT IBA tras el volante del coche de alquiler mientras conducíamos desde Seattle a Yelm. Mi casa estaba a cuarenta y cinco minutos de distancia, así que era un viaje corto en comparación al vuelo que acabábamos de soportar.

—¿Deberíamos parar a comprar algo?

—¿Como el qué?

—No sé. ¿Una tarta?

—Mis padres ya tendrán de todo. No te preocupes por eso.

—¿Así que les has dicho que soy todo un guaperas y todo lo demás? Quiero que tu madre esté preparada. —Me sonrió de oreja a oreja desde el otro lado del coche.

—A mi madre no le gustan los engréidos demasiado seguros de sí mismos, y no saben que eres un hombre.

—¿Qué? —preguntó—. ¿No les has dicho que venía?

—He dicho que vendría alguien conmigo, y no me han preguntado si eras hombre o mujer.

—Menuda sorpresa se van a llevar. Soy casi dos metros de hombre.

—A mis padres no les importará.

—¿Has traído alguna vez a un chico?

—No.

—¿Voy a ser el primero al que conozcan? —Todavía estaba sonriendo.

—En realidad no. No eres mi novio, así que no cuentas. —Había tenido novio hasta el día anterior, cuando había roto conmigo. Mis padres se habrían alegrado de saber que me estaba viendo con alguien, pero estaban a punto de comprobar que sólo podía tener *amigos*, no novios.

—Sí que cuento —argumentó.

—Si tú lo dices.

Volt siguió el GPS hasta que entramos a Yelm y después pasó a comprobar ambos lados de la carretera. El verde de la vegetación se extendía hasta el horizonte. Los árboles estaban llenos de esa clase de hojas gruesas producto de la humedad y la lluvia. La tierra era una curiosidad por la zona; la hierba cubría toda superficie que no estuviera hecha de asfalto.

—Cuánto verde.

—Uno nunca se cansa. —Había zonas de paseos y senderos a ambos lados de la carretera, llenos de vida vegetal.

—El aire es diferente, lo noto.

—A veces lo echo de menos. En ocasiones ver tantos rascacielos y sin techo se vuelve cansado.

—Pero apuesto a que en Yelm no puedes pedir comida china a las tres de la mañana.

—Cierto, pero de todos modos nunca pido comida china.

—¿Has pensado alguna vez en volver?

—A veces —reconoció—. No sé si Nueva York será mi hogar para siempre.

—¿En serio? —preguntó sorprendido.

—Bueno, no quiero criar a mis hijos en la ciudad. No me parece el mejor ambiente para hacerlo.

—Entiendo tu razonamiento, pero Washington está muy lejos. ¿Cómo podrías sobrevivir sin verme todos los días?

—Te vendrías conmigo. —Sonreí y comprobé el teléfono para ver si tenía algún mensaje de mis padres. Les había dicho que ya habíamos aterrizado y que llegaríamos pronto.

Volt guardó silencio, sin decir nada. Condujo alejándonos de la ciudad, hacia las colinas que se erguían frente al monte Rainier. Era un día despejado, por lo que la montaña se veía incluso desde lejos, ya cubierta de nieve impoluta.

—Dios, es precioso.

—¿A que sí?

—Y es vuestro patio trasero. Qué locura.

—Si tenemos tiempo te llevaré a hacer senderismo.

—¿Haces senderismo? —preguntó.

—Puedes apostar que sí. Todo el mundo que vive por aquí es bastante activo.

—Qué monada... Botas de senderismo y una mochilita. Ya te estoy viendo.

—No es mono —dije—. En realidad es de lo más agotador. Ya verás a lo que me refiero.

—Eso espero.

Ya estábamos a menos de un kilómetro de mi casa. La carretera se bifurcaba justo antes de que el edificio quedase a la vista.

—A la derecha.

—De acuerdo.

Nada más tomar la salida pudimos ver el valle en el que se asentaba la casa. Estaba construida en la ladera de una colina, por lo que tenía vistas a la vegetación que se extendía debajo y más allá. Era un lugar apartado. Si no estuviera la carretera, uno podía olvidarse por completo de que existía más gente en el mundo.

—Vaya, ¿viven ahí?

—Sí. Crecí en esa casa.

—¿Cómo consiguieron un sitio así?

—Mi padre ahorró y compró las tierras, y después construyó la casa. Es carpintero, así que lo hizo todo con sus propias manos. Cuando se casó con mi madre ésta se fue a vivir con él.

—No me extraña que consiguiera que se casara con él; a todo el mundo le encantaría vivir en un lugar así.

—Estoy segura de que mi padre contaba también con otras cualidades.

—Pero nada que pueda compararse. —Me dio un golpecito en el costado con el codo.

Seguimos la carretera hasta la verja principal. La parte delantera de la casa estaba aislada a base de árboles que se agitaban en lo alto con el viento. La carretera de tierra estaba mojada por la humedad constante, y la hierba era más verde que nada que hubiese en Central Park.

—Es una casa genial.

—Espera a verla por dentro.

Sacamos las maletas y fuimos hacia la puerta. La inercia hizo que estuviera a punto de entrar sin más, pero me percate que hacía ya tiempo que había dejado de poder hacer algo así. Hacía cinco años que no vivía allí. Así que llamé al timbre.

Volt examinó el porche y las sillas de madera de la esquina. Había una mesa junto a ellas; era donde mi madre tejía por las tardes. Volt iba vestido con unos vaqueros y una sudadera, aunque la fuerza de su cuerpo resultaba evidente incluso con lo ancho de la tela. Era casi un palmo más alto que yo; era la primera vez que me percataba de la diferencia respecto a mi altura.

Se abrió la puerta y mamá y papá se me lanzaron encima antes de que me diera cuenta de su presencia. Mamá fue la primera en abrazarme y en besarme en ambas mejillas mientras papá me apretujaba desde el otro lado. Mis padres me tenían como si fuera un sándwich, a duras penas podía respirar.

—Te he echado tanto de menos, cariño. —Mamá volvió a apretar su abrazo.

—No he podido dormir de lo entusiasmado que estaba. —Papá me besó en la frente, tal y como había hecho siempre.

—Yo también os he echado de menos. —Me aparté para poder conseguir algo de aire—. Pero necesito un segundo para respirar. —Me puse las manos sobre las caderas y disfruté de la brisa. Tenía la sensación de que me faltaría bastante durante las vacaciones.

Mamá se encogió al ver a Volt.

—Cariño, ¿quién es ése?

—Mamá, te presento al amigo del que te he hablado, Volt. —Deseé que mis padres dejaran de parecer tan sorprendidos, pero ya había pasado lo peor.

No se lo habían esperado, pero sólo se quedaron mirándolo. Lo más probable era que no pudiesen creerse que hubiera traído a casa a un hombre tan atractivo. Volt tenía los ojos azules más hermosos del mundo, una mandíbula firme que los hacía resaltar, y era todo músculo.

—Es un placer conocerles. —Volt les estrechó la mano—. Estoy muy agradecido de que me permitan pasar Acción de Gracias con ustedes. Mis padres han decidido irse de crucero por el Caribe, y no puedo decir que los culpe.

Mamá le apretó la mano, pero siguió con la boca abierta. Podría haberse tragado una mosca.

Papá tampoco parecía capaz de controlarse; se quedó mirando fijamente a Volt como si fuera su salvador.

—Nos alegramos de que estés con nosotros. Volt, ¿verdad?

—Así es —respondió éste—. Es mi segundo nombre, así es como me llama todo el mundo.

Mamá por fin pareció volver al presente.

—Estamos tan felices de conocerte. Gracias por venir.

—Y yo de estar aquí. Allá donde va Taylor, yo nunca ando muy lejos.

Mis padres estaban quedándose prendados de él, se lo veía en los ojos.

—Por favor, entrad. —Papá le cogió las maletas a Volt y las llevó dentro.

Nadie hizo gesto de coger las mías, así que las llevé yo misma.

—Vuestra habitación está al final del pasillo —dijo mamá—. Vamos a dejar vuestras cosas dentro. —Nos acompañaron hasta llegar a mi antiguo dormitorio, donde había una cama de tamaño *queen* y una cómoda blanca. Mi viejo osito de peluche todavía estaba allí.

Papá dejó las cosas de Volt en un lado de la cama mientras que mamá dejó las mías en el otro lado.

—Eh, mamá. Volt y yo no vamos a dormir juntos...

—No seas tímida —dijo ésta—. Eres una mujer crecida, y lo comprendemos. No vamos a hacer que durmáis en camas separadas.

Volt se giró a mirarme con una sonrisa en los labios.

—Por mí bien.

—Mamá, no estamos juntos —discutí—. Sólo somos amigos.

—De verdad, no pasa nada —dijo mi madre—. No hay por qué avergonzarse.

—No estoy avergonzada —exclamé—. Te digo que sólo somos amigos. —Mi madre estaba tan entusiasmada con la perspectiva de tener un yerno que ni siquiera me escuchó. No importaba si me creía o no, no iba a dejar que nos marcháramos a menos que Volt fuera mi pareja.

—Dejemos que se cambien de ropa. —Y con eso, papá salió de la habitación, llevándose a mamá con él.

Ésta se despidió agitando la mano antes de cerrar la puerta.

Acción de Gracias empezaba con bastante mal pie.

—Perdona todo eso. Mis padres están ansiosos de que siente la cabeza y empiece a darles nietos.

—No me importa. —Volt cogió el osito de peluche y lo sostuvo entre las manos—. ¿Y éste quién es?

Se lo arrebaté de entre los dedos y lo sostuve contra mi pecho.

—Es Osito.

—Qué original —bromeó.

—No te burles de mí. Se suponía que no iba a estar aquí.

Volt se paseó por mi dormitorio, examinando los muebles y el baño privado.

—Es agradable. Yo nunca tuve baño propio.

—Soy hija única —le expliqué.

—Suenan bien.

—La hierba siempre es más verde al otro lado de la verja.

Se sentó en la cama, comprobando lo blando que era el colchón.

—No hace ruido... Eso me gusta. —Me guiñó el ojo.

—No vas a dormir aquí.

—¿Por qué no? —preguntó—. En casa dormimos juntos todo el tiempo.

—Eso es distinto. Normalmente estamos borrachos o deprimidos, y no quiero darles a mis padres falsas esperanzas.

—¿Por qué no? Yo he dejado que mis padres crean que eres mi novia.

—Y van a quedar devastados cuando se enteren de que no lo soy.

—Puede que nunca se enteren.

—¿Qué?

«¿Qué quería decir con eso?».

Volvió a comprobar la dureza de los muelles.

—Solías meter a chicos de escondidas en casa, ¿eh? Tus padres no habrían oído nada.

—Puede que lo hiciera con un chico o dos...
Movi6 las cejas de arriba abajo.
—Chica mala. Me gusta.
—En su momento estaba saliendo con cada uno de ellos.
—Y aqu6 es donde ten6ais acci6n. —Dio una palmadita sobre el edred6n.
—Eres muy cotilla, ¿lo sab6as?
—En realidad. Somos muy buenos amigos, ¿verdad?
—Eso no significa que nos lo contemos todo.
—Pues mira por donde, estoy bastante seguro de que 6sa es su definici6n. As6 que, dime, ¿perdiste la virginidad aqu6?
Me sonroj6 ante aquella pregunta.
—Y ah6 est6 mi respuesta.
—¿D6nde perdiste t6 la tuya? —Me sent6 a su lado, coloc6ndome el osito de peluche sobre el regazo.
—En la parte de atr6s de una camioneta.
—¿D6nde fue eso?
—En el arc6n de la carretera.
—¿Qu6? —espet6. Era lo menos rom6ntico que hab6a o6do nunca.
—Estaba llevando a una chica a casa despu6s de una fiesta, y una cosa llev6 a la otra...
As6 que me detuve junto a la carretera y lo hicimos.
—¿Qu6 edad ten6as?
—Trece a6os.
—¿E ibas conduciendo?
—Cog6 prestada la camioneta de mi padre en mitad de la noche.
—¿Te castigaron?
Volt se ri6.
—Peque6a, a m6 nunca me pillan.
Puse los ojos en blanco.
Mamá llam6 en ese momento a la puerta.
—La cena estar6 lista en quince minutos. —Sus pies resonaron con fuerza mientras se alejaba por el pasillo.
—¿Comida casera? —pregunt6 Volt—. 6ste sitio ya empieza a gustarme.
—Mover6 mis cosas al otro dormitorio. Puedes quedarte con el ba6o privado.
—¿Qu6? —pregunt6—. Qued6monos aqu6 los dos. ¿Qu6 tiene de malo?
—Ya te lo he dicho, no quiero que mis padres crean algo que no es.
—Pero ya lo creen. Incluso si te cambias de habitaci6n seguir6n crey6ndolo. ¿As6 que qu6 tal si dejas de pelear y te dejas llevar?

TRAS LA CENA y una partida al Scrabble, nos fuimos a la cama. Me lavé la cara y los dientes en el baño, compartiendo el grifo con Volt mientras él también llevaba a cabo su ritual nocturno. Se cepilló los dientes y se afeitó antes de quitarse la camisa y los vaqueros.

Esta vez llevaba mi propio pijama, aunque la verdad es que prefería la ropa de Volt. Era ancha y olía bien, y me hacían pensar en él por la noche.

Volt fue el primero en meterse en la cama, sin molestarse en cubrirse el pecho. Se puso una mano bajo la cabeza y dejó la otra sobre el estómago, manteniendo la mirada fija en mi cara mientras me miraba meterme en la cama.

—¿Qué?

—Nada. —Desvió la mirada hacia el techo.

Me eché crema de manos antes de apagar la lámpara, y después me metí en la cama y abracé la almohada, pensando al instante en Sage y en lo que debía de estar pensando. Quizás tuviera razón. Tenía todo el derecho a estar enfadado, pero incluso de ser así, seguía sin poder echar a Volt de mi vida. Era mi punto de apoyo, mi mejor amigo, mi todo. No podía imaginarme mi vida sin él, y tampoco quería hacerlo.

Pero seguía sintiéndome triste.

Volt se quedó en su lado de la cama durante unos minutos antes de darse la vuelta y acurrucarse contra mi espalda.

—Así que... ¿Estás lista para hablar de lo que te pasa?

Esperaba que se hubiera olvidado de lo que había dicho en el avión. Pensar en Sage me entristecía, y no sabía si lo que me molestaba era su pérdida o el hecho de que mi relación con Volt sí que era un problema. ¿Habría algún hombre a quien no le importase?

—Sage y yo hemos roto.

Su cuerpo siguió inmóvil, arropándome, pero el corazón se le aceleró en el pecho. Lo sentía palpar contra mí, casi rebotando contra mi espalda. También se le alteró la respiración; cada bocanada de aire me acariciaba la nuca, acompañado del latido frenético de su corazón.

—¿Qué ha pasado?

No sabía si debía decirle la verdad. Lo más seguro es que le hiciera sentir mal.

—No importa.

—Sí que importa. Dímelo.

Mantuve la boca cerrada y me quedé mirando la pared de mi dormitorio. La cómoda blanca estaba tan impoluta como el día en que mi padre la construyó, usando la mejor madera y cera para el toque final.

—He sido yo, ¿no? —Su voz transmitía una sensación de derrota además de tristeza.

—No.

—Sí, he sido yo —repitió con un suspiro—. ¿Qué ha pasado?

—No le ha gustado la idea de que vinieras a Washington conmigo.

—Entonces deberías haberme dejado atrás. Lo habría entendido.

—Pero no quería dejarte atrás, ése es el problema.

Me abrazó con más fuerza.

—Y después dijo que tenía que elegir entre vosotros: o él o tú.

—¿Para Acción de Gracias?

—Para siempre.

—¿Qué? —Se apoyó en el codo para poder mirarme—. ¿Hablas en serio?

—Sí. —Me tumbé boca arriba para poder mirarlo a mi vez.

—¿De verdad te hizo elegir?

Asentí.

—¿Y me has elegido a mí? —La sorpresa se le reflejaba en los ojos, y siguió presente aun cuando acabó de hablar.

—Los novios vienen y van, pero los amigos son para siempre.

—Pero... —Guardó silencio, dejando de mover los labios. Su mirada recorrió el dormitorio antes de volver a posarse en mí. Seguía sin palabras. Tampoco es que pudiera decir mucho, así que no lo culpé por haberse quedado mudo.

—Es sólo que me entristece que haya acabado así. Parece que soy incapaz de mantener a ningún hombre a mi lado.

—Éste no es el problema, Taylor. No estás dispuesta a aceptar idioteces, y eso no tiene nada de malo.

—También dijo otras cosas... Que lo estaba desobedeciendo.

—Oh, maldición. Apuesto a eso lo hizo saltar todo por los aires.

«Me conoces demasiado».

—No quería escogerlo a él, por decirlo así.

Volt se acurrucó contra mí y me apretó contra su pecho. Teníamos los rostros muy cerca el uno del otro, y pude ver la preocupación que se reflejaba en el suyo.

—¿Estás bien?

En realidad no. Sage me gustaba de verdad. Al conocerlo en el restaurante había sentido un cosquilleo, la clase de sensación que se adueña de tu cuerpo cuando algo importante acaba de ocurrir. Sentía que había sido el inicio de algo hermoso, pero nunca había llegado a progresar ni a crecer. Unas cuerdas invisibles me habían frenado, y había sido incapaz de ir a por ello. Pero no sabía qué era eso que me había frenado.

—Sí, lo superaré.

«ESTÁ SOLTERA».

«Completamente disponible».

«Y estoy compartiendo la cama con ella».

Pasar el fin de semana con su familia durante las vacaciones era la oportunidad perfecta para conseguir que ocurriera algo. Podía hacer que sus padres se enamorasen por completo de mí, y también lograr que lo hiciese Taylor.

«Por fin la suerte está de mi lado».

Deseé soltar todo lo que sentía en lo más profundo del pecho, pero sabía que no podía lanzarme de cabeza. Taylor acababa de romper con Sage, y no parecía precisamente feliz al respecto. Si era demasiado directo, acabaría pareciendo un insensible.

Pero aquello no significaba que no pudiera flirtear con ella.

Usar mi magia.

Hacer que le fallasen las piernas.

«Pan comido».

A la mañana siguiente desayunamos en el comedor. Sus padres hicieron preguntas sobre el trabajo y la vida en la ciudad, y Taylor respondió a todas y cada una de sus preguntas sin mostrar su irritación. Sabía que no le gustaba que la bombardeasen a preguntas, y aquello era exactamente lo que estaban haciendo sus padres, pero era demasiado buena persona como para decir nada.

—¿Cómo has dormido? —me preguntó su padre.

Resultaba extraño mirarlo a los ojos cuando estaba obsesionado con su hija. La había besado contra una pared y había recibido una breve masturbación de su parte; decir que era incómodo hubiese sido una obviedad.

—Genial, gracias.

—Taylor tiene esa cama desde que era adolescente —intervino su madre—. Quién hubiese adivinado que acabaría durmiendo en ella con... No importa. —Bajó la vista hacia sus gachas y tomó algunas cucharadas.

Se adivinaba una tormenta tras los ojos de Taylor.

Sus padres habían asumido que nuestra relación iba de camino al matrimonio. Notaba que ya estaban haciendo planes, pero al menos eso significa que les gustaba.

—¿Tenéis planes para hoy? —preguntó su madre—. ¿Vas a mostrarle el monte Rainier a Volt?

—Si se siente con ganas. —Taylor se giró hacia mí, preguntándomelo con la mirada.

—Tengo ganas de cualquier cosa, Mario.

—De acuerdo entonces, Bowser —respondió—. Veremos de qué estás hecho.

—¿Mario? —preguntó su padre—. ¿Bowser?

—Son los personajes de Mario Kart —explicó Taylor—. A veces nos echamos unas partidas.

Sus padres intercambiaron una mirada.

—¿Y quién gana? —preguntó su padre.

Gemí ante aquella pregunta.

—No dejo de darle palizas —dijo Taylor—. La última vez casi se pone a llorar.

—La dejé ganar. —Era una mentira, pero tenía que mantener las apariencias.

—Claro, lo que tú digas —fue la respuesta de Taylor—. Qué mal perdedor estás hecho.

—Y tú eres muy mala ganadora —discutí.

—Me he cansado. —Se puso de pie, dejando la mayoría de la comida en el plato—. Ve a por tus botas de senderismo.

—No he traído.

—Puedes coger las mías —me ofreció su padre.

—Gracias. Si me disculpa, voy a darle una lección de humildad a su hija.

—Nos vamos en quince minutos. —Y con eso Taylor desapareció de la cocina. Supe que se estaba preparando cuando oí cerrarse la puerta del dormitorio.

—Se os ve tan monos juntos —dijo su madre, mirándome con ojitos de cordero degollado.

—Gracias —respondí—. Pero creo que es ella lo que le da toda la monería.

—Ooh —susurró su madre.

—¿Quieres un consejo? —me ofreció su padre—. Para cuando salgáis a la montaña.

—Claro. No puedo dejar que mi dama me apalee demasiado.

—Avanza en ángulo, así será menos empinado y podrás moverte más rápido.

—Gracias por la sugerencia. —Levanté los pulgares antes de levantarme de la mesa.

—Y una cosa más —me detuvo su madre.

—¿Sí? —Dejé mi plato en el fregadero.

—¿Podríais hacer os una fotografía cuando estéis allí arriba? Quiero enseñarles a todas mis amigas que mi pequeña ha encontrado a un hombre bien guapo.

Sonreí de oreja a oreja.

—Vaya, gracias. Me aseguraré de ello.

—Muchísimas gracias. Si intento hacerla yo, Taylor tendrá un berrinche.

—Sé a lo que se refiere —respondí—. Acostumbro a ser su blanco preferido.

ME RESULTÓ difícil mantenerle el ritmo a Taylor, principalmente porque la competición no me importaba un pimiento. Ganar no significaba nada cuando me encontraba rodeado de tanta belleza. Cuando alzaba la vista hacia las copas de los árboles podía distinguir los rayos de sol filtrándose entre ellas. Gotitas de humedad caían sin cesar sobre mí, mojándome la nariz y las mejillas, más ligeras que el beso de una mariposa.

—¿Qué estás haciendo? —Taylor se dio la vuelta, llevándose ambas manos a las caderas y con el pecho subiéndole y bajándole por la fuerza de su respiración—. Eres incluso más lento de lo que me esperaba.

Sostuve las manos en alto para mostrarle la humedad que me cubría la piel.

—¿Esto pasa a menudo?

—¿Qué? —Bajó la colina hasta estar casi a mi altura.

—La niebla. No es lluvia ni nieve. Es tan suave.

Alzó la vista hacia el cielo, con el pelo asomándole por debajo del gorro.

—Sí, suele haber bastante niebla. La gente dice que por aquí llueve todo el tiempo, pero no es cierto. La mayoría del tiempo es sólo esto.

—Es genial. Nunca había visto nada parecido. —La montaña estaba verde y llena de vida gracias a los pinos. Podía distinguir de fondo la montaña más alta que hubiese visto nunca, toda cubierta de nieve; lo único que se veía por debajo de ésta eran trocitos de roca negra—. Es el lugar más hermoso que he visto nunca.

—No está mal, ¿eh? —Taylor miró a su alrededor, mirando también las vistas—. Normalmente en la cima hay nieve durante todo el año.

—Guau.

—Y no es como la nieve de la ciudad, es limpia y esponjosa.

—La ciudad no tiene nada en común con este lugar.

—Sigamos. —Se giró y continuó subiendo por el sendero.

Aparté la mirada de la belleza que me rodeaba para centrarme en algo igual de hipnótico.

La belleza de sus nalgas.

Se las miré de reojo de cuando en cuando mientras avanzábamos sendero abajo. Ahora que sabía que Taylor estaba disponible pensaba más en ella en términos sexuales de lo que lo había hecho antes. Y en aquel preciso instante me estaba imaginando su culo justo frente a mi cara. Le lamería el sexo empapado e inhalaría su aroma, y después me perdería entre sus piernas.

«Hala. Tengo que relajarme un poco».

Llegamos al final del sendero y nos encontramos con el río. Corría con fuerza bajo el puente, dirigiéndose hacia la cascada que había justo delante. Había nieve en ambas orillas, pero no era como la nieve esponjosa de la montaña; ésta estaba cubierta de pisadas y medio derretida.

—¿Volvemos? Se está haciendo tarde.

—Puede —respondió Taylor—. Me muero de hambre.

—¿Y qué tiene eso de novedad? —bromeé.

Alzó la vista hacia la montaña.

—Me encanta ir cuesta abajo. Cuesta arriba no tanto.

—Puedo llevarte. —Así podría tocar ese dulce trasero.

—Puedo llevarme yo solita, gracias. —Pasó junto a mí y empezó a ascender. Era bastante empinado, y nos llevaría un rato llegar hasta arriba.

—¿A qué distancia está?

—A un kilómetro.

«Maldición, esto va a llevar un rato».

Taylor me miró por encima del hombro.

—¿Crees que podrás con ello?

Le miré fijamente el culo, dejando bien claro lo que estaba haciendo.

—Con unas vistas como éstas, puedo con todo.

Taylor puso los ojos en blanco y echó a andar.

—CUIDADO—LA ADVERTÍ —. Hay un barrizal. Creo que está a la izquierda, quiero decir, a la derecha.

—No veo... ¡maldición! —Taylor resbaló en el banco de barro y se deslizó por la ladera. Intentó frenar agarrándose a alguna raíz o arbusto, pero no consiguió sujetarse a nada.

Si no la detenía acabaría cayéndose por el borde y precipitándose a su muerte.

—Te tengo. No te preocupes

Siguió intentando encontrar un agarre entre la vegetación, pero todo se le escurría de entre los dedos.

Me agaché y afirmé los pies, listo para la colisión. Su inercia y velocidad fueron difíciles de frenar, pero me las arreglé para hacerlo usando mi propio peso. La atrapé entre mis brazos y la mantuve inmóvil.

—¿Ves? Estás bien.

—Maldición, eso ha sido aterrador.

—Como si fuera a dejar que te ocurriese nada. —Me puse en pie y le tendí la mano para ayudarla a levantarse—. Aquí arriba las cosas pueden ponerse peliagudas. Menos mal que estaba detrás de ti, sino tendría que haberme deslizado para poder seguirte.

—Ay. —Taylor se encogió y se sujetó el tobillo, haciendo una mueca al tocarlo—. Mi tobillo... duele muchísimo.

Se me aceleró el pulso, aun a pesar de saber que se encontraba bien.

—¿Dónde?

—No sé... En el lado.

—Quizás te lo hayas torcido.

—Sí... puede. —Apoyó el pie en el suelo, pero enseguida hizo una mueca—. Maldito barro.

Miré el sendero y después me volví a girar hacia ella.

—Te llevaré.

—¿Estás loco? —me espetó—. No sólo es cuesta arriba, además queda un kilómetro todavía. Y es una inclinación del noventa por ciento.

—Eh, entreno mucho.

—Gracias, Volt, pero creo que me las arreglaré. —Volvió a poner peso en el pie e intentó caminar. Dio un paso, apretando los dientes. No emitió ningún sonido, pero su cara lo decía todo.

—Si caminas con el pie así lo empeorarás.

—De verdad, estoy bien.

«Maldición, qué cabezota».

La cogí en brazos y empecé a ascender.

—No podemos tardar demasiado, o se nos hará de noche, y algo me dice que no nos gustaría seguir aquí cuando se ponga el sol.

Taylor me rodeó el cuello con los brazos.

—No quiero que caigas y te hagas daño.

—Pequeña, no pesas nada. No te preocupes. —Marché ladera arriba y evité el barro con el que había resbalado Taylor. Era más difícil al tener que cargar con ella, pero nada que no pudiera manejar. La llevaría hasta el final sana y salva.

«Además, esto me está haciendo ganar muchos puntos».

Taylor apoyó la cabeza contra mi pecho.

—Gracias por llevarme...

—De nada.

—Debería de haber prestado más atención. Tenía el barro justo delante y ni siquiera me he dado cuenta.

—Le podría haber pasado a cualquiera.

—Me alegro de no haber estado sola, eso habría sido bastante malo.

—No nos preocupemos por algo que no ha ocurrido. Llegaremos de una pieza y después iremos a urgencias.

—¿A urgencias? —preguntó sorprendida.

—Sí. Tienen que echarle un vistazo a ese tobillo.

—Sólo me lo he torcido, se arreglará solo.

—Es mejor prevenir que curar, ¿no?

—Pero odio los médicos.

—¿Por qué? —pregunté.

—Siempre hay gente enferma, es asqueroso.

Reí entre dientes.

—Me alegro de saber que eres tan compasiva.

—No digo que ellos sean asquerosos, pero no quiero ponerme enferma.

—No te pasará nada. Acabaré con los gérmenes antes de que puedan ir a por ti.

—Qué bonito...

Taylor

EL MEDICO CONFIRMÓ, tras hacerme pasar por rayos X, que no era más que un pequeño esguince. En unos días todo volvería a la normalidad.

«Qué pérdida de su tiempo».

Volt condujo de vuelta a casa, sin dejar de mirarme de reojo todo el tiempo.

—Estoy bien.

—¿Quieres un analgésico?

—No duele tanto. —La inflamación ya había bajado, y para mañana sería como si no hubiese pasado nada.

—No hay por qué avergonzarse, deberías tomar uno si te duele.

—Quizás antes de irme a la cama, pero ahora mismo estoy bien.

—Gracias por llevarme a la montaña. —Recorrió el camino de tierra hasta llegara a la casa—. Ha sido genial.

—Gracias por cargar conmigo. Espero que mañana no te levantes con agujetas.

Aparcó y quitó las llaves del contacto.

—¿Agujetas? Pesas como cuarenta y cinco kilos. Levantó el doble de ese peso a pulso cada día.

Puse los ojos en blanco y salí del coche. Intenté poner algo de peso en el pie herido, pero no lo soporté; palpitó de dolor e hice una mueca.

—Te tengo. —Volt me cogió en brazos y me llevó hasta la casa.

—Puedo ir sola. Tengo muletas.

—¿Por qué usar muletas cuando tienes a un hombre fortachón como yo? —Entramos y nos encontramos a mis padres sentados en la mesa de la cocina. Ambos tenían ya puesto el pijama, y sólo seguían despiertos para asegurarse de que llegábamos sin problemas.

—¿Va todo bien? —Mamá se puso en pie y miró el reloj de la cafetera—. Es tarde. He intentado llamaros, pero ha ido directo al buzón de voz.

—Me he tropezado mientras hacíamos senderismo —le expliqué—. Me he torcido el tobillo.

—¿Estás bien, cariño? —preguntó papá.

—Está bien —intervino Volt—. Nos hemos parado en urgencias por si acaso, pero en unos días estará como si nada.

Mamá se llevó las manos al pecho.

—Oh, menos mal.

—Voy a prepararla para irse a la cama —dijo Volt—. Os veremos por la mañana.

—Buenas noches —me despedí, agitando la mano mientras Volt me llevaba hacia el dormitorio.

—Buenas noches —respondieron al unísono.

Volt giró la esquina y recorrió el pasillo. Cargaba conmigo sin problemas, como si no pesara nada.

—Tom, me encanta —susurró mi madre—. No podría haber pedido a un hombre mejor.

—A mí también me gusta —susurró mi padre—. Es un buen hombre. Y adora a Taylor.

Me encogí el oírlos, irritada de que no se creyeran que Volt y yo éramos sólo amigos. Miré a éste, esperando que no lo hubiese oído.

Volt siguió como si nada, entrando en el dormitorio y cerrando la puerta.

—¿Lista para el baño?

—Definitivamente necesito darme una ducha. Ahora mismo estoy horrible.

—¿Qué tal un baño? Estar de pie a la pata coja en la ducha no parece una muy buena idea.

—Siempre y cuando el agua esté caliente, no me importa. —Pasar todo el día al aire libre, helándome y cubierta de barro, sacaba a la luz mi lado más femenino. Quería estar completamente limpia, con el pelo bien cepillado y la piel radiante.

Volt me dejó sobre el borde a la bañera y abrió el paso del agua caliente. El desagüe tenía el tapón puesto; Volt añadió jabón para que se formara espuma hasta que dejó de verse el fondo de la bañera.

—¿Crees que puedes desvestirte sola?

Sabía que podía ocuparme de la camisa y la chaqueta, pero no estaba tan segura respecto a las botas y los vaqueros.

—Puedo intentarlo.

—Tengo una idea. —Cogió una toalla del armario y me la colocó sobre el regazo. Me guió para que me sentase en el suelo antes de quitarme el zapato, manteniendo el tobillo inmóvil mientras lo retiraba poco a poco, y consiguió quitármelo sin dificultades.

«Esperaba que eso doliera bastante más».

Coló las manos bajo la toalla y me desabrochó los vaqueros. Los deslizó poco a poco sobre mis caderas y después por los muslos; la toalla cubría las partes más íntimas de mi cuerpo, pero Volt ya me había visto antes en ropa interior. Aquella modestia era innecesaria.

Bajó los vaqueros hasta los tobillos y me los quitó del todo poco a poco. Tuvo tanto cuidado que ni siquiera sentí un pinchacito de dolor, todo fue completamente fluido. Dejó a un lado los vaqueros, zapatos y calcetines, y se puso en pie.

—¿Necesitas ayuda metiéndote en la bañera?

—Ah... —No importaba lo que hiciera, tendría que acabar poniendo peso sobre el pie, y estábamos hablando de cerámica mojada. No era la mejor idea.

—Hmm... —Miró la bañera y después a mí, sumido en sus pensamientos—. Puedo cerrar los ojos y meterte dentro.

—Con que cerrar los ojos, ¿eh? —bromeé—. Y yo me lo creo.

Sonrió.

—Puede que eche un vistazo rápido, pero te dejaré que hagas lo mismo conmigo. —Asintió en dirección a la ducha.

Sentí como toda mi sangre se concentraba en el sur, ardiente y palpitante, haciendo que todo mi cuerpo se tensase por la excitación. Surgió de la nada, con tanta fuerza que ni siquiera estuve segura de si era real o producto del dolor que sentía en el tobillo.

—Deja que me quite la ropa y después puedes meterme en la bañera.

—Me parece bien. —Se giró y se dirigió a la ducha, abriendo el paso de agua y preparando una toalla. Me dio la espalda en todo momento—. Avísame cuando estés lista.

Me quité el resto de la ropa y me quedé en el suelo, helándome ahora que estaba desnuda. Crucé los brazos sobre el pecho y junté las rodillas con fuerza en un intento de luchar contra el frío.

—Estoy lista. Por favor, date prisa. Se me está helando el culo.

Volt se dio la vuelta y se acercó con los ojos cerrados. Tanteó dónde estaba el borde de la bañera antes de arrodillarse a mi lado.

—Sé que tienes los ojos entreabiertos.

Volvió a sonreír.

—Te prometo que no.

—Ya.

—Si una dama no quiere que la vea desnuda, no la miro. Es así de simple. —Me tocó las rodillas antes de pasar el brazo bajo ellas y colocar el otro tras mi espalda—. ¿Lista?

—Sí. —Le rodeé el cuello con los brazos.

Me levantó en el aire y me dejó con cuidado en el agua.

—¿Está demasiado caliente?

—No.

Con eso me bajó por completo. El agua cálida me rodeó, y por fin empecé a sentirme cómoda después de pasar todo el día andando por la nieve. El tobillo también había empezado a mejorar.

Volt retiró los brazos y los apoyó en la bañera, todavía con los ojos cerrados.

—¿Cómoda?

—Sí. —Reuní un puñado de espuma sobre mi cuerpo para que no pudiera ver nada—. Ya puedes mirar.

Abrió los ojos y su mirada se desvió al instante hacia el lugar donde habrían estado mis pechos.

—Cachis, esperaba que fuera una invitación.

—Lo siento. Pero de todos modos no te pierdes nada; estoy más plana que una tabla.

—No lo estás —respondió con una risa sarcástica—. Y sí, he mirado.

—Pero no tengo lo que tenía Julia.

—Eso da igual —dijo Volt—. Las mujeres vienen en todas las formas y tamaños. Más grande no tiene por qué significar mejor.

—Eso no lo ha dicho nunca nadie.

Volt rió entre dientes.

—Créeme, tienes todas las curvas necesarias en los lugares perfectos. —Sacó una toalla y la enrolló antes de ponérmela debajo de la cabeza a modo de cojín—. ¿Necesitas algo más? Voy a meterme en la ducha.

—¿Vas a ducharte delante de mí? —No era más que un cubículo completamente transparente; podría ver hasta el más mínimo detalle. O incluso los más grandes.

—Colgaré la toalla del picaporte de la puerta, así no podrás ver nada de lo bueno. A menos que quieras, claro. —Me guiñó el ojo y después salió un momento al dormitorio.

«Ahora no voy a poder quitarme esa imagen de la cabeza».

Volvió con una toalla alrededor de la cintura. Ya había otra toalla colgando de la puerta de la ducha, así que entró directamente, se quitó la toalla de la cintura y la lanzó

por encima de la mampara. La toalla de la puerta evitaba que pudiera verle la entrepierna, pero todo lo demás estaba completamente expuesto.

El agua le mojó el pelo, empapándolo en cuestión de segundos; le cayó sobre la cara y se pasó los dedos entre los mechones para apartarlos. Los hombros estaban perfectamente definidos gracias a los músculos que los cubrían, cada uno de ellos destacando como si los hubieran tallado en piedra. Era la zona más vulnerable y fácil de lesionar del cuerpo, pero en Volt parecía impenetrable.

Volt se vertió algo de champú en la mano y se lo masajeó sobre el cabello, haciendo que espumara y le goteara por la cara, por lo que tuvo que cerrar los ojos. Se frotó el cuero cabelludo y la nuca mientras el jabón le bajaba por el pecho y los brazos. Sus pectorales eran tan firmes y musculosos que me recordaron al cemento. La imagen de su cuerpo desapareció justo por debajo del ombligo, y me sorprendió sentirme decepcionada por no poder ver más allá.

«Dios mío, está buenísimo».

Volt se aclaró el pelo y me miró a desde el otro lado del cristal.

—¿Te gusta lo que ves?

—Eh, no. —Aparté rápidamente la cara e hice ver que no lo había estado mirando fijamente—. Me ha parecido ver una araña.

—Sí, claro —respondió con una risita.

Me miré los dedos de los pies, que sobresalían entre la espuma. Me las había pintado hacía poco y todavía mantenían el brillante color azul. Mantuve el cuerpo bajo el agua de manera que Volt no pudiese ver nada, alegrándome de que así fuera. Sospechaba que los pezones se me habían endurecido y que la zona entre las piernas se estaba volviendo de un subido tono rosado.

—¿Sabes qué? —continuó Volt mientras se frotaba el pecho con el jabón—. Ahora podemos decirle a la gente que nos hemos bañado juntos. Técnicamente es verdad.

—No voy a decirle eso a nadie. —No pude seguir negando las palabras de Sage; lo nuestro era de lo más raro. Volt y yo sólo teníamos una relación de buenos amigos, y aunque no me hubiese molestado estar en la misma situación con Sara, se trataba de algo muy distinto. El hecho de que Volt fuera un hombre atractivo y yo una mujer lo convertía automáticamente en inapropiado. Puede que Sage tuviera razón. Puede que estuviese equivocada.

Volt se aclaró el jabón del cuerpo y cerró el paso del agua.

—Me siento mucho mejor. No estoy acostumbrado al barro ni al polvo.

—Sólo a la polución y a los sin techo.

—Sí. —Rió entre dientes y entreabrió la puerta de la ducha para poder coger la toalla, atándosela rápidamente alrededor de la cintura y ocultando toda la mercancía.

«Tengo que dejar de mirarlo».

Salió de la ducha y recogió la otra toalla del suelo. La usó para secarse un poco el pelo y el cuerpo antes de dejarla sobre el mármol del lavabo y empezar a afeitarse.

Me quedé completamente inmóvil, repentinamente consciente de lo desnudo que estaba. Sólo tenía una toalla alrededor de la cintura, y yo también estaba desnuda del

todo bajo el agua. Era como si fuéramos una pareja casada preparándose para irse a dormir.

«Esto no es normal».

Volt se lavó la cara y se cepilló los dientes. Nada más acabar, salió de nuevo al dormitorio.

—No voy a volver a entrar, así que puedes ocuparte de tus cosas.

—¿Qué se supone que significa eso? —solté sin pensar. ¿Es que creía que iba a tocarme o algo?

Volt se detuvo en la puerta.

—Lavarte el pelo, el cuerpo. ¿A qué creías que me refería?

Palidecí a pesar del calor que sentía.

—A nada...

Volt me miró con curiosidad antes de salir y cerrar la puerta tras de sí.

No fue hasta que me quedé a solas que por fin pude relajarme.

A pesar de la presión que sentía entre las piernas.

VOLT Y PAPÁ salieron para hacer senderismo por el valle. Mi padre no seguía los caminos cuando salía; sólo le hacía falta una brújula y el sol para saber hacia dónde iba. Volt se apuntó enseguida, encantado con la oportunidad de salir al exterior.

Yo me quedé en casa con mamá; a fin de cuentas, no podía caminar. Tenía el pie mejor, pero seguía sin haber vuelto a la normalidad. Lo más probable es que no fuera capaz de apoyar todo mi peso en él hasta que volviéramos a Nueva York.

Mamá se puso a tejer en la mecedora mientras yo me quedaba tumbada en el sofá, con el pie en alto. La televisión estaba encendida y estaban emitiendo *I Love Lucy*. De joven acostumbraba a ver el programa siempre que me quedaba en casa por alguna enfermedad.

—Así que... Volt parece un joven agradable. —Mi madre mantuvo los ojos fijos en la lana, aunque acababa de dar pie a una conversación que no iba a acabar bien.

—Lo es —respondí—. Pero no es mi novio.

—¿Es gay?

—No —espeté.

—¿Y tú?

—¡Mamá!

—Si no sois gais y estáis durmiendo juntos, entonces es tu novio.

—Mamá, sólo somos amigos. Mejores amigos.

—Que están enamorados.

Estaba tan decidida a ver cómo me casaba y me quedaba embarazada que llegaba a ver cosas que no estaban ahí.

—Mamá, admito que es un poco raro. Vale, puede que bastante raro, pero te estoy diciendo la verdad.

—Un hombre no coge un avión hasta la otra punta del país para conocer a los padres de una mujer si sólo le interesa la amistad. Veo cómo te mira; tu padre me mira exactamente del mismo modo.

Eso era muy dulce, pero del todo inexacto.

—Volt no siente nada por mí. Créeme.

Mamá dejó su labor y me miró con dureza. Se acercaba un sermón.

—Creía que eras inteligente y perceptiva.

—Y lo soy.

—Pues a mí me pareces bastante cegata.

—Ay...

—Lo siento, cariño, pero es verdad. Ese hombre te ama. Se lo veo escrito en la frente cada vez que te mira. Puede que todavía no sea tu novio, pero no parará hasta serlo.

Aquello era ridículo. Me entraron ganas de reírme.

—Lo que tú digas. —No iba a seguir con la pelea. Si eso la hacía feliz, entonces no me importaba.

—No me vengas con «lo que tú digas». —Me señaló con el dedo—. Soy tu madre, sé lo que es mejor para ti.

«Sí, vale».

—Mamá, hasta hace unos días tenía un novio... hasta que me dejó.

La actitud de mi madre desapareció nada más oír aquello.

—¿Qué novio?

—Se llama Sage. Nos estuvimos viendo durante unos meses, pero no dejábamos de pelearnos por Volt.

—¿Por qué por Volt?

—Sage estuvo celoso de él desde el principio, y cuando lo invité a pasar Acción de Gracias con nosotros se enfadó. Me dio un ultimátum: tenía que echar a Volt de mi vida o lo perdería como pareja.

Mamá me dirigió una mirada de tristeza.

—Y elegiste a Volt.

—Es mi mejor amigo. —Me sentía a la defensiva sobre aquel tema. No debería tener que explicar por qué había roto una buena relación por un amigo—. No me imagino mi vida sin él. Quiero un novio que también pueda ser amigo suyo. Quiero ambas cosas.

—No creo que haya nada de malo en eso.

«Por fin alguien que está de acuerdo conmigo».

—Pero también creo que Sage tenía razón en algo. ¿Cómo te hubieses sentido si tu novio hubiese pasado todo su tiempo con otra mujer?

«Lo más probable es que no me hubiese gustado».

—Entiendo a lo que te refieres.

—Así que puede que su petición no fuese tan radical.

«Puede que no».

—Y puede que la mejor manera de evitar que algo así vuelva a pasar en el futuro sea... estar con Volt.

«Ya vuelve al ataque».

—Mamá, las cosas no son así.

—¿Por qué no? —me exigió—. ¿Me estás diciendo que no te sientes atraída hacia ese hombre? Porque es el mayor bombón que he visto nunca.

No pude contener la risa.

—Mamá...

—¿No te sientes atraída?

—Bueno... —Recordé nuestro último beso con todo lujo de detalles. Había sido hipnótico y maravilloso. Había sentido como todo el cuerpo me ardía de un modo en que no lo había hecho con nadie. No era más que lujuria, pero era de lo más poderosa—. Sí que me atrae.

—Y es tu mejor amigo, así que sois más que compatibles. ¿Qué os frena entonces?

—Cuando nos conocimos me interesé por él. No podía dejar de pensar en él, y quería que me pidiese salir, pero después me di cuenta de que era el clásico casanova, un hombre que saltaba de cama en cama a la mínima oportunidad. Dijo que no quería sentar nunca la cabeza, así que me conformé con ser su amiga.

—¿Y ésa es la única razón?

—En realidad no. Después de eso nos convertimos en buenos amigos, y dejé de verlo de esa manera. Empecé a salir con otros hombres.

—¿Y cómo lo ves ahora?

—Bueno... El otro día nos besamos. Volt estaba borracho y no se acuerda, pero yo sí. Y desde luego sentí algo.

—¿Entonces por qué no te lanzas? —Para mamá todo era blanco y negro, nunca había nada que fuera complicado.

—Porque no ha cambiado nada. Volt no es la clase de hombre que está con una única mujer, y yo no busco un lío de una noche. Busco un felices para siempre.

—Y a mí me parece que Volt puede dártelo.

Me dieron ganas de poner los ojos en blanco.

—Está siendo un caballero porque estáis aquí, pero no es siempre tan buen chico. Lo conozco mejor que vosotros.

—Puede —concedió—. Pero tu opinión también esta sesgada por todos esos meses que hace que lo conoces. Yo lo estoy viendo ahora, en este preciso instante en el tiempo, y te digo lo que veo. Y lo que veo es a un hombre enamorado de ti.

Mamá siempre creía que todo el mundo estaba enamorado de mí. Creía que era la chica más bonita e inteligente de todo el mundo; eso era lo que hacían las madres.

Mi teléfono empezó a sonar, y vi el nombre de Sara en la pantalla.

—Lo siento, mamá, pero tengo que responder. Le dije a Sara que la llamaría ayer, pero se me fue por completo de la cabeza.

—No pasa nada. —Volvió a concentrarse en la lana—. Envíale besos de mi parte.

—Lo haré. —Me fui al dormitorio que compartía con Volt y respondí al teléfono.

—Eh —saludó Sara—. Hacía tiempo que no hablábamos.

—¡Lo siento! Me había olvidado del todo de llamarte.

—Pues muy mal. Eso va contra las leyes de las mejores amigas.

—Lamento haber roto las normas. —El tobillo había echado a perder todo el día, y dormir junto a Volt cuando no podía dejar de imaginármelo desnudo no ayudaba en nada. A duras penas había conseguido dormir.

—¿Cómo te está yendo Acción de Gracias?

—Bien. ¿Y a ti?

—Estoy atrapada en Nueva York, así que da bastante asco.

—Pero apuesto a que todo está tranquilo.

—Sí, no hay tanta gente, pero cuando llegue el Black Friday esto será una casa de locos —dijo—. ¿Qué tienes que contarme?

—Nada. Volt ha ido a hacer senderismo con mi padre y yo me he quedado en casa.

—Guau, espera un segundo. ¿Has llevado a Volt?

—No tenía a dónde ir por Acción de Gracias.

—¿Y a Sage no le ha importado?

—No estaba... exactamente feliz. De hecho hemos roto.

—¿Qué? —espetó—. ¿Hablas en serio?

—Sí...

«No es la mejor manera de empezar las fiestas».

—¿Estás bien?

—Un poco. Algo deprimida, pero bien.

—¿Qué pasó?

Empezaba a estar cansada de contar aquella historia.

—Básicamente no le gusta que Volt pase tanto tiempo conmigo, así que me hizo elegir entre Volt y él.

—Y elegiste a Volt.

—Es mi mejor amigo. ¿Qué se suponía que debía hacer?

—Pues no elegirlo —respondió simplemente—. Venga, vuestra relación es de lo más raro que hay. Si yo tuviera pareja tampoco querría que se pasara todo el día con otra chica.

—Pero lo nuestro no es así.

—No sé si me lo creo...

«Ella también no».

—No estoy mintiendo. No siento nada por Volt. Lo nuestro nunca funcionaría. Es demasiado superficial y veleidoso; intentó tener una relación con una mujer, pero sólo duró unas pocas semanas antes de aburrirse de ella. Y deja que te diga algo, era una mujer absolutamente preciosa. Si no puede hacer que funcione con ella, es que es un soltero empedernido, simple y llanamente.

—¿Entonces por qué has sacrificado una buena relación por él?

—La he sacrificado por nuestra amistad, no por otra cosa.

—Sage estaba bueno. Me enseñaste fotos.

—Lo sé; era el hombre perfecto.

—Entonces arréglalo, Taylor. Todavía no es demasiado tarde.

—No sé. No puedo vivir sin él.

—¿Sin quién? ¿Sin Sage o sin Volt? —me preguntó—. Espera, estás hablando de Volt, ¿verdad? —Su voz exudaba decepción.

—Sí...

—Dios, menudo desastre.

—Lo sé, pero no puedo explicarlo. Cuando estoy con él me hace sentir... como si pudiera hacer cualquier cosa. Siempre me cubre las espaldas y consigue que me sienta importante. Me hace reír, me hace sonreír. Me ha ayudado a superar momentos difíciles, y confío en él. Volt nunca me mentiría, y eso es algo muy difícil de encontrar. Si tuviera que encerrarme en una habitación con alguien durante toda una semana, él sería mi primera opción.

—Gracias...

—Sólo lo comento.

—A mí me parece que cualquier novio que tengas ocupará siempre el segundo puesto.

—¿Y no debería ser así? Los amigos tendrían que ser más importantes que los amantes.

—Sí... hasta que te casas. Y entonces el orden de las cosas cambia.

—Bueno, pues necesito a un hombre lo bastante seguro de sí mismo como para lidiar con ello.

Sara se rió al otro lado del teléfono.

—Te deseo la mejor de las suertes. Ningún hombre querrá que otro ronde a su chica.

—Te aseguro que nadie ronda a nadie. —Oí crujir la puerta, y después un chasquido al cerrarse. Estaba tumbada boca abajo en la cama, pero miré por encima del hombro para ver quién era.

Pero no había nadie.

—¿Taylor?

—¿Hmm?

—¿Dónde has ido? —preguntó Sara.

—Me había parecido que había entrado alguien, pero supongo que estoy oyendo cosas. Bueno, y tú qué, ¿estás viendo a alguien?

Capítulo quince

VOLT *No puedo vivir sin él.*

Me hace reír, me hace sonreír.

Si tuviera que encerrarme en una habitación con alguien, él sería mi primera opción.

No había tenido ni la menor idea de que eso era lo que sentía por Sage. Siempre había asumido que no era más que un tipo cualquiera con el que salía de manera informal, pero a juzgar por cómo hablaba de él, era como si lo amase. Quizás Taylor no me había dicho la verdad porque no quería herir mis sentimientos, no quería que creyese que yo era la razón por la que lo había perdido.

Volví a la cocina con la cabeza dándome vueltas por todo aquel aluvión de información. Taylor había estado hablando con alguien por teléfono, probablemente con Natalie, y había oído una conversación que no me incumbía.

«Estoy bastante seguro de que no ha notado que estaba ahí».

—¿Estás bien, cariño? —La madre de Taylor dejó su labor en la encimera antes de acercarse.

—Oh, estoy bien. —Me sacudí de encima la desesperación que me estaba arrasando el corazón—. Sólo necesito algo de agua antes de meterme en la ducha.

—Permíteme. —Cogió una taza y la llenó de hielo antes de accionar el grifo de la nevera y añadir el agua—. ¿Has tenido un buen día?

No podía dejar de pensar en Taylor. Había expuesto todos sus sentimientos al decir lo mucho que echaba de menos a Sage. Ya me había parecido triste en el avión, y cuando estábamos juntos en la cama, pero hasta aquel momento no me había percatado de hasta qué punto estaba deprimida.

—Ha sido precioso. Su marido es de lo más rápido.

—Definitivamente es un hombre de exteriores.

—Eso me ha parecido. —Vacié el vaso de un trago y lo dejé en el fregadero.

—Volt, ¿puedo preguntarte una cosa?

—Desde luego. —Me giré hacia ella, intentando parecer tranquilo y racional. Mi mente estaba perdiendo el norte con todo lo que había oído, negándose a frenar el ritmo.

La madre de Taylor cruzó los brazos sobre el pecho y me examinó el rostro como si fuera a encontrar allí la respuesta que buscaba.

—Amas a mi hija, ¿verdad?

Había creído que me pediría que sacara la basura o que ayudase con algún tema de la casa, pero aquella pregunta tan directa me dejó en blanco. Ni siquiera pude mantener una expresión neutral.

—Deberías decírselo. Parece que todo el mundo lo ve menos ella. —Me dirigió una sonrisa antes de alejarse. Recogió su labor de la encimera y volvió al salón, junto a *I Love Lucy*.

Me quedé allí de pie, sin palabras.

NUESTRO AVIÓN ESTABA a punto de aterrizar en Nueva York, y estaba ansioso por volver a casa. Tenía muchas cosas en mente, y necesitaba espacio para ponerlo todo en orden. Mi relación con Taylor no era como yo creía; ella era el animal, y yo el parásito. Le estaba succionando la esencia, y no pararía hasta que no quedase nada. Mi existencia era la razón de su infelicidad.

Era la razón de su tristeza.

—¿Volt?

—¿Hmm? —Me giré hacia ella e intenté desensibilizarme de la belleza de su rostro. No importaba cuántas veces la mirase, cada vez me enamoraba más y más. Sus ojos brillaban un poco más, sus labios eran un poco más carnosos. Cada detalle de su cara resultaba exquisito, y mis ojos la bebían como si se tratara de lluvia en mitad del desierto.

—¿Va todo? Has estado muy callado estos días.

Ya no sabía cómo actuar. Había mantenido la distancia entre nosotros, un agujero negro más grande que cualquier cráter. Cada vez que Taylor se acercaba a mí, acababa haciéndole daño.

—Creo que he cogido algo. Últimamente no me siento el mismo.

—No te he oído toser ni estornudar.

—Se me da bien contenerlo. Ya sabes, como odias a los enfermos... —Mantener un tono de humor era la mejor de las estratégicas.

—¿Te traigo algo?

—No, estoy bien. Tengo mucho trabajo en la oficina y tengo que ponerme al día; lo más probable es que esté ocupado durante un tiempo. —Y no la llamaría ni respondería a ninguna de sus llamadas.

—Bueno, espero que te hayas divertido en Washington. Ha estado bien estar en casa.

—Me lo he pasado genial. —«Hasta que me he dado cuenta de lo capullo que soy»—. Gracias por llevarme.

—Gracias a ti por venir.

El avión por fin aterrizó y se detuvo junto a la terminal. Me moría de ganas de bajar de aquel maldito trasto y salir de allí. Cuanto más tiempo pasaba con Taylor, más difícil se me hacía estar con ella. Mi presencia era como un veneno para ella, y ni siquiera se daba cuenta.

—¿Estás seguro de que estás bien? —Me examinó con una mirada de inteligencia, captando algo que intentaba ocultar.

—Claro.

A PESAR de lo mucho que lo odiaba, tenía que hacerlo.

No había otro modo.

Taylor estaba triste por mi culpa.

Y tenía que arreglarlo.

Había echado a perder cualquier oportunidad que pudiera tener con ella, y lo más seguro es que esa oportunidad no volviera a presentarse jamás.

Pero así era como debía ser.

Tenía que despedirme de ella.

Y de nuestra amistad.

Sage abrió la puerta y no se molestó en ocultar su sorpresa al verme. Entrecerró los ojos, desconfiado. Mantuvo una mano en la puerta para poder cerrar de un portazo de ser necesario.

—¿Estás ocupado?

—Depende.

—Quiero hablar de Taylor.

La mención de su nombre lo irritó todavía más.

—¿Os habéis divertido durante las fiestas?

Me lo merecía. Lo sabía.

—Dame cinco minutos.

—Muy bien. Empieza. —No me invitó a entrar, manteniéndose en medio.

—Dale otra oportunidad a Taylor, por favor.

Su expresión no cambió.

—Ya tomó su decisión, y te eligió a ti.

—Pero no quería hacerlo.

—Sí que quería, lo dejó bastante claro.

No iba a marcharme hasta conseguir lo que quería, lo que Taylor quería.

—Comprendo por qué te sientes amenazado por mí. Siempre estoy ahí, y...

—Estás obsesionado con ella. Prendado de ella. Sales con mujeres preciosas en un intento de olvidarla.

«Maldición, qué perceptivo».

—No soy celoso, pero no lo soporto.

—Estoy de acuerdo —dije—. Desapareceré del mapa.

Arqueó una ceja, sin comprender a qué me refería.

—¿Qué?

—Me iré. La ignoraré y evitaré hasta que se olvide de que existo.

Sage cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿Y por qué ibas a hacerlo?

—Porque te echa de menos. Porque no puede vivir sin ti. Porque quiere que lo nuestro funcione.

No se creyó ni una sola de mis palabras.

—¿De dónde has sacado esa idea?

—Se lo oí decir.

—¿Te lo dijo a ti?

—A una amiga, por teléfono.

Negó ligeramente con la cabeza.

—Debía de estar hablando de otra persona. De ti, seguramente.

—Le oí decir tu nombre. —Eso no se podía confundir—. Por favor, dale otra oportunidad. Me rindo. Es toda tuya.

—Al menos lo admites —dijo con tono sombrío—. Llevo diciéndoselo meses, pero no me creía.

—Taylor ve lo que quiere ver.

Sage se apoyó contra la puerta, todavía inexpresivo.

—Ya no estoy en la competición. Es tuya.

Se frotó la nuca y miró el suelo.

Esperé pacientemente una respuesta.

Cuando nuestras miradas se cruzaron, la suya fue de resignación.

—No, no lo es.

—Te doy mi palabra de que me apartaré a un lado. No volverás a verme.

—Puede que no, pero seguirá sin ser mía —dijo—. Nunca lo fue.

—Eso no es cierto, tío.

—Te creo. Estoy seguro de que cumplirías tu palabra y nos dejarías tranquilos, pero ése no es el problema.

—¿Entonces cuál es?

Se rió entre dientes.

—No lo entiendes.

—¿Entender el qué? —pregunté, frustrado—. Te estoy dando lo que quieres.

—Pero no es lo que ella quiere. Te quiere a ti.

Palidecí. Noté como la sangre desaparecía de mis labios.

—Puede negarlo todo lo que quiera, pero sé que tú eres el hombre al que desea. Tú eres de quien está enamorada. Tú eres el hombre sin el que no puede vivir, no yo. A pesar de lo mucho que me gusta, no puedo estar con una mujer que prefiere a otra persona antes que a mí. No puedo competir contigo. Incluso si desapareces, nunca te irás del todo, porque Taylor no te olvidará nunca. Así que se acabó, soy yo el que se retira.

«Nada de lo que ha dicho es verdad».

—Se lo oí decir...

—La oíste mal. —Volvió a cruzarse de brazos—. Lo nuestro nunca funcionaría. Es un bonito gesto de tu parte, pero has malgastado el tiempo.

A pesar de lo mucho que quería creer en sus palabras, no podía. Era demasiado bueno para ser cierto.

—Te toca mover ficha, tío, porque no cambiaré de opinión.

Había fallado. No había solucionado todo el daño que había causado. Ahora Taylor seguiría deprimida durante meses.

—Volt, lo digo en serio...

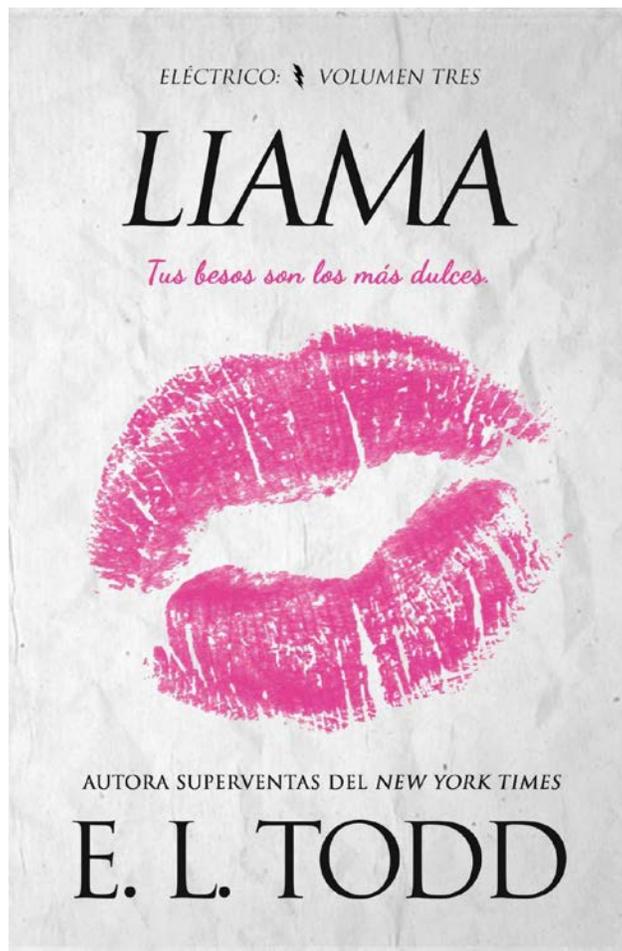
Alcé la vista, sin saber qué iba a decir.

—Estáis hechos el uno para el otro. Espero que la consigas.

Otras Obras de E. L. Todd

La historia continua en Llama, el tercero libro de la serie Eléctrico.

[Ya disponible.](#)



Querido lector,

GRACIAS POR LEER CHISPA. Espero que hayas disfrutado de su lectura tanto como disfruté yo escribiéndolo. ¡Sería de gran ayuda si pudieras dejar una breve opinión! Esos mensajes son el mayor apoyo que puedes ofrecerle a cualquier autor. ¡Gracias!

Con todo mi amor,

E. L. Todd

Mensaje de Hartwick Publishing

Como los lectores de romántica insaciables que somos, nos encantan las buenas historias. Pero queremos novelas románticas originales que tengan algo especial, algo que recordemos incluso después de pasar la última página. Así es como cobró vida Hartwick Publishing. Prometemos traerte historias preciosas que sean distintas a cualquier otro libro del mercado y que ya tienen millones de seguidores.

Con sus escritoras superventas del New York Times, Hartwick Publishing es inigualable. Nuestro objetivo no son los autores ¡sino tú como lector!

¡Únete a Hartwick Publishing apuntándote a nuestra [newsletter](#)! Como forma de agradecimiento por unirte a nuestra familia, recibirás el primer volumen de la serie Obsidiana (*Obsidiana negra*) totalmente gratis en tu bandeja de entrada.

Por otra parte, asegúrate de seguirnos en [Facebook](#) para no perderte las próximas publicaciones de nuestras maravillosas novelas románticas.

- Hartwick Publishing